



LA ENERGÍA HUMANA

POR Energía Humana entiendo aquí la porción cada vez mayor de la energía cósmica actualmente sometida al influjo verificable de los centros de actividad humana. En su estado elemental (es decir, considerada en el interior y en torno a un elemento humano aislado) esta energía "hominizada" se nos presenta bajo tres formas, a primera vista diversas, que es interesante distinguir, al menos por comodidad:

La energía incorporada. Es la que la lenta evolución biológica de la Tierra ha acumulado y armonizado gradualmente en nuestro organismo de carne y de nervios: la sorprendente "máquina natural" del cuerpo humano.

La energía controlada. Es la que el Hombre, sirviéndose de sus miembros, logra dominar ingeniosamente en torno a sí con un poder físico, por medio de las "máquinas artificiales"

La energía espiritualizada. Es la que, localizada en las zonas inmanentes de nuestra actividad libre, constituye la trama de nuestras intelecciones, afecciones y voliciones: energía probablemente imponderable, pero no por eso menos real, puesto que opera una toma de posesión refleja y apasionada de las cosas y de sus mutuas relaciones.

Estos tres tipos de energía parecen constituir a primera vista categorías heterogéneas. En realidad, la reflexión encuentra dificultad en precisar un límite definido entre ellas, Por una parte, como ya ha advertido Bergson, en nuestra diferenciación de lo natural y de lo artificial interviene mucho lo convencional. ¿Cuál es en realidad, desde un punto de vista biológico profundo la diferencia entre la máquina hecha de un miembro y la máquina

conseguida prolongando artificialmente ese miembro? ¿Entre el ala de un pájaro y la de un avión?" Por otra parte, si la energía espiritualizada, a diferencia de las energías incorporada y controlada, desborda y domina las dimensiones de lo físico-químico, ¿quién puede poner en duda que no las engloba? ¿ De dónde le vendría si no su potencia animadora de los cuerpos, así como sus ligazones íntimas con el estado general del mundo en un momento determinado?

Todo sucede, en una palabra, como si cada individuo humano representara un núcleo cósmico de naturaleza especial que irradia a su alrededor ondas de organización y de impulso en el seno de la materia, Un núcleo así, tomado con su aureola de animación, eso es la unidad " de la Energía Humana."

LA ENERGIA HUMANA

ENSAYISTAS DE HOY

OBRAS DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN

publicadas por

TAURUS EDICIONES

Edición oficial del Comité "Teilhard de Chardin":

1. *El fenómeno humano.*
2. *La aparición del hombre* (3ª ed.).
3. *La visión del pasado* (3ª ed.).
4. *El medio divino* (2ª ed.).
5. *El porvenir del hombre.*
6. *La energía humana.*
7. *La activación de la energía humana* (en preparación).

Otras obras:

- El grupo zoológico humano* (2ª ed.).
- Cartas de viaje* (2ª ed.).
- Nuevas cartas de viaje.*
- Génesis de un pensamiento* (en prensa).
- El himno del universo* (en prensa).
- Construir la tierra* (en preparación).
- Reflexiones sobre la felicidad* (en preparación).

Obras sobre el padre Teilhard de Chardin:

- CL. TRESMONTANT: *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin* (2ª ed.).
- CL. CUÉNOT: *Pierre Teilhard de Chardin* (biografía en preparación).
- L. SÉDAR SENGHOR: *P. Teilhard de Chardin y la política africana* (en preparación).

TAURUS EDICIONES se complace en expresar su agradecimiento a los señores M. Crusafont Pairó y F. Pérez, por su valioso asesoramiento en la edición de las obras del padre Teilhard de Chardin.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

*LA ENERGIA
HUMANA*



Fotografía oficial del Crucero Amarillo

INDICE

PRÓLOGO	005
ADVERTENCIA	010

EL ESPÍRITU DE LA TIERRA

INTRODUCCIÓN	010
I. ¿ESPÍRITU O MATERIA?	011
II. LA TIERRA Y EL ESPÍRITU	013
III. EL ESPÍRITU DE LA TIERRA	016
IV. EL SENTIDO DE LA TIERRA	018

A) <i>El Amor</i>	018
B) <i>La Unidad humana</i>	019
C) <i>Investigación</i>	020
V. EL PORVENIR DEL ESPÍRITU	022
VI. LA SUBIDA DE DIOS	024

*LA SIGNIFICACION Y EL VALOR CONSTRUCTIVO
DEL SUFRIMIENTO*

I. LA CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO	027
II. LA SIGNIFICACIÓN DEL SUFRIMIENTO	028
III. EL VALOR CONSTRUCTOR DEL SUFRIMIENTO	028
IV. CONSECUENCIA: LA «CONVERSIÓN» DEL SUFRIMIENTO DEL MUNDO	029

ESBOZO DE UN UNIVERSO PERSONAL

I. INTRODUCCIÓN. LA SIGNIFICACIÓN DE LA PERSONA	029
II. LA FORMACIÓN DE LA PERSONA	031
III. LOS PROLONGAMIENTOS DE LA PERSONA	034
IV. LA CONSUMACIÓN DE LA PERSONA	037
V. LA ENERGÍA DE LA PERSONALIZACIÓN	040
A) <i>El Sentido sexual</i>	041
B) <i>El Sentido Humano</i>	044
C) <i>El Sentido Cósmico</i>	046
VI. LA PENA DE PERSONALIZACIÓN	048
A) <i>La Pena de Pluralidad</i>	048
B) <i>La Pena de Diferenciación</i>	049
C) <i>La Pena de Metamorfosis</i>	050
D) <i>El decrecimiento del Mal</i>	050
VII. CONCLUSIÓN. LA RELIGIÓN DE LO PERSONAL	051

EL FENOMENO ESPIRITUAL

INTRODUCCIÓN	053
I. ESPIRITUALIZACIÓN	054
A) <i>El Presente del Espíritu</i>	054
B) <i>El Pasado del Espíritu</i>	054
C) <i>El Nacimiento del Espíritu</i>	056
D) <i>El Porvenir del Espíritu</i>	057
II. PERSONALIZACIÓN	058
III. MORALIZACIÓN	061
A) <i>Moral de equilibrio y Moral de movimiento</i>	061
B) <i>La función espiritual de Dios</i>	063

CONCLUSIÓN	064
------------------	-----

LA ENERGÍA HUMANA

INTRODUCCIÓN	066
<i>Objeto y sujeto</i>	066
I. NATURALEZA Y DIMENSIONES DE LA ENERGÍA HUMANA	067
A) <i>La energía humana elemental: el núcleo humano</i>	067
B) <i>La Energía Humana total: la Noosfera</i>	068
II. SIGNIFICACIÓN Y VALOR DE LA ENERGÍA HUMANA	069
III. PORVENIR Y PROBLEMA DE LA ENERGÍA HUMANA	071
IV. LA ORGANIZACIÓN CONSCIENTE DE LA ENERGÍA HUMANA	073
A) <i>Organización de la energía humana elemental. Personalismo</i>	074
B) <i>Organización de la Energía Humana total</i>	077
V. MANTENIMIENTO DE LA ENERGÍA HUMANA Y «EL PUNTO CÓSMICO OMEGA»	080
VI. EL AMOR, FORMA SUPERIOR DE ENERGÍA HUMANA	084
1.º <i>El Amor, principio totalizador de la Energía Humana</i>	085
a) <i>Totalización, por amor, de los actos individuales</i>	086
b) <i>Totalización, por el amor, del individuo sobre sí mismo</i>	086
c) <i>Totalización, por el amor, de los individuos en la Humanidad</i>	087
2.º <i>El Amor, producto histórico de la evolución humana</i>	090
a) <i>El fenómeno cristiano</i>	090
b) <i>Hacia un Monismo cristiano</i>	092
APENDICE: EL PRINCIPIO DE LA CONSERVACIÓN DE LO PERSONAL	093

LA MÍSTICA DE LA CIENCIA

I. LOS ESBOZOS	095
A) <i>Esoterismo</i>	096
B) <i>Esteticismo</i>	096
C) <i>Curiosidad</i>	096
II. EL DESCUBRIMIENTO DEL TIEMPO	097
III. LA RELIGIÓN DE LA CIENCIA	099
IV. LA CRISIS INTELECTUAL Y MORAL DEL PROGRESO	100
V. LA RELIGIÓN EN LA CIENCIA	102

PRÓLOGO

*En los tomos actualmente aparecidos de las Obras de **Teilhard de Chardin**, los diferentes ensayos que ha dejado han sido agrupados, por lo mismo que no formaban un volumen entero, alrededor de algunos grandes temas, tales como la teoría de la evolución en general (La visión del pasado), la emergencia del hombre (La aparición del hombre) y las esperanzas de futuro, resultado del estudio del pasado (El porvenir del hombre).*

*Pero entre los escritos inéditos correspondientes a su "fenomenología", figura un gran número de ensayos que no podían ser recogidos en los tomos precedentes y que presentan, sin embargo, una importancia capital para una buena comprensión de su doctrina,. Se cuentan, quizá, entre las disertaciones más originales y máspreciadas que ha escrito nunca. Estos opúsculos acaban de ser reunidos, por orden cronológico, **en dos tomos bajo los títulos, respectivamente, de: La energía humana y La activación de la energía humana.***

Seguramente se encontrarán en estos escritos muchas ideas elaboradas ya, bajo un ángulo distinto, en ensayos ya publicados. Pero estas ideas están detalladas aquí con más precisión. están completadas de manera notable y desarrolladas con más profundidad. Constituyen, así, una contribución indispensable a la buena inteligencia de la visión teilhardiana, cuya coherencia interna y fertilidad casi inagotables se manifiestan aquí nuevamente.

*Se irá poniendo de manifiesto, cada vez más, que esta obra presenta una unidad profunda y desarrolla una intuición primordial. En una conferencia dada en Bolonia el 10 de abril de 1911 sobre La intuición filosófica **Henri Bergson** había demostrado, de una manera patente, cómo existen dos maneras de acercarse a la obra de un filósofo: "Un sistema filosófico parece, a primera vista, que se erige como un edificio completo, de una arquitectura práctica, en el que han sido tomadas disposiciones para que se puedan albergar cómodamente todos los problemas." Es posible considerar esta construcción desde el exterior, "darle la vuelta", examinar separadamente cada elemento, verificar los materiales utilizados por el autor y las fuentes de donde los ha sacado. Este método puede ser útil, aunque nos deje ver poco la coherencia interna y los motivos que han determinado la concepción de conjunto.*

Existe, sin embargo, una segunda vía de aproximación hacia la obra de un pensador. Consiste en penetrar en el corazón mismo del edificio, "en instalarnos en el pensamiento del filósofo". El sistema sufre entonces una transfiguración total: la coherencia, la necesidad de todos los elementos se hace perceptible de pronto: "Todo se reúne, finalmente, en un punto único, al que sentimos que nos podríamos aproximar cada vez más, aunque haya que desesperar de alcanzarlo"¹. Todo esto se aplica, en gran parte, a la obra de Teilhard de Chardin. Del mismo modo, en él no basta con considerar una obra desde el exterior y examinar, uno tras otro, los elementos con los que ha sido edificada, cualquiera que sea la utilidad de este análisis. Es mucho más importante hacer un esfuerzo para estudiar su obra, por decirlo así, desde el interior y descubrir el punto central desde el que la ha construido el autor y al que no ha dejado de dar forma de nuevo.

1 H. BERGSON: *La pensée et le mouvant* (1934), apud: (Euvres. edición del Centenario, 1959, págs. 1346-1347.

Abstracción hecha de sus escritos teológicos, está claro que su obra entera tiene por punto de partida su voluntad de penetrar lo más lejos posible la estructura fundamental

del universo en el que vivimos y del que formamos parte. Más que cualquier otro filósofo, ha tomado como punto inicial los resultados de las ciencias, que le han permitido comprender el mundo en su dimensión histórica. Desde este punto de vista—convertido, a sus ojos, en evidencia—, intenta descubrir la coherencia interna y el sentido esencial de la historia universal, que presenta, según él, a pesar de la multiplicidad y de la diversidad de los fenómenos, una unidad y una armonía fundamentales, orientando así nuestra actividad de hombres.

Todas sus disertaciones parten de esta convicción primordial, e intentan demostrarnos en qué consiste esta unidad fundamental y cuáles son las perspectivas que revela sobre la existencia humana. A él se aplican, igualmente, las palabras de Bergson: "Toda la complejidad de su doctrina, que iría hasta el infinito, no es, pues, más que la inconmensurabilidad entre su intuición simple y los medios de que dispone para expresarla"². Y nos parece que no andamos lejos de su intuición inicial si la buscamos en la proximidad de lo que él ha llamado la ley de la complejidad progresiva y de la conciencia creciente; en otros términos, el problema de la relación espíritu materia.

2 Ibidem.

Empujado por su deseo de ver el mundo en tanto que unidad, fue llevado, necesariamente, a la pregunta siguiente: ¿Cómo los dos grandes dominios de nuestra experiencia, el del mundo exterior y el del mundo interior, pueden ser reducidos a la unidad en el cuadro de un universo en evolución? A primera vista" tenemos la impresión de estar ante un problema puramente filosófico. Desde hace siglos, son los filósofos los que han trazado paralelos que permiten la aproximación. Sin embargo, la manera con la que Teilhard de Chardin se esfuerza en resolver este problema no es filosófico primordialmente, aunque sus concepciones terminen, sin duda ninguna, por desembocar en perspectivas metafísicas

Ha escogido su punto de partida entre los datos de las ciencias y hace referencia a hipótesis de tipo científico. En este terreno, la que adopta es el carácter bifaz del Weltstoff, o materia del universo: si avanzamos la hipótesis de que todo tiene un fuera y (virtualmente, al menos) un dentro y que estos dos aspectos de la realidad evolucionan, a través de la Historia, hacia una complejidad-conciencia siempre creciente, el Universo comienza entonces: a ser, para nosotros, una realidad coherente e inteligible, lo que no ocurrirá nunca sin esta hipótesis.

En opinión del autor, no se trata, de ninguna manera, en su origen, de una teoría filosófica, sino exclusivamente de una hipótesis científica de trabajo. Esta posición reviste una importancia capital. Teilhard de Chardin no parte, de ninguna manera, de una especie de pan-psiquismo filosófico. Habitado a un modo científico de pensar, construye una hipótesis provisional, que compara posteriormente con la realidad. Así, como ocurre con la ciencia, esta hipótesis toma, según Teilhard, todo su valor y todo su poder de la armoniosa coherencia que aporta desde que es aceptada.

Se esfuerza sin cesar en examinar los resultados a los que conduce esta hipótesis cuando se la confronta con la realidad, y a medida que buscaba más adelante esta dirección, crecía en él la convicción de haber encontrado así la llave para una acertada comprensión del universo y, en particular, del lugar ocupado por el hombre en este universo. Por esto no es sorprendente verle repetir este tema continuamente y darle vueltas en todos los sentidos.

Mientras que trabaja en el piano científico o, mejor dicho, fenomenológico, no es difícil seguirle en sus consideraciones. Nadie, en efecto, puede oponerse a una tentativa

semejante. Las dificultades surgen cuando intenta interpretar los resultados de este método de trabajo desde el punto de vista filosófico. Es innegable, en efecto, que, tarde o temprano, esto no podrá ser evitado, si bien deberá plantearse la cuestión de saber hasta qué punto consideraciones presentes pueden ser asociadas a la filosofía tradicional.

Teilhard de Chardin era consciente de las repercusiones filosóficas de sus intuiciones. En una carta dirigida a un compañero, a quien había enviado su Esbozo de un universo personal, escribía, así: «... Voy a enviarle mi último Ensayo, en el que he intentado hacer mi pequeña síntesis sobre la cuestión. Este ensayo corre el peligro de chocar en varios puntos con su metafísica. Pero estoy persuadido de que es posible una transcripción más tradicional de mis puntos de vista, pudiendo tener mis paradojas el papel de hacer sentir de una manera "clamante" los puntos en los que la filosofía clásica requiere una mayor amplitud o un suavizamiento" (Carta del 15 de agosto de 1938).

Del pasaje citado se desprende que Teilhard se adhería a la opinión de que la filosofía clásica (sin ninguna duda, se refiere a la metafísica escolástico-aristotélica) necesita, en algunos puntos, un complemento y una mayor amplitud, pero que, en sustancia, puede conciliarse con sus concepciones. En lo que concierne a este último punto, poseemos el testimonio capital de un filósofo de los más calificados, el P. Maréchal, S. J. En una nota al P. Augusto Valensin, S. J., escribía en estos términos: "Como en sus trabajos, el autor supone admisible una cierta continuidad de evolución de la materia en el Hombre. Esto puede ser entendido de una manera perfectamente ortodoxa, e incluso comprenderse fácilmente en las doctrinas aristotélicas de la causalidad... Profesando que el alma espiritual no ha sido creada más que "in corpore" con el concurso de la materia, ellos (los filósofos y los teólogos) admiten, por el hecho mismo, una "noosfera", religada al resto del mundo material por correlaciones necesarias. Hay, pues, a sus ojos, una "ciencia natural", no solamente del cuerpo humano, sino del Hombre entero. Este determinismo natural de todo el Hombre no excluye la espontaneidad, incluso en su expresión más alta, al acto libre."

En este dominio, los textos publicados en este volumen serán, sin ninguna duda, tema de discusión, de manera que se estimulen y fecunden las investigaciones ulteriores. Los textos que se refieren a esta cuestión deben, pues, ser considerados, sobre todo como instrumentos de trabajo que pueden ser útiles para un examen subsiguiente del problema planteado. Según las mismas intenciones del autor, deben ser considerados, igualmente, como una contribución provisional a la solución de un problema que ocupa, ya desde hace tiempo, a las mentes y que, quizá, no será nunca resuelto de manera completa.

Se plantea así el problema general de la relación del pensamiento teilhardiano con la filosofía escolástica. Aunque elaboradas bajo el ángulo fenomenológico, sus consideraciones desembocan, a fin de cuentas, a una metafísica.. Lo inverso sería, por otra parte, completamente inimaginable. Su análisis del fenómeno cósmico nos lleva al umbral del pensamiento filosófico, arroja una nueva claridad sobre problemas antiguos y nos deja ver, incluso, en qué dirección debería ser conducido ulteriormente este pensamiento filosófico. Recientemente, Juan Daniélou, S. J., lo ha subrayado de manera patente: "Se tiene la impresión de que redescubre la metafísica, como han podido descubrirla los presocráticos. Construye una metafísica en el prolongamiento de la ciencia de su tiempo"³. Es, precisamente, remontándose hasta las fuentes vivas de una metafísica verdadera, es decir, hasta el reconocimiento íntegro de la realidad, tal como la ha hecho aparecer la experiencia científica, como ha abierto el camino a una reflexión filosófica renovada.

3 J. DANIELOU: *Signification de Teilhard de Chardin, Études*, t. 312, febrero 1962, pág. 147.

En esto exactamente discierne el P. Daniélou uno de los méritos muy particulares de Teilhard de Chardin. Ciertamente que éste no se encontraba siempre muy a gusto en los cuadros de la escolástica tradicional: "Por una parte, indudablemente, se sentía molesto en ella. Su pensamiento no se expresa en ningún grado a través de las categorías escolásticas de acto y de potencia, de materia y de forma, de sustancia y de accidente. Precisamente, Teilhard ha querido partir de cero; es decir, tomar su punto de apoyo en el contacto con el estado de la ciencia de su tiempo. Pertenece a la época en que la física nuclear ha revolucionado la concepción de la materia, mostrando que materia y energía eran reversibles, y, por tanto, que la materia podía ser considerada como un campo de fuerzas energéticas. Pertenece a la época en que la evolución biológica se ha mostrado como la explicación más plausible de un conjunto de datos de los que constituía la ley de inteligibilidad. El lenguaje que habla es el de la ciencia. Y este lenguaje es diferente al de la escolástica tradicional.»

¿En qué consiste, pues, la significación filosófica de Teilhard de Chardin? Precisamente, en que universaliza el lenguaje de las ciencias y lo extiende a la totalidad de la existencia: "Transpone las categorías científicas en categorías metafísicas (...). Su pensamiento puede ser interpretado en el sentido de que, en niveles de existencia diferentes, encontramos analogías que expresan un cierto parecido. Teilhard extrae así leyes generales de la vida, ley de complejización, ley de evolución, ley de personificación, ley de socialización. Estas leyes se verifican en todos los niveles. Permiten, pues, pensar la totalidad, establecer ligazones. La metafísica es precisamente esto.. No hay metafísica sin analogía. Pero el pensamiento moderno desprecia, con demasiada frecuencia, el valor gnoseológico de la analogía."

Así considerada, la obra de Teilhard de Chardin reviste, en efecto, una significación filosófica excepcional. Pero, al mismo tiempo, se manifiesta claramente cómo la sucesión de sus ideas está ligada, de manera eminente, a la filosofía aristotética y tomista. "Aquí hay, igualmente, en el origen, un análisis físico y biológico. Y es en prolongación de este análisis en el que están concebidas, analógicamente, las realidades metafísicas. Teilhard nos parece, así, volver a encontrar la actitud Profunda de la filosofía tradicional de la Iglesia, pero despojándola, podríamos decir, de un lenguaje que era solidario de una ciencia periclitada, para inventarla un lenguaje nuevo, expresión de la ciencia actual. Pero si ha podido hacer esta operación es porque Teilhard había heredado de la filosofía escolástica, porque había conservado lo esencial. Es esto lo que le ha preservado del materialismo, del panteísmo y del evolucionismo. Es por esto por lo que las categorías de persona, de creación, de Dios, son constitutivas de su pensamiento. Pero no ha retenido de la escolástica más que sus categorías fundamentales y las ha interpretado a partir del hecho científico de su tiempo»⁴.

⁴ Ibidem, págs. 78-79.

Si hemos querido citar estas líneas enteramente, es porque demuestran, de forma eminente, el alcance filosófico de la obra de Teilhard de Chardin, y porque nos preservan, al mismo tiempo, de un juicio demasiado prematuro sobre el carácter, admisible o no, de sus concepciones, al mismo tiempo que manifiestan con claridad cómo, en un plano superior, ha permanecido fiel al espíritu de moda de pensar escolástico-aristotético, una fidelidad infinitamente más real que la que se traduce por la simple repetición de las fórmulas tradicionales. No es su menor mérito el haber restablecido, así, los lazos entre la metafísica y las ciencias, una relación que se ha perdido de vista con demasiada facilidad.

Iríamos más allá de nuestra tarea si intentáramos comentar aquí los diferentes problemas planteados por Teilhard de Chardin en los opúsculos que figuran en estos libros: exigirían una amplia y profunda discusión y quizá, en ciertos puntos, darían lugar a críticas. Teilhard de Chardin habría sido el primero en alegrarse de una discusión y una crítica semejantes. Pero antes de emprender esta tarea debemos comenzar por estudiar sus escritos con la atención necesaria y por situar sus conclusiones bajo su luz verdadera, lo que, por desgracia, no se ha hecho siempre en el pasado. Nos atrevemos a esperar que los textos aquí recogidos serán recibidos con el mismo espíritu que les ha inspirado y que podrán constituir una ayuda preciosa para todos los que se esfuerzan en orientar hacia su solución verdadera, en tanto que esté en nuestra poder, los grandes problemas planteados por la existencia humana.

N. M. WILDIERS
Doctor en Teología.

ADVERTENCIA

Los escritos que publicamos a partir de este tomo VI no han sido revisados por el P. Teilhard de Chardin con vistas a la edición.

Siguiendo la intención del autor, y como indica el R. P. Wildiers en el Prefacio, los presentamos a nuestros lectores como «instrumentos de trabajo».

Las anotaciones de este volumen han sido necesarias por las interpretaciones erróneas del pensamiento del autor, reveladas en diversas obras o en artículos de prensa. Siempre que es posible, sacamos estas explicaciones de los mismos escritos del P. Teilhard.

EL ESPIRITU DE LA TIERRA

INTRODUCCIÓN

Las páginas siguientes no intentan, de un modo inmediato, preservar ninguna ortodoxia, ni científica, ni literaria. Quieren, sencillamente, explicar, con toda sinceridad, una visión particular del Mundo.

En nuestros días, muchos creyentes, al no renovar sus ansias con el contacto de lo real, dejan extenderse, sobre los misterios de la Vida, un velo de soluciones convencionales. Y los sabios, perdidos en investigaciones de detalle o como prometidos en un falso materialismo, no parecen ver cómo se plantea, incluso en virtud de sus conquistas, antes

nuestras actividades, la cuestión fundamental del Porvenir. Ahogados por las palabras que han creado, los hombres corren el peligro de perder de vista el Problema, hasta el punto de no captar el sentido de lo que descubren sus propias experiencias.

Apoyado en lo que me han enseñado, desde hace cincuenta años, la Religión y la Ciencia, he intentado aquí salir a flote. He querido salir de la niebla para encontrar la visión de las cosas mismas. Y he aquí lo que he creído descubrir, solo, frente al Mundo ¹.

1 Desde 1926, el P. Teilhard soñaba con este ensayo y escribía al canónigo Gaudeffroy: «... Sueño con una especie de «Libro de la Tierra», donde me dejaría hablar, no como francés ni como elemento de un compartimento cualquiera, sino como Hombre o como "terrestre" sencillamente. Querría hablar de la confianza, las ambiciones, la plenitud y también las decepciones, las inquietudes, la especie de vértigo, del que toma conciencia de los destinos y de los intereses de la Tierra (Humanidad) entera.»

1. ¿ESPÍRITU O MATERIA?

Lo primero que he visto es que sólo el Hombre puede servir al Hombre para descifrar el Mundo.

Hasta aquí, el Hombre, en lo que tiene de verdaderamente esencial, ha sido dejado fuera de todas las construcciones científicas de la Naturaleza. A los ojos de unos, su valor «espiritual» es demasiado grande para que sea posible integrarle, sin una especie de sacrilegio, en el proceso general de la Historia. A los ojos de otros, su facultad de elegir y de abstraer está demasiado alejada de los determinismos materiales para que sea posible, ni siquiera útil, asociar a los elementos con los que se construye la Física. En los dos casos, por exceso de admiración o por falta de estima, el Hombre permanece flotando por encima, o rechazado al margen del Universo—desarraigado o accesorio. El que hace la Ciencia, queda fuera de los objetos de la Ciencia. Esta es la fuente de todas nuestras dificultades intelectuales y morales presentes. No comprenderemos nunca ni al Hombre ni a la Naturaleza si, de acuerdo con lo que nos gritan los hechos, no nos volvemos a sumergir completamente uno en el corazón de otro (pero sin destruirle).

Hay que realizar, en fin, este gesto. Hay que aceptar lo que la Ciencia nos dice, a saber, que el Hombre ha nacido de la Tierra. Pero, más lógicos que los sabios que nos hablan, tenemos que ir hasta el final de la lección; es decir, aceptar que el Hombre haya nacido, por entero, del Mundo—no solamente sus huesos, su carne, sino su increíble poder de pensamiento ². Considerémosle, sin minimizarle, como un Fenómeno. *Ipsa facto*, se va a encontrar cambiada la faz del Universo.

2 Para el transformismo cristiano, la acción creadora de Dios no se concibe ya como empujando sus obras, intrusivamente, en medio de los seres preexistentes, sino como haciendo nacer, en el seno de las cosas, los términos sucesivos de su obra. No es ni menos esencial, ni menos universal, ni, sobre todo, menos íntima por esto. (Nota del autor para "La Paradoja transformista», t. III, *La Visión del Pasado*, p. 141.

3 Un movimiento absoluto a través del espacio intersidereal.

El punto de partida de esta metamorfosis es que la Vida, *manifestada en el Hombre*, se descubre como una propiedad *sui generis del Cosmos*. En la historia de la Física se produce, de cuando en cuando, el descubrimiento de «fenómenos característicos» en los que, bajo una anomalía aparente, se revela una propiedad fundamental de las cosas: así, la actividad del Radio, la impotencia de las experiencias para descubrir un movimiento del globo, a través del éter³. El mayor error que hubiera podido cometer la Ciencia, frente a estos hechos, hubiera sido relegarles al dominio de las rarezas molestas. Ignoraríamos, entonces, el inmenso dominio de las radiaciones y las perspectivas de la Relatividad. El Hombre «pensante», generahnente mirado como una «irregularidad» del Universo, es precisamente uno de estos fenómenos privilegiados en los que se revela a nuestra observación, como un grado de intensidad que le hace inmediatamente comprensible, uno de los aspectos más generales del Cosmos. Hasta el Hombre, la Vida, a pesar de las propiedades singulares de sus constituyentes y de su evolución general, podía, en rigor, ser relegada a un oscuro compartimento de la Química. Limitándola, muy artificialmente por lo demás, a sus términos más inferiores y más mecanizados (es decir, a formas apenas emergidas, o en vías de re-inmersión en la Materia), la Biología podía intentar reducirla a tactismos y tropismos. En el Hombre, algo nuevo estalla irresistiblemente que, hasta él, la Ciencia no podía comprimir más que a fuerza de violencia. En el nivel humano, la duda no está permitida; hay que decidimos, en virtud, incluso, de las perspectivas generales de la Evolución, a hacer, en la Física del Universo, un lugar especial a las potencias de conciencia, de espontaneidad, de improbabilidad, que representa la Vida. Es necesario. De otra manera, el Hombre permanece inexplicado: excluido de un Cosmos del que forma, evidentemente, parte. Pero entonces, y éste es el segundo paso hacia la luz, este lugar, tan pronto como se intenta determinarlo, se descubre como inevitablemente inmenso y fundamental. La Vida, en efecto, no es una propiedad parcial, limitada, de la Materia, análoga a un efecto vibratorio o molecular cualquiera; es más bien como lo inverso de todo lo que nos sirve habitualmente para definir la Materia. La Vida, además, no es una relación fija y estática entre elementos del Mundo; por el contrario, aparece claramente como la huella de un proceso universal, siendo la Vida terrestre función de la evolución sideral del Globo y función, a su vez, de la evolución cósmica total. De donde el dilema: o bien la Vida, consumada por el Pensamiento, no es más que una ilusión en el Mundo, o bien, por poca realidad física que se le conceda, tiende a ocupar en él una posición universal, central, exigente. *Tal es la situación científica verdadera.*

En este grado de invasión, una única realidad (en la medida en que ésta existe verdaderamente) permanece frente a la Vida y puede medirse con ella en grandeza y universalidad: es la Entropía, esta misteriosa involución del Mundo que tiende a replegar sobre sí misma, un poco más a cada instante, en el plural inorganizado y más probable, la capa de la Energía cósmica. Y entonces, ante nuestro espíritu que busca, entre Vida (Pensamiento) y Entropía (Materia) se libra el duelo final por la dominación del Universo. ¿Vida y Entropía son las dos caras inversas, pero equivalentes, de una misma Realidad fundamental en eterno balanceo? ¿O bien, en el fondo, una de las dos, tiene el privilegio de ser más primitiva y más duradera que la otra, por naturaleza?

Más adelante, por el estudio crítico de las condiciones de la Actividad Humana, mostraremos que el Universo, bajo pena de ser contradictorio en sí mismo, parece exigir que la Vida tenga una garantía de Porvenir ilimitado, es decir, que escape a un dominio completo de sí misma por fuerzas que la vuelven atrás: la Vida no sería vivible si no tuviera conciencia de ser, al menos parcialmente, irreversible y superior, por tanto, a las atracciones inversas de la Entropía.

Aquí, otra consideración, sacada de las leyes, no de la Acción, sino del Pensamiento humano (hijo del Mundo), va a bastar para fijar, en una primera aproximación, nuestra

elección. Instintivamente, en sus tentativas de construcción intelectual del Universo, muchos hombres investigan *a partir de la Materia*. Porque la Materia se toca y porque *parece*, históricamente, haber existido la primera, se la acepta, sin examen, como la trama primordial y la porción más inteligible del Cosmos. Pero *esta vía no lleva a ninguna parte*. Pues, además de que, en sí, la Materia, símbolo de multiplicidad y de transitoriedad, escapa a toda comprensión directa del Pensamiento, esta misma Materia, falta más grave todavía, se revela incapaz, por su misma naturaleza, de engendrar el Mundo que nos rodea y nos constituye. Es radicalmente imposible de concebir que elementos "interiorizados" y espontáneos hayan podido nunca desarrollarse de un Universo supuesto, en estado inicial, enteramente formado por determinismos. Quien acepta este punto de partida se cierra toda salida para unirse al estado presente del Universo. Inversamente, de un Cosmos inicialmente formado, constituido por "libertades" elementales, es fácil, por efecto de los grandes números y de los hábitos, *deducir* todas las apariencias de rigor sobre las que está construida toda la Física matemática de la Materia. Un Universo con trama primitiva "material" es, irremediablemente, estéril y fijo, mientras que un Universo de trama "espiritual" tiene toda la elasticidad requerida para prestarse a la vez a la evolución (Vida) y a la involución (Entropía). Esta consideración debe ser suficiente para decidir nuestra opción intelectual.

No, el Cosmos no podría ser interpretado como un polvo de elementos inconscientes sobre los que afloraría, incomprensiblemente, la Vida, como un accidente o un moho. Sino que es, *fundamental y primeramente*, vivo, y toda su historia no es, en el fondo, más que un inmenso proceso psíquico; la lenta, pero progresiva unión de una conciencia difusa, escapando, gradualmente, a las condiciones "materiales" con que la oculta, *secundariamente*, un estado inicial de extrema pluralidad. Desde este punto de vista, el Hombre, en la Naturaleza, no es más que una zona de emersión en la que culmina y se revela, precisamente, esta evolución cósmica profunda. El Hombre cesa entonces de ser, sobre la Tierra, una chispa caída fortuitamente de otra parte. Es la llama que brota, repentinamente, sobre la Tierra, por una fermentación general del Universo ⁴. Ya no es, en la Naturaleza, el enigma estéril o la nota que desentona. Es la clave de las cosas y la armonía última. En él todo toma cuerpo y todo se explica.

⁴ Sostenido, ocioso es decirlo, por alguna fuerza creadora profunda. Si no hablamos más explícitamente de esta última es porque, repetimos, nuestro fin es seguir la curva aparente de los fenómenos sin escrutar las condiciones metafísicas de su existencia. (Nota del autor sobre la *Hominización*, t. III, pág. 103.)

Ante nosotros, el Mundo es como un laberinto. Muchas entradas, pero un solo camino que conduce al centro. La Naturaleza se resiste a nuestros esfuerzos por penetrarla, porque la tomamos de través o a contrapelo. Escojamos mejor lo Conocido y lo Desconocido. Pongamos la X donde debe estar, es decir, en lo material y en el plural; y reconozcamos que lo consciente, lo libre, son *evidencias primitivas no analizables*. Entramos, entonces, en el orden. Ya no hay umbrales infranqueables ni callejones sin salida. El hilo de Ariadna, para dirigirnos en el Universo, es "el nacimiento del Espíritu"; y la mano que nos lo da, es el reconocimiento legal del "Fenómeno humano".

II LA TIERRA Y EL ESPÍRITU

Así, nuestro pensamiento ha elegido: la génesis del espíritu es un fenómeno cósmico; y el Cosmos consiste en esta génesis misma ⁵. Pero la Vida, en potencia por todas partes, en el Cosmos, no conocemos todavía más que la Vida en la Tierra. Intentemos comprender la *Vida de la Tierra*.

5 Como en sus otros trabajos, el autor supone admisible una cierta continuidad de evolución de la Materia en el Hombre. Esto puede ser entendido de una manera perfectamente ortodoxa y encuadrarse fácilmente, incluso, en las teorías aristotélicas de la causalidad (...).

"Profesando que el alma espiritual no ha sido creada *más que "in corpore"*, y no opera más que con el concurso de la materia, ellos (los filósofos tomistas) admiten, por este mismo hecho, una "noosfera" ligada al resto del mundo material por correlaciones necesarias. Hay, pues, a sus ojos, una "ciencia natural" no solamente del cuerpo humano, sino del Hombre entero. Este determinismo natural de todo hombre no excluye la espontaneidad, incluso en su expresión más alta, el acto libre."

(Extracto de una revisión hecha por el P. Maréchal, S. J., de un ensayo del P. Teilhard titulado *El fenómeno humano* y fechado en 1928. El P. Teilhard envió esta revisión al P. Valensin en la carta que le dirigió el 29 de septiembre de 1928.)
(N. del E.)

Se ha podido decir (y parece que algunos astrónomos empiezan, de nuevo, a sugerirlo) que la Tierra tal vez sea el único centro actualmente vivo del Universo. No vamos a discutir este poco verosímil e indemostrable privilegio concedido a nuestro planeta. Pero debemos señalar, de pasada, una manera particularmente viciosa de comprenderlo, que consistiría en hacer de la Vida, en semejante circunstancia, un accidente maravilloso, nacido una vez y para siempre, al margen de la evolución cósmica, a favor de un formidable azar. El punto de vista al que, por sólidas razones filosóficas y científicas, nos hemos adherido, hace justicia con esta interpretación pueril y la corrige. No, aunque la Vida fuera, y debiera continuar siéndolo, privativa de la Tierra, no se seguiría de ello que fuera un "accidente" en el Mundo. Deberíamos concluir, sencillamente, que, a través de la inmensidad sideral, sólo (o al menos, el primero) el centro terrestre se ha encontrado dispuesto para fijar una posibilidad *en estado de suspensión universal*, y que esta posibilidad *ha evolucionado por entero*. La Vida y el Pensamiento podrían, entonces, ser especiales de la Tierra: serían la Vida y el Pensamiento del Mundo.

Los geólogos continúan inseguros sobre la manera en la que se ha realizado la individualización de la Tierra: aglomeración, en cualquier caso, de partículas elementales. Miremos este astro al nacer. La noción primordial que hay que asegurar en nuestro espíritu, en este momento, es la extraordinaria riqueza y complejidad de su «Materia juvenil», magma en el que, al lado de muchas actividades fisico-químicas, hoy neutralizadas o evaporadas, flotaban, bajo una forma actualmente inaccesible a nuestras experiencias, *las influencias de la Pre-Vida*. Se ha hecho observar, con razón, que los pueblos más "primitivos" que viven actualmente sobre la Tierra son pueblos detenidos y agotados, en los que no podríamos encontrar la llama que animaba, cuando franqueaban el mismo estadio de cultura, a las avanzadillas de la Humanidad. De la misma manera, ninguna materia terrestre, accesible a nuestras investigaciones presentes, puede darnos exactamente idea de la *Tierra primera*. Algo se liberó (bruscamente, y sin duda de un solo golpe) cuando extendió sobre la superficie del Globo el velo, infinitamente complejo, desde su origen, de la Biosfera. Nos preguntamos con frecuencia por qué la «generación espontánea» parece imposible

actualmente. Se buscan razones, para esta esterilidad presente de la Materia, en alguna modificación de los climas, de las radiaciones solares o de la atmósfera. Nos parece, sobre todo, que en la primera aparición de la Vida encontramos un fenómeno ligado a la evolución telúrica total; una era, y sólo una, para este suceso, en la historia de un mismo astro. La «Tierra juvenil» contenía un *Quantum de consciencia*⁶, y este *quantum* ha pasado enteramente a la Biosfera. En adelante, la Materia terrestre puede sostener y alimentar la Vida, pero no podría hacer emanar una nueva, pues está agotada, extenuada, "desvitalizada". Los sabios, para producir la Vida, tendrían que hacer una Tierra de nuevo.

6 «...Hay que admitir la existencia posible de un psiquismo tan diluido que no tendrá más que relación muy lejana con lo que esta palabra significa a escala del Hombre o aun del animal... »

Este psiquismo es un "estado de conciencia" que hará que tal o tal otra estructura material pueda tener en ciertos momentos, en ciertas regiones del espacio y del tiempo, un comportamiento que deje transparentar (aunque de manera muy vaga) una especie de previsión del futuro inmediato, es decir, un conocimiento del acto a realizar para tender a un objetivo asignado con anterioridad. (JEAN E. CHARON: *La Connaissance de l'Univers*, págs. 136 y 139. Ed. du Seuil.)

Sigamos ahora los movimientos íntimos de la capa viva con que se ha envuelto, perceptiblemente, nuestro planeta.

¿Qué ocurre en los niveles (únicos interesantes, desde ahora, para nosotros) de la Biosfera? La historia de la Vida se separa, aquí, de las simples hipótesis y comienza a respondernos..., con tal que la comprendamos bien. En nuestros días, la ligazón fundamental de las formas vivas y su nacimiento, unas a partir de otras, no es ya seriamente discutida. Pero falta, todavía, que los biólogos se entiendan sobre la forma de esta evolución en la que muchos continúan no viendo más que una abundancia ininteligible y una diversidad desordenada. Esta duda reside, probablemente, en la confusión que reina todavía comúnmente sobre los tres tipos muy diferentes de evolución biológica. De estas tres evoluciones, la más superficial (se podría llamar *evolución de dispersión*) consiste, en efecto, en una simple diversificación (o exposición) de las formas vivas en el interior de un haz de posibilidades equivalentes, en la forma o en la coloración; así, entre otros, algunos grupos de plantas, de mariposas, de pescados, de antílopes. Más profunda se sitúa la *evolución de diferenciación instrumental*, por la que las formas se distribuyen en «radiaciones» diversas, definidas cada una por la adquisición de un tipo morfológico especializado (natación, carrera, vuelo, formas socavadoras y animales de presa); de estas transformaciones nacen la mayor parte de los «filum» que distingue la Paleontología. Por debajo se dibuja la *evolución de mayor conciencia*, en virtud de la cual los seres vivos, en masa, *sobre todo* el frente de la Biosfera, se alzan más o menos (a excepción de los tipos inmóviles o regresivos) hacia una mayor organización (individual o colectiva) y hacia una mayor espontaneidad. Pues bien, sólo esta tercera clase de evolución (marcada tanto en la concentración de los sistemas nerviosos como en la constitución de los agrupamientos sociales) puede darnos el *sentido y la verdadera forma de los movimientos de la Vida*. Hasta aquí, la Biología ha observado y ha estudiado poco, en sus construcciones, «la evolución de conciencia», menos apta, en virtud de su misma amplitud, para proporcionar referencias a la Sistemática. Pero en ésta, indudablemente, yace el *movimiento de fondo*, del que los otros dos tipos de evolución no son más que armónicos; y con ella sola tenemos, por fin, un *parámetro absoluto* de los desarrollos, no solamente de la Vida terrestre, sino del Mundo. Semejante a una marea, la subida multiforme hacia la Conciencia hincha con su savia y

empuja hacia adelante, sin retroceso ni desviación de conjunto, a todas las fibras de la Biosfera; sus latidos sucesivos marcan las grandes etapas de la Vida; y, siguiendo su éje de progresión, un día se ha abierto paso en un dominio nuevo. Después de millares de siglos de esfuerzos, la Vida terrestre, hija del Cosmos, ha emergido en el *Pensamiento*.

Y henos aquí, de nuevo, ante el suceso capital que domina la Historial Natural del Mundo: el fenómeno humano. Un cierto número de características esenciales deben llamar nuestra atención frente a él.

En un principio, el Hombre (es decir, la Vida pensante) se establece sobre la Tierra *a través de un punto o una superficie crítica de transformación*. Como la cúspide, inextensa, en que se concentran al límite las secciones de un cono—como el vapor en el que se transforma, sin cambiar de temperatura, un líquido en ebullición—, el Pensamiento sucede a la Vida irreflexiva, franqueando un umbral, por un cambio de estado. Sin duda, nada semejante ha sucedido en nuestro Mundo desde la condensación inicial de la Pre-Vida. El Pensamiento humano abre, pues, una era nueva en la historia de la Naturaleza. Pero, aunque es una *Vida renovada, no es una Vida completamente nueva*. En su espiritualidad, como en la cúspide del cono, deben volverse a encontrar todas las generatrices pasadas, *reconocibles*, aunque hominizadas: el hambre, el amor, el sentido de lucha, el gusto por la presa. El control de estas herencias en un plano superior es el trabajo de la Moral y el secreto de la más-vida.

Desde otro punto de vista, las consecuencias biodinámicas de la aparición del Pensamiento en la Biosfera reproducen, en un dominio más elevado, las que hemos hecho notar en el caso de la primera aparición de la Vida organizada. En el nacimiento de la Biosfera se habían exhalado las cualidades «juveniles» de la Materia terrestre, reducida a la impotencia, en adelante, para producir nueva Vida. En la eclosión, en un tallo, de la flor humana, la Vida animal ha agotado, probablemente, todo su poder de «reflexión». Ningún otro Pensamiento, en consecuencia, podría dibujarse nunca, sobre la Tierra, al lado del Pensamiento humano, como competidor o como aliado. Y ninguno podría venir a relevarle si, por alguna defeción general o por desaparición, llegara a ser decapitado.

De donde esta conclusión—científicamente establecida, pensamos, e inevitable—: En el Espíritu humano, como en un fruto único e irremplazable, se encuentra reunida toda la Vida sublimada (es decir, en suma, todo el valor cósmico) de la Tierra.

III. EL ESPÍRITU DE LA TIERRA

Uno de los aspectos más importantes de la Hominización, desde el punto de vista de la historia de la Vida, es el acceso de las realidades (o valores) biológicos al dominio de las realidades (o valores) morales. A partir del Hombre, y en el Hombre, la Evolución ha tomado de sí misma una conciencia refleja. En adelante, puede reconocer, en cierta medida, su posición en el Mundo, escoger su dirección, rehusar su esfuerzo... Estas condiciones nuevas abren en la Tierra la inmensa cuestión del Deber y de sus modalidades. ¿Por qué actuar? ¿Y cómo actuar? El resto de este estudio no será, en suma, más que un esbozo del *Problema cósmico de la Acción*.

Mientras se ha permanecido en las concepciones estáticas del Universo, los fundamentos del Deber han quedado prodigiosamente oscuros. Para darse cuenta de esta ley misteriosa que pesa profundamente sobre nuestra libertad, ha habido que recurrir a toda clase de explicaciones: desde la de un orden explícito, venido de fuera, hasta la de un instinto irracional pero categórico. En una perspectiva espiritualmente evolutiva del Universo, tal como la hemos admitido aquí, la solución es muy sencilla. El fundamento *inicial* de la

Obligación, para el elemento humano, es el hecho de haber nacido y de desarrollarse, *en función de una corriente cósmica*, Debemos actuar, y de una manera determinada, porque nuestros destinos individuales están ligados a un destino universal. El Deber no es otra cosa, en su origen, que el reflejo del Universo en el átomo.

Pero más claramente, ¿en qué dirección concreta—según qué plan preciso—debemos prolongar, activa y libremente, más allá de nuestro estado presente, las generatrices del Mundo?

Se plantea aquí, a la Humanidad recién nacida, en virtud de sus nuevos atributos, una interrogación esencial, que no podría ser satisfecha con una simple mirada hacia atrás, Hasta el Hombre, parece que, en el desarrollo de la Vida, el individuo haya estado siempre claramente subordinado a la especie. Su valor era, sobre todo, el de un órgano de transmisión, de un lugar de paso. Se trataba para la Vida, según parece, de llegar, a través de elementos cada vez mejor organizados, a establecer sobre la Tierra una forma superior de conciencia, *un estado de personalidad*. Con el Hombre y en el Hombre, el elemento acabado y centrado, es decir, la *persona*, se encuentra, por fin, constituido. Por este suceso esencial, ¿no va a encontrarse desplazado el centro de gravedad de los valores? Hasta aquí, el elemento era para el conjunto. En adelante, ¿no va a ser el conjunto para el elemento? En suma, estamos, teóricamente, en presencia de dos posibilidades: o bien, a partir del Hombre, culmina absolutamente la Vida y se esparce en una pluralidad de conciencias reflejas, de las cuales cada una es su razón última; o bien, más allá, incluso, del Hombre (más allá de la superficie de Hominización), y a pesar del valor decisivo y definitivo de las «personas», la unidad de frente evolutivo permanece intacta, y el valor del Mundo continúa construyéndose *solidariamente*, hacia adelante. Dos concepciones de la Evolución, y, por tanto, dos Morales.

En favor de una estructura pluralista de la capa humana militan, a falta de razones filosóficas o científicas muy precisas, un cierto número de instintos elementales y de sentimientos refinados. Muy legítimamente, centrarse, individualizarse, personalizarse, es la mitad de la alegría de vivir (siendo la otra mitad, y la mejor, ya lo recordaremos después, el descentrarse en algo más grande que uno mismo...). Es comprensible, pues, que los individuos, tanto como las naciones, estén naturalmente inclinados a pararse y a plantar su tienda en esta primera cima conquistada. No faltan los sistemas que colorean esta pereza egoísta y que exaltan el valor único del instante presente (entendido como un absoluto cerrado sobre sí mismo). Nosotros pensamos que esta manera de comprender el Mundo, particularmente cara a los medios literarios y artísticos, es, sencillamente, infantil y rudimentaria y no resiste un análisis serio de la estructura de las cosas. Si la Persona humana, aparecida, de nuevo, en las grandes aguas de la Vida, experimenta, en un momento de exaltación, la embriaguez de erigirse en el punto culminante del Universo, la tentación es muy natural. Pero que tenga cuidado. A pesar, o más bien a causa de su autonomía conquistada, otra Unidad más alta la domina siempre, a la cual no podría sustraerse sin morir. Por preciosa que sea, la mónada humana permanece sujeta, vitalmente, a la ley que obligaba, hasta ella, a los elementos a salvar y a promover el Todo, con preferencia a sí mismos. Primero, aun suponiendo incluso que pudiera encontrar en sí su plenitud, el individuo humano debería hacer pasar a la Humanidad antes que él, puesto que de la Humanidad están naciendo siempre mónadas, iguales, al menos, a él mismo. Pero si es sincero, deberá reconocer que en realidad su «persona» no le basta y que lo más precioso de su ser es, precisamente, lo que espera todavía de no realizado en el Universo. La Humanidad no es solamente, para cada uno de nosotros, el tallo que sostiene, une, conserva... Es la "flecha" que corona las cimas del porvenir. Es necesario al Hombre creer en la Humanidad más que en sí mismo, so pena de desesperar.

Así, en el nivel del Hombre (o, se podría decir, de la Noosfera), el frente de progresión de la Vida terrestre no se disocia. Se forman en él unidades de un nuevo tipo, pero a título de elementos más perfectos, destinados a una organización superior. La convergencia general, en que consiste la Evolución universal, no se ha terminado con la Hominización. No hay solamente espíritus sobre la Tierra. *El Mundo continúa: habrá un Espíritu de la Tierra.*

Pero entonces, si esta perspectiva no es un sueño, es decir, si verdaderamente nosotros, los hombres del siglo xx, no somos algo distinto, científicamente, a los elementos de un alma que se busca a través del Cosmos, ¿qué hacemos, en verdad, con nuestras contiendas ridículas y nuestros intereses infantiles? ¿Cómo es que disputamos, nos dormimos, nos aburrirnos? ¿A qué esperamos para abrir de par en par nuestros corazones a la llamada del Mundo en nosotros, al *Sentido de la Tierra*?

IV. EL SENTIDO DE LA TIERRA

Por "Sentido de la Tierra" hay que entender aquí el sentido apasionado de destino común que arrastra, cada vez más lejos, a la fracción pensante de la Vida. De derecho, ningún sentimiento está más fundado en la naturaleza, ni es, pues, más poderoso que éste. Pero, de hecho, ninguno se despierta más tarde, puesto que exige, para su explicitación, que nuestra conciencia, emergiendo más allá de los círculos crecientes (pero demasiado restringidos todavía) de la familia, de la patria, de las razas, descubra, al fin, que *la única Unidad humana verdaderamente natural y real es el Espíritu de la Tierra.* Durante centenares de siglos (y hasta ayer, podríamos decir), los Hombres han vivido como niños, sin comprender el misterio de su nacimiento ni el secreto de los impulsos oscuros cuyas grandes olas les llegaban alguna vez de las profundidades del Mundo. Bajo la excitación de los descubrimientos repetidos que, en el espacio de un siglo, han revelado paulatinamente a nuestra generación, primero, las profundidades y la significación del tiempo; después, los recursos espirituales y limitados de la Materia, y, por fin, la potencia de los seres vivos asociadas, bajo esta excitación, parece que nuestra psicología cambia y que el Hombre se aproxima a esto que se podría llamar la crisis de la pubertad. Comienza (lo creemos seriamente) a dibujarse una pasión nueva, victoriosa, que barrerá o transformará lo que han sido hasta aquí los caprichos y las puerilidades de la Tierra. Y su acción saludable viene a punto para «controlar», despertar u ordenar: las fuerzas emancipadas del Amor, las fuerzas dormidas de la Unidad humana, las fuerzas vacilantes de la Investigación...

A) *El Amor*

El Amor es la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas. Después de tanteos seculares, las instituciones sociales lo han encauzado y canalizado. Utilizando esta situación, los moralistas han intentado reglamentarlo, sin superar, por lo demás, en sus construcciones, el nivel de un empirismo elemental en el que se encuentran las influencias de concepciones caducas sobre la Materia y la huella de antiguos tabús. Socialmente, se simula ignorarlo en la ciencia, en los negocios, en las asambleas, mientras que, subrepticamente, está en todas partes. Inmenso, omnipresente y siempre insumiso, parece que hayamos terminado por desesperar de comprender y de captar esta fuerza salvaje. Se la deja, pues (y se la siente), correr por todas partes, en nuestra civilización, pidiéndole solamente que nos vierta o que no nos estorbe... ¿Es realmente

posible que la Humanidad siga viviendo y creciendo sin interrogarse con franqueza sobre lo que deja perder de verdad y de fuerza en su increíble poder de amar?

Desde el punto de vista de la Evolución espiritual, admitida aquí, parece que pudiéramos dar un nombre y un valor a esta energía extraña del Amor. ¿No sería ésta, sencillamente, en su esencia, la atracción misma ejercida sobre cada elemento consciente, por el Centro, en formación, del Universo? ¿La llamada a la gran Unión, cuya realización es el único proceso actualmente en curso en la Naturaleza?.. En esta hipótesis, según la cual (de acuerdo con los resultados del análisis psicológico) el Amor sería la energía psíquica primitiva y universal, ¿no se nos aclara todo para la inteligencia y para la acción? Se puede intentar reconstruir la historia del Mundo desde el exterior, observando, en diversos procesos, el juego de las combinaciones atómicas moleculares o celulares. Se puede intentar, más eficazmente todavía, este mismo trabajo, desde el interior, siguiendo progresos gradualmente efectuados y anotando los umbrales sucesivamente franqueados por la espontaneidad conciente. La manera más expresiva, y la más profundamente verdadera de contar la Evolución universal, sería, sin duda volver a narrar la Evolución del Amor.

Bajo sus formas más primitivas, en la Vida apenas individualizada, el Amor se distingue difícilmente de las fuerzas moleculares: quimismos, tactismos. Después se separa poco a poco, pero para quedar, mucho tiempo todavía, *cunfundido* con la simple función de reproducción. Es con la Hominización con la que se revela, solamente, el secreto y las virtudes múltiples de su violencia. El Amor «hominizado» se distingue de cualquier otro amor porque el «espectro» de su cálida y penetrante luz se ha enriquecido maravillosamente. No solamente la atracción única y periódica, con vistas a la fecundidad material, sino una posibilidad, sin límites y sin reposo, de contacto por el espíritu mucho más que por el cuerpo: antenas infinitamente numerosas y sutiles que se buscan entre los más delicados matices del alma; atracción de sensibilización y de perfeccionamiento recíproco en la que la preocupación por salvar la especie se funde gradualmente a la embriaguez, más amplia, de consumir entre dos, un Mundo. Hacia el Hombre, a través de la Mujer, es en realidad el Universo el que avanza. Toda la cuestión (la cuestión vital para la Tierra) es que se reconozcan.

Si el Hombre no reconoce la verdadera naturaleza; verdadero objeto de su amor, el resultado es el desorden irremediable y profundo. Empeñado en saciar en una cosa demasiado pequeña una pasión que se dirige hacia Todo, intentará forzosamente colmar, por la materialidad o la multiplicidad siempre creciente de sus experiencias, un desequilibrio fundamental. Vanas tentativas, y a los ojos del que entrevee el valor inestimable del «quantum espiritual» humano" tremenda pérdida. Dejemos de lado toda impresión sentimental y todo escándalo virtuoso. Pero miremos muy fríamente, como biólogos o ingenieros, la atmósfera rojiza de nuestras grandes ciudades por la noche. Allí, como en todas partes, la Tierra disipa continuamente, en pura pérdida, su más maravillosa potencia. La Tierra arde «al aire libre». ¿Cuánta energía creéis que se pierde en una noche para el Espíritu de la Tierra?..

Pero si el Hombre, en cambio, percibe la Realidad universal que brilla espiritualmente a través de la carne, descubrirá entonces la razón de lo que hasta este momento engañaba y pervertía su poder de amar. La Mujer está ante él como la atracción y el Símbolo del Mundo. No podría abrazarla más que agrandándose, a su vez, a la medida del Mundo. Y como el Mundo es cada vez mayor y sigue inacabado, y va por delante de nosotros, el Hombre, para conseguir su amor, se encuentra comprometido en una conquista sin límites del Universo y de sí mismo. En este sentido, el Hombre no podrá alcanzar a la Mujer más que en la Unión universal consumada. El Amor es una reserva sagrada de energía y como la sangre misma de la Evolución espiritual: he aquí lo que nos descubre en primer lugar el Sentido de la Tierra.

B) *La Unidad humana*

En oposición singular con la atracción irresistible que se manifiesta en el Amor, está la repulsión instintiva que, generalmente, separa unas de otras las moléculas humanas. Parece que, fuera de la polarización que solicita, uno hacia otro, los sexos diferentes, el individuo, al formarse, se aísla y se cierra sobre sí mismo. El hombre, llamado ser social, se siente a gusto con cualquiera de los animales de la jungla. Se eriza, de alguna manera, a la primera aparición de un hombre semejante a sí mismo. Esta explicación, a primera vista, parece dar la razón a los pluralistas que miran la Vida como terminando en una dispersión de las mónadas. De hecho, no puede corresponder más que a una timidez o a una cobardía del individuo frente a un esfuerzo de ensanchamiento que aseguraría su liberación. Si, en efecto, lo que hemos dicho hasta aquí es verdad (al menos, en conjunto), es decir, si está, verdaderamente, en formación un «espíritu de la Tierra», entonces los elementos de este Espíritu no podrán repelerse, en definitiva. Pero es necesario que se disimule entre ellos una atracción profunda, más poderosa que cualquier tendencia a la exterioridad mutua. Esta atracción duerme todavía, es cierto. Pero ¿no podemos adivinar su presencia en algunos signos?

Por principio y por instinto, el hombre se separa normalmente del hombre. Pero, en contrapartida, ¡qué perfeccionamiento en sus potencias cuando, en la búsqueda o en el combate, se apodera de él el soplo del afecto o de la camaradería! ¡Qué plenitud cuando, en algunos momentos de peligro, llega, en un destello, a *las maravillas de un Alma común!*

Estas pálidas o breves iluminaciones deben hacernos suponer qué formidable poder de alegría y acción dormitan todavía en el fondo de la capa humana. Sin darse mucha cuenta de ello, los Hombres sufren y vegetan en su aislamiento: tienen necesidad de que venga un impulso superior que, forzándoles a superar el punto muerto donde se inmovilizan, les haga caer en el radio de su afinidad profunda. El Sentido de la Tierra es la presión irresistible que viene, en el momento querido, a cimentarles en una pasión común. Los Hombres, perdidos todavía en la multitud de sus semejantes, se apartan de una pluralidad que les desconcierta. No pueden amar a millones de extraños... El Sentido de la Tierra, al revelar a cada uno que existe una parte de sí mismo en todos los demás, hace aparecer justamente, entre la masa de los seres vivos, un principio de afecto universal y nuevo; el gusto y la entrega del elemento por el elemento, en el corazón del mismo Mundo *en progreso*.

Por el Amor, decimos más arriba, se dibuja y se experimenta la atracción por el Centro hacia el que todo converge. Descubrimos ahora la posibilidad y entrevemos las líneas *de un segundo componente afectivo fundamental del Mundo*: el amor de inter-uni6n por encima del amor de atracci6n, los elementos que se estrechan para experimentar la Uni6n. Sabemos ya un poco lo que es la segunda de estas dos pasiones. ¡Quién podría imaginar la plenitud de calidad, todavía casi desconocida—la embriaguez inmensa de fraternal amistad—, de que iría acompañada, para la Noosfera, la victoria sobre su multiplicidad interna residual, es decir, la conciencia por fin realizada de la Unidad humana, no solamente para la piedad y la misericordia, sino *para el ataque!*

C) *Investigaci6n*

El Sentido de la Tierra viene a explicar a los Hombres la raz6n y el uso posible de su superabundancia de amor. Tiende a romper el aislante nefasto en el que nacen envueltas las mónadas espirituales. Al mismo tiempo se revela como la fuerza destinada a poner en

movimiento, y a organizar, la masa aplastante de las producciones y de los descubrimientos humanos. He aquí lo que nos queda por ver.

Durante siglos y siglos—hasta nuestros días—los Hombres no han creado más de lo que exigían sus necesidades individuales e inmediatas. Los mayores descubrimientos, como el fuego, el arte, la agricultura, el comercio, la geometría, no eran impulsados más de lo que exigía el mantenimiento de la familia o de la ciudad: se comportaban como fuerzas domesticadas o niños buenos. El individuo, de hecho, no veía claramente más allá de sí mismo ninguna realidad tangible.

Hoy, después de un rápido cambio de equilibrio, que ni siquiera hemos sentido, comenzamos a darnos cuenta de que el Hombre-individual se ha convertido, de alguna manera, en el subordinado de su obra. No solamente la máquina, el campo, el oro, sino órganos considerados primitivamente como de lujo o de pura curiosidad (como los medios de circulación rápida o los laboratorios de investigación) se han convertido en una especie de cosas autónomas, dotadas de una vida exigente e ilimitada. Y lo más inquietante (lo único inquietante, habrá que decir) es que esta proliferación parece hacerse sin orden, a la manera de un tejido que pulula, hasta el punto de ahogar bajo su neoplasma al organismo sobre el que ha nacido. La crisis es manifiesta desde el punto de vista económico e industrial. Pero hace estragos, igualmente, en las zonas intelectuales y afecta a la misma masa humana. Demasiado hierro, demasiado trigo, demasiados automóviles; y, además, demasiados libros, demasiadas observaciones; y también demasiados diplomas, demasiados técnicos y demasiados peones, o, incluso, demasiados hijos. El Mundo no puede funcionar sin producir seres vivos, alimentos, ideas. Pero su producción sobrepasa, cada vez más, su poder de consumo y de asimilación. Aquí también, como en el caso del Amor, ¿qué significa este extraño exceso? El Mundo, al crecer, ¿está condenado a morir automáticamente, ahogado bajo el exceso de su propio peso?

«No—responderemos—, sino que está en vías de reunir en sí los elementos de un cuerpo superior y nuevo.» Toda esta cuestión, en esta crisis de nacimiento, reside en que emerja pronto el alma que, con su aparición, vendrá a organizar, a aligerar, a vitalizar este cúmulo de materia estancado y confuso. Pero este alma, si existe, no puede ser más que la «conspiración» de los individuos, asociándose para *eleva un nuevo piso* al edificio de la Vida. Los recursos de que disponemos hoy, los poderes que hemos desencadenado, *no podrán ser absorbidos* más que por el sistema estrecho de los cuadros individuales o nacionales de que se han servido, hasta aquí, los arquitectos de la Tierra humana. Nuestro plan era elevar una *gran casa* más vasta, más parecida por el diseño a las buenas moradas antiguas. Y he aquí que hemos sido conducidos, por la lógica superior del Progreso que está en nosotros, a reunir piezas demasiado grandes para el uso que queríamos darlas... *La edad de las naciones ha pasado. Se trata ahora para nosotros, si no queremos perecer, de sacudir los antiguos prejuicios y de construir la Tierra.*

Sé todos los matices de sonrisa que se esbozan cuando alguien es atrevido a sugerir que hay, frente al Hombre, en el Futuro inmediato, la posibilidad de algo nuevo y más grande que nosotros mismos: sonrisa de escéptico o de diletante, de escriba o de fariseo. Pero ¿qué se puede hacer? Cuanto más miro científicamente el Mundo, *menos le veo otra salida biológica posible que no sea la conciencia activa de su unidad.* La Vida no podrá avanzar, en adelante, en nuestro planeta (y nada le impedirá avanzar, ni siquiera esclavitudes interiores) más que haciendo saltar los tabiques que separan todavía la actividad humana y entregándose, sin dudar, a la Fe en el Porvenir.

No podrá haber crecimiento para ningún elemento terrestre fuera del progreso de la Tierra misma. Situemos, pues, en el *primer plano* de nuestras preocupaciones *concretas* una ordenación y una exploración sistemática de nuestro Universo, comprendido como la única verdadera patria humana. Entonces, de una manera natural, las riquezas amontonadas

volverán a encontrar el movimiento que es su alma. La energía material circulará. Y, cosa más importante todavía, la energía espiritual, corrompida por los mezquinos celos de la sociedad presente, encontrará su salida natural en el asalto a los misterios del Mundo. La Investigación ha podido pasar durante mucho tiempo entre los Hombres por algo accesorio, por una extravagancia o un peligro. Próximo está el momento en el que nos daremos cuenta que es la más alta de las funciones humanas, absorbiendo en sí el espíritu de la Guerra y resplandeciendo con el destello de las Religiones. ¿No es el gesto por excelencia de la fidelidad al Ser, y por tanto de la adoración, el hacer constantemente presión sobre toda la superficie de lo Real? Todo esto, si conseguimos no ahogar en nosotros el Espíritu de la Tierra.

Pero que nadie se engañe. El que quiere participar en este Espíritu debe morir, y renacer, después, a los demás y a él mismo. Necesita, para llegar a este plano superior de la Humanidad, no solamente reflexionar, ver intelectualmente una situación particular, sino operar una transposición en el fondo mismo de su manera de apreciar y de actuar. En él *un nuevo plano* (individual, social y religioso) *debe eliminar a otro*. Esto quiere decir tormentos interiores y persecuciones. *La Tierra no tomará conciencia de sí misma más que a través de la crisis de la Conversión.*

V. EL PORVENIR DEL ESPÍRITU

Y ahora que, en hipótesis, hemos hecho sufrir a nuestros hábitos de pensamiento el doble giro que consiste en ver, primero, que en el Universo el Espíritu es más primitivo y consistente que la Materia, y después, que en la Tierra *la Vida* es, de alguna manera, más interesante y real que las vidas, distinguimos con sorpresa, frente a nosotros, una cuestión tan enorme y tan concreta que no podemos comprender cómo la mayoría de los hombres no está más frecuentemente impresionada. ¿Cuál es la solidez real de nuestras construcciones? ¿Dónde va nuestra civilización? ¿No está la Noosfera irremediablemente condenada, por nacimiento, a debilitarse, a desaparecer después, sobre la base limitada y precaria que le ofrece nuestro planeta? *¿Cuál es el porvenir del Espíritu de la Tierra?*

Hubo un tiempo en que la Tierra parecía todavía grande, casi ilimitada. Sus profundidades tocaban con los Infiernos y sus más altas cimas comunicaban con los Cielos. Hasta el siglo último era una gran cosa ir a los antípodas. En los polos y en el interior de los grandes continentes flotaba una brillante nube de misterio. Acabamos de ver cerrarse, hace algunos años, este período heroico y fascinante de las exploraciones. La marea humana lo ha cubierto todo. La Tierra está definitivamente cercada por el Espíritu. Y, bajo el progreso constantemente acelerado de los medios de comunicación aéreos o etéreos, disminuye a ojos vistas, hasta convertirse en un dominio irrisoriamente pequeño. Paralelamente a esta reducción geográfica (la más impresionante y rápida), el Mundo sufre claramente otros géneros de agotamiento bajo nuestras continuas investigaciones. Sin duda se descubren o renuevan compartimentos enteros de investigaciones. Pero otros se empobrecen bajo una explotación intensiva (todo lo que es Ciencias históricas o descriptivas, sobre todo). Incluso sin esperar a que bruscos cataclismos, o un lento cambio de las condiciones físicas, hagan la Vida imposible en su superficie, ¿no se hará la Tierra inhabitable como una prisión, a falta de poder excitar y alimentar el trabajo del espíritu?

Frente a estas perspectivas que, repito, a la velocidad creciente a la que van las cosas, han dejado la región de los sueños y tienden a perfilarse como una eventualidad precisa en nuestro horizonte, conviene, antes que nada, asegurar una base inquebrantable a nuestra fe en el valor del Mundo. Es, evidentemente, muy difícil (y un poco vano) intentar adivinar lo que será la Tierra después de la duración de un período geológico. Pero un punto, al menos,

parece estar fuera de duda *por el análisis del hecho presente*: es que, a menos que nos resolvamos a admitir que el Cosmos es algo intrínsecamente absurdo, el crecimiento del Espíritu debe ser tenido por irreversible. «El Espíritu, *en su conjunto*, no retrocederá jamás.» Dicho de otra manera: «En un Universo de naturaleza evolutiva, la existencia del Espíritu excluye, por estructura, la posibilidad de una Muerte en la que desaparecieran *totalmente* (es decir, más exactamente, en la que no serían conservados *en lo más escogido*) las conquistas del Espíritu.» Tal es la garantía infinitamente reconfortante cuya seguridad nos es dada por estas pocas palabras en las que se envuelve un hecho de intuición inmediata y fundamental:

«El Mundo dejaría legítima e infaliblemente de actuar—por descorazonamiento—si tomara conciencia (en sus zonas pensantes) de ir a una Muerte total. Pues la *Muerte total no existe.*»

Sé que este razonamiento parecerá sospechos a muchos. A imitación de H. Poincaré, muchas inteligencias, obedientes a un agnosticismo de moda o seducidas por un falso estoicismo y un aparentemente hermoso desinterés, se imaginan aceptar sin flaquear la idea de que el Pensamiento sobre la Tierra no durará más que un momento y que debemos darlo todo para este momento: es un «relámpago en la noche». Pensamos que estos espíritus se ilusionan por no haber ido hasta el fin de lo que significan estos términos: *muerte total* del Universo. Inconscientemente, estamos persuadidos de ello, se escapan antes de llegar al fondo de las palabras de las que se sirven. Suponen que de este «relámpago» quedará una huella, algo será recogido en una conciencia, en una memoria, en una mirada... Pero es esta última esperanza la que hay que suprimir para llegar a la noción (probablemente tan absurda como la idea de la Nada) de Muerte absoluta. No, ni siquiera esto (para el Universo lo sería todo el haber fascinado por un instante a unos ojos que habrían de cerrarse), sino una noche opaca y total a nuestro alrededor que no dejase filtrar *nada* para *nadie* de todo lo que hayamos comprendido, conquistado... ¿Por qué penar entonces? ¿Por qué obedecer a las presiones y a las órdenes de la Evolución? ¿Desinterés supremo?.. Pero ¿no hay virtud en sacrificarse cuando no está en juego ningún interés superior! Un Universo que continuara actuando *laboriosamente* en la espera conciente de la Muerte absoluta, sería un Mundo estúpido, un monstruo de Espíritu, al mismo tiempo que una quimera. Entonces, puesto que, dé hecho, el Mundo se presenta a nosotros *hic et nunc*, como una inmensa acción desarrollándose desde siempre con una potente seguridad, es, sin duda, que es capaz de alimentar, indefinidamente, en lo que nace de él, un gusto de vivir cada vez más crítico, exigente y refinado; es que lleva en sí las garantías de un éxito final. Desde el momento en que admite en sí el Pensamiento, un Universo no podría ser sencillamente temporal ni de evolución limitada: necesita, por estructura, emerger en lo absoluto ⁷; Por consiguiente, cualesquiera que sean las apariencias inestables de la Vida—cualquiera que sean sus relaciones impresionantes con los espacios que limitan y con las fuerzas que descomponen—, hay una cosa más segura que las demás (porque es tan segura como el Mundo): el Espíritu llegará siempre, como lo ha hecho hasta aquí; a burlar los determinismos y el azar. Representa la porción indestructible del Universo ⁸.

⁷ Nada más típico ni más desolador que la descripción hecha en su última (y muy leída) obra, *The Universe around us*, por el gran astrónomo inglés sir Jeans, del estado futuro de la Tierra «dentro de un billón de años»: una Humanidad semejante, en supuesto, a la nuestra, envejeciendo sin la esperanza de un mañana, en una Tierra sin cimas y sin misterios... Sir Jeans nos propone esta perspectiva como «una esperanza» porque tenemos todavía mucho que vivir (como si frente a la Muerte absoluta y segura hubiera una diferencia, para nuestro deseo de vivir, entre un año y un billón de años). Es difícil haber comprendido tan

deficientemente a la vez las reservas de potencia y las exigencias del Espíritu humano. .

- 8 "En un primer momento sólo habíamos podido registrar, con asombro, sin explicarla, la ascensión persistente, a contracorriente, de una fracción del Mundo hacia estados cada vez más improbables de complejidad. Comprendemos ahora que este movimiento paradójico está sostenido por un primer Motor hacia delante (...). Desde este punto de vista (...) la Evolución toma su rostro verdadero para nuestra inteligencia y nuestro corazón. No es «creadora», como la Ciencia ha podido creerlo por un momento, sino que es la expresión, para nuestra experiencia, en el Tiempo y en el Espacio, de la Creación.» (*El lugar del Hombre en el Universo, en el t. III de La Visión del Pasado, págs. 323-324.*)
-

Volvamos ahora a la Tierra misma e intentemos adivinar lo que serán los períodos ulteriores de su evolución espiritual.

En el curso de una primera fase, nos está permitido suponer que los estrechos límites en que nos confina, lejos de ser una causa de debilitamiento, representan, por el contrario, una condición necesaria para el progreso. Hay, lo hemos reconocido más arriba, un Espíritu de la Tierra. Pero para formarse y configurarse, este Espíritu tiene necesidad de que un potente factor de concentración opere el acercamiento y exalte el poder de la multitud de los hombres. Vemos ya realizarse, ante nuestra vista, por la interpenetración de los intereses y de los pensamientos, el primer poder masivo sobre la capa humana. Ningún resultado parecido sería posible en una superficie de habitación ilimitada. Prolonguemos, con el pensamiento, este proceso de continua unificación, en el curso del cual las afinidades internas de los elementos están forzadas, unas sobre otras, por la forma misma del astro que nos aguanta. ¿Qué nuevo poder va a estallar de este formidable tratamiento de la «materia espiritual»? Sufrimos éstas así metidos en un molde, porque nuestras libertades son quebrantadas momentáneamente y porque, encontrándose ciertas relaciones materiales (lo que tal vez sea inevitable) *en avance* sobre el trabajo de «animación», tenemos la impresión de pasar al estado de máquina o de termitera. Pero confiemos en las energías espirituales. La verdadera unión no ahoga, ni confunde, los elementos: los supradyferencia en la Unidad. Un poco más de tiempo y el Espíritu de la Tierra saldrá de la prueba con su individualidad específica, su carácter y su fisonomía propios. y entonces, en la superficie de la Noosfera, gradualmente sublimada en sus pasiones y sus preocupaciones—siempre tendida hacia la solución de problemas más elevados y hacia la posesión de objetos mayor—, *la tensión hacia el ser será próxima.*

Pasado este estadio está el gran enigma. ¿Qué sucederá en este período crítico de maduración de la Vida terrestre? ¿Seremos capaces, en este momento, de alcanzar otros centros de vida cósmica para volver a hacer, en un orden superior, el trabajo de síntesis universal? ¿O bien franquearemos, sin dejar la Tierra, alguna nueva superficie de discontinuidad ontológica, la tercera, después de la vitalización y la hominización? Lo más probable es que suceda otra cosa, pero que no puede entretenerse más que haciendo entrar en línea la influencia espiritual de Dios.

VI. LA SUBIDA DE DIOS

Un período de gran ilusión que habrá atravesado el Hombre de nuestro tiempo habrá sido imaginarse que, una vez llegado a un mejor conocimiento de sí mismo y del Mundo, no

tenía necesidad de Religión. Los dos grandes descubrimientos modernos del Espacio y del Tiempo, culminando en la conciencia de la Evolución, han tenido como consecuencia hacer saltar muchas representaciones de detalle. Ha podido parecer, un instante al menos, que ninguna de las creencias pasadas quedaba en pie, de tal modo que se han multiplicado los sistemas en los que el hecho religioso era interpretado como un fenómeno psicológico ligado a la infancia de la Humanidad. Con un máximo en los orígenes de la Civilización, debía desvanecerse gradualmente y ceder el paso a construcciones más positivas, de las que Dios (sobre todo un Dios personal y trascendente) se encontraría excluido. Pura apariencia. En realidad, para el que sabe ver, el gran conflicto del que salimos no habrá hecho más que consolidar en el Mundo la necesidad de creer. Llegado a un grado superior en el dominio de sí mismo, el Espíritu de la Tierra descubre en sí una necesidad cada vez más vital de adorar: *de la Evolución universal emerge Dios* en nuestras conciencias más grande y más necesario que nunca.

Esbozemos brevemente, ahora que podemos comprenderlas un poco mejor (más allá del velo y detalle de las religiones sucesivas), las grandes fases de la continua subida de Dios.

El nacimiento y el progreso de la idea de Dios en la Tierra están íntimamente ligados al fenómeno de la Hominización. En el mismo momento en que la Vida se hace reflexiva en virtud de este mismo gesto, se encuentra frente al *problema de la Acción*. Despierta por sí misma al camino ascendente y difícil de una unificación progresiva. ¿Cómo se justificará esta obligación primordial, congénita? ¿Dónde encontrará no solamente la legitimación, sino el valor y el gusto para el esfuerzo? Hemos dado brevemente, un poco más arriba, las líneas principales de la única respuesta posible a esta cuestión planteada por la Vida a sí misma. Ninguna consideración podría, de derecho, decidimos a dar el menor paso hacia adelante, si no sabemos que el camino ascendente *lleva a alguna cima de la que la Vida no volverá a descender*. El único Motor posible de la Vida reflexiva es, pues, un Término absoluto, es decir, Divino. La Religión puede convertirse en un opio. Con demasiada frecuencia está considerada como un simple alivio de nuestras penas. Su verdadera función es sostener y aguijonear el progreso de la Vida. No queremos decir con esto, ni mucho menos, que esta convicción se haya abierto paso desde el origen en el espíritu humano con tanta claridad como hoy entre nosotros. Pero podemos reconocer que, bajo interpretaciones mucho más sencillas e infantiles, es esta necesidad profunda de absoluto la que se ha buscado, desde el principio, a través de todas las formas progresivas de Religión.

Pero una vez comprendido este punto de partida, resulta evidente que la «función religiosa», nacida de la Hominización, está ligada a ésta y no puede por menos de crecer continuamente con el Hombre mismo. Contrariamente a lo que repiten muchos, cuanto más Hombre sea el Hombre, más sentirá la necesidad de consagrarse a alguien más grande que él. ¿No es esto lo que podemos constatar, precisamente, alrededor de nosotros? ¿En qué momento ha existido en la Noosfera una necesidad más urgente de encontrar una Fe, una Esperanza, para dar un sentido, un alma, al inmenso organismo que construimos? ¿En qué época ha sido más violenta la crisis entre el gusto y el disgusto por la Vida? Realmente, en nuestros días, oscilamos entre dos pasiones: servir al mundo o rebelarse contra él. Puesto que la Vida no puede perecer ni revolverse contra sí misma, es necesario que estemos cerca del triunfo explícito de la Adoración.

Y, de hecho, correlativamente a la espera creciente de la Humanidad, parece que el rostro de Dios crece, gradualmente, a través del Mundo. Dios ha podido dar, a veces, la impresión de desaparecer, eclipsado por la enormidad orgánica del Cosmos que se descubría a nosotros. Estas inmensidades nuevas, si hemos comprendido que el Universo está en desequilibrio hacia el Porvenir y hacia el Espíritu, no hacen más que revelarnos la majestad, las dimensiones, la exuberancia de la Cima hacia la que converge todo. Los «No-creyentes» de nuestro tiempo se inclinan ante el «Dios-Energía». Pero es imposible pararse

en este estadio, bastante vago, de panteísmo materialista. So pena de ser menos evolucionado que los términos que su acción anima, *la Energía Universal debe ser una Energía Pensante*. Y, en consecuencia, como vamos a ver, los atributos de valor cósmico que irradia, a nuestros ojos de hombres modernos, no suprimen en nada la necesidad en que estamos de reconocerle una *forma* transcendente *de Personalidad*.

La Personalidad de Dios es, probablemente (con la de la supervivencia de las «almas»), la noción más opuesta y más antipática, en apariencia, al pensamiento científico contemporáneo. Hay que buscar el origen de este desfavor en el desprecio intelectual que ha hecho rechazar como «antropocéntrica» toda tentativa que tienda a comprender el Universo por medio del Hombre. Volvamos a situar, una vez más, en su verdadero lugar, el hecho humano. Reconozcamos, no por vanidad o pereza, sino por evidencia científica, que no hay ningún fenómeno más preparado, más central, más característico que éste. Y al mismo tiempo hemos aquí obligados a admitir que, incluso (y sobre todo) hoy, en razón del valor nuevo que el Hombre toma en la Naturaleza, la idea de un Dios concebido como centro claro y animado del Mundo, no puede por menos de estar en pleno crecimiento. Digamos, en efecto, sustituyendo una por otra dos fórmulas equivalentes, que, por el acontecimiento capital de la *Hominización*, la porción más avanzada del Cosmos se ha encontrado *personalizada*. Este simple cambio de variable hace aparecer, para el Porvenir, una doble condición de existencia que no podrá ser evitada. En primer lugar, puesto que todo *en el Universo, más allá del Hombre*, sucede en el ser personalizado, el Término último divino de la Convergencia universal debe poseer además (eminentemente) la calidad de una Persona (sin lo que sería inferior a los elementos que domina). Pero hay algo más que observar todavía, un poco más sutil, pero no menos seguro. A la idea de un Centro personal (o más bien suprapersonal) separándose de lo Múltiple, reaccionamos primero imaginando ese centro como formándose por la acumulación, por «despojos» de los centros personales inferiores que le abandonan su progreso. Pero esto es una visión inexacta, reposando en el hecho de que *en el interior de la esfera personalizada* del Mundo transportamos, sin corrección, un tipo de herencia particular a las zonas infrapersonales del Cosmos. Sigamos reflexionando y reconoceremos que *una persona no debe transmitir* (y no debe tener el gusto vital de transmitir) a la Evolución *más que su personalidad misma*. Concebimos que, por el progreso del Ser cósmico, esta persona se encuentra «supercentrada» en ella misma o como descentrada en un centro superior. Pero no podría pasar en este centro como un don salido de ella y que *no sería ella*, pues toda su calidad es *ser ella misma*—expresión incomunicable desde un punto de vista consciente sobre el Universo. Si es así, la cima definitiva del Mundo acabado, es decir, personalizado (a saber, Dios), no puede, de ninguna manera, ser concebido como naciendo de una especie de agregación de personalidades elementales (puesto que éstas son, por naturaleza, in-descentrables). Para *sobre-animar, sin destruirle*, un Universo formado por elementos personales, tiene que ser él mismo un Centro especial. Así reaparecen no ya sentimentales e instintivos, sino estrechamente ligados a las visiones evolutivas contemporáneas (¡con tal que no sea excluido el Hombre!), los conceptos tradicionales de un Dios influyendo intelectualmente en mónadas inmortales, distintas de él mismo.

Entonces, todo lo que se ha dicho en estas páginas sobre el Espíritu de la Tierra exige, para estar completo, doblarse de otra perspectiva. Hemos seguido el Fenómeno espiritual *cósmico desde el interior* por vía de simple inmanencia. Pero he aquí que por la lógica misma de esta vía nos vemos forzados a emerger y a reconocer que la corriente que agita a la Materia debe ser concebida menos como un simple empuje interno que como *una marea*. Lo Múltiple sube, atraído y englobado por el «ya Uno». Este es el secreto y la garantía de irreversibilidad de la Vida.

En una primera fase—anterior al Hombre—la atracción era vital, pero ciegamente recibida por el Mundo. A partir del Hombre, se despierta, al menos parcialmente, en la libertad reflexiva y suscita la Religión. La Religión, que no es una crisis—o una opción a una intuición—estrictamente individual, sino que representa la larga explicación, a través de la experiencia colectiva, de la Humanidad entera, del Ser de Dios. Dios reflejándose personalmente en la suma organizada de las mónadas pensantes para garantizar una salida cierta y fijar leyes precisas a sus actividades vacilantes; Dios, inclinado sobre el espejo de la Tierra, hecho inteligente, para imprimir en él los primeros rasgos de su Hermosura.

La última fase de esta Revelación inmensa, cuya historia se confunde con la del Mundo, no puede ser más que la de la Unión, cuando la atracción divina, victoriosa de las resistencias materiales debidas a la pluralidad inorganizada, haya arrancado definitivamente a los determinismos inferiores el Espíritu elaborado lentamente por toda la savia de la Tierra.

¿Cómo terminará la Evolución espiritual de nuestro planeta?, nos preguntábamos al final del capítulo anterior. Quizá, responderemos ahora, a través de una vuelta más psíquica que sideral, parecida, es posible, a una Muerte, pero que será, de hecho, la liberación fuera del plano material histórico y el éxtasis en Dios *.

* *Inédito*. Pacífico, 9 de marzo de 1931.

LA SIGNIFICACION y EL VALOR CONSTRUCTIVO DEL SUFRIMIENTO

Por naturaleza, la enfermedad tiende a dar, a los que alcanza, la impresión de que son inútiles, o incluso una carga en la tierra. Casi inevitablemente debe parecer a los enfermos que, por simple desgracia, en la gran corriente de la Vida son relegados al margen de lo que funciona y de lo que se mueve: les parece que su estado no tiene sentido y les reduce, se podría decir, a la inacción en medio de la acción universal.

Las observaciones que siguen querrían ayudar a disipar estas visiones deprimentes mostrando, desde un punto de vista posible, el lugar y la eficacia del sufrimiento en la construcción del mundo, aun en el visible.

I. LA CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO

Y, ante todo, el Mundo se construye. Esta es la verdad fundamental que hay que comprender en primer lugar, y comprenderla tan bien que se convierta, para nosotros, en una forma habitual y como natural de nuestros pensamientos. A primera vista, corremos el peligro de que los seres y sus destinos nos parezcan como distribuidos al azar, o al menos arbitrariamente, sobre la faz de la Tierra. Casi pensamos que cada uno de nosotros habría podido nacer, indiferentemente, más tarde o más temprano, aquí o allá, más dichoso o menos afortunado: como si el Uníverso, del principio al fin de su historia, formase, en el Tiempo y en el Espacio, una especie de vasto parterre cuyas flores fueran intercambiables a

capricho del jardinero. Esta idea no parece justa. Cuanto más se reflexiona con la ayuda de todo lo que nos enseñan, cada una en su línea, la ciencia, la filosofía y la religión, más cuenta se da uno de que el Mundo debe compararse no a un haz de elementos artificialmente yuxtapuestos, sino más bien a algún sistema organizado, animado de un amplio movimiento de crecimiento que le es propio. Parece verdaderamente que se realiza a lo largo de los siglos un plan de conjunto alrededor nuestro. Hay un proceso en curso en el Universo, un resultado en juego que podríamos comparar a una gestación o a un nacimiento: el nacimiento de la realidad espiritual formada por las almas y por lo que éstas arrastran consigo de materia. Laboriosamente, a través y a favor de la actividad humana, se reúne, se separa y se depura la Tierra nueva. No, no somos comparables a los elementos de un ramo de flores, sino a las hojas y a las flores de un gran árbol, en el que aparece todo a su tiempo y en su lugar, a la medida y a petición del Todo.

II. LA SIGNIFICACIÓN DEL SUFRIMIENTO

Esta concepción de un Mundo en estado de crecimiento puede parecer ingeniosa, pero abstracta. De hecho, tiene consecuencias importantes y prácticas, pues tiende, nada menos, que a renovar en nuestros espíritus la idea que nos hacemos: bien del valor del esfuerzo humano personal (el cual se aumenta con toda la obra universal de la que es solidario), bien (y es esto solamente lo que nos interesa aquí) del precio de la pena humana individual. Expliquemos un poco este último punto, volviendo a la comparación del ramo de flores y del árbol.

Nos extrañaríamos de ver en un ramo flores imperfectas, «sufrientes», porque los elementos han sido recogidos uno a uno y artificialmente reunidos. Por el contrario, en un árbol que ha tenido que luchar contra los accidentes interiores de su desarrollo y los accidentes exteriores de la intemperie, las ramas heridas, las hojas laceradas, las flores secas, enclenques o estropeadas, están: «en su sitio»: traducen las condiciones más o menos difíciles, de crecimiento, encontradas por el tronco que las soporta.

De modo semejante, en un Universo en que cada criatura formase un pequeño todo cerrado, querido por sí mismo y teóricamente transportable a voluntad, tendríamos dificultad en justificar, en nuestro espíritu, la presencia de individuos dolorosamente detenidos en sus posibilidades y en su desarrollo. ¿Por qué esta gratuita desigualdad y estas gratuitas restricciones?... Por el contrario, si el Mundo representa verdaderamente una obra de conquista actualmente en curso, si, verdaderamente, por nuestro nacimiento, somos arrojados en plena batalla, entrevemos que, por el éxito del esfuerzo universal del que somos, a la vez, colaboradores y parte, es inevitable que haya penas. El Mundo, visto experimentalmente, a nuestra escala, en un inmenso tanteo, una inmensa búsqueda, un inmenso ataque: sus progresos sólo pueden hacerse al precio de muchas derrotas y muchas heridas. Los que sufren, a cualquier especie que pertenezcan, son la expresión de esta condición austera, pero noble. No representan elementos inútiles y empequeñecidos. Pagan por la marcha hacia adelante y por el triunfo de todos. Son caídos en el campo del honor.

III. EL VALOR CONSTRUCTOR DEL SUFRIMIENTO

Vayamos un poco más lejos. En este sujeto de conjunto, formado por todos los hombres a la vez y subordinado a Cristo en el interior del «Cuerpo místico», hay (nos lo dice San

Pablo) funciones, órganos diferentes. ¿Qué parte nos imaginamos que es la más especialmente encargada de sublimar, de espiritualizar el trabajo general de progreso y de conquista? Los contemplativos y los «orantes», sin duda. Pero también los enfermos y los que sufren. Por naturaleza, por complejidad, los que sufren se encuentran como arrojados fuera de sí mismos, empujados a emigrar fuera de las formas presentes de la Vida. ¿No están, por tanto, por el mismo hecho, predestinados, elegidos, para el trabajo de elevar al Mundo, por encima del placer inmediato, hacia una luz cada vez más alta? A ellos corresponde el tender más explícita y más puramente que los demás hacia lo Divino. A ellos corresponde hacer respirar a sus hermanos que trabajan, como mineros, en las profundidades de la materia. Así, justamente, los que llevan en sus cuerpos debilitados el peso del Mundo en movimiento, por una hermosa revancha de la Providencia, son los factores más activos de ese progreso que parecía sacrificarles y triturarles.

IV. CONSECUENCIA: LA "CONVERSIÓN" DEL SUFRIMIENTO DEL MUNDO

Si estas apreciaciones son verdaderas, el enfermo se halla situado, en su inacción aparente, frente al cumplimiento de una tarea humana muy bella. Sin duda, no debe nunca dejar de perseguir con todo su poder su mejoramiento o su curación. También, sin duda, debe emplear las fuerzas que le restan en las diversas formas de trabajo, a veces extraordinariamente fecundas, que le estén permitidas. La resignación cristiana es, justamente, lo contrario de la capitulación. Pero, una vez asegurada esta parte de resistencia al mal, el enfermo debe comprender que, en la medida en que está enfermo, tiene una función especial que cumplir, en la cual nadie puede reemplazarle: la de cooperar a la transformación (podríamos decir, a la conversión) del sufrimiento humano.

El sufrimiento humano, la totalidad del sufrimiento, extendido, en cada instante, por la tierra entera, ¡qué océano inmenso! Pero ¿de qué está formada esta masa, de negruras, de lagunas, de desperdicios? ...No, sino, repitámoslo, de posible energía. En el sufrimiento está oculta, con una intensidad extrema, la fuerza ascensional del Mundo. Toda la cuestión es liberarla, dándole conciencia de lo que significa y de lo que puede. ¡ Ah! Qué salto no daría el Mundo hacia Dios, si todos los enfermos a la vez volvieran sus penas en un común deseo de que el Reino de Dios madure rápidamente a través de la conquista y de la organización de la Tierra. Todos los que sufren en la Tierra, uniendo sus sufrimientos porque la pena del Mundo se convierta en un grande y único acto de conciencia, de sublimación y de unión, ¿no sería una de las formas más altas que podría tomar, a nuestros ojos, la obra misteriosa de la Creación?

¿Y no es por esto, justamente, por lo que la creación se consuma, ante la mirada del cristiano, en la Pasión de Jesús? Estamos expuestos, quizá, a no ver en la Cruz más que un sufrimiento individual y una simple expiación. La potencia creadora de esta muerte se nos escapa. Miremos más ampliamente y nos daremos cuenta de que la Cruz es el símbolo y el lugar de una acción cuya intensidad es inexpresable. Incluso desde el punto de vista terrestre, plenamente comprendido, Jesús crucificado no es un rechazado o un vencido. Es, por el contrario, el que soporta el peso y arrastra siempre más alto, hacia Dios, los progresos de la marcha universal. Hagamos como El para estar, durante toda nuestra existencia, unidos a El *.

* Extracto del *Trait d'union*, de la Unión Católica de Enfermos, 1 de abril de 1933.

ESBOZO DE UN UNIVERSO PERSONAL

I. INTRODUCCIÓN. LA SIGNIFICACIÓN DE LA PERSONA ¹

Puede parecer que, en su esfuerzo por comprender, el Mundo del Pensamiento humano colectivo haya alcanzado una especie de punto muerto. Se ha llegado a un acuerdo, desde ahora, en las avanzadillas de la Ciencia, para reconocer que nos encontramos en un Universo en evolución. Cada realidad se propaga indefinidamente hacia atrás y hacia adelante de nosotros; nadie cuyo pensamiento cuente pone en duda que en este incesante devenir se manifiesta una de las condiciones más objetivas y más generales de la experiencia.

1 Para evitar cualquier equívoco, el Padre ha glosado el título francés de este opúsculo por el inglés *A personalistic universe*. Hay que entender, pues, «Esquisse d'un univers personnaliste». (*N. del E.*)

Pero ¿tiene algún sentido este devenir? ¿Está dirigida esta evolución?... Aquí, con la mayor sinceridad del mundo, dudan los espíritus, y como sabuesos que han perdido la pista, dan rodeos sin avanzar o incluso renuncian a llevar más lejos la caza. "No; parece que no vamos a ninguna parte. O si vamos a alguna parte nos es imposible, faltos de referencia como estamos, adivinarlo. Todo se agita y nada avanza." Así habla, aproximadamente, la mitad de la gente más inteligente que conozco.

Las páginas que siguen representan un esfuerzo por franquear la dificultad, sin recurrir, indebidamente, a ninguna filosofía. Nos encontramos frente a un problema de la Naturaleza: descubrir, si es que existe, el sentido de la Evolución. Se trata de resolverlo sin dejar el terreno de los hechos científicos. Esto es lo que voy a intentar hacer aquí.

Como punto de partida para esta tentativa he elegido, una vez más, la hipótesis sugerida por todos los resultados de la Biología, de que la conciencia no ha dejado nunca de crecer a través de los seres vivos y que la forma reflexiva personal, alcanzada por ella en el Hombre, es la más característica que le conocemos. Con esto, volveré a insistir sobre ello, no introduzco ningún juicio de valor absoluto: No intento saber si un ser más consciente es *absolutamente mejor* que un ser menos consciente. Me limito a registrar que lo más consciente (es decir, lo más reflexivo, lo mejor centrado) sucede históricamente a lo menos centrado, a lo menos reflexivo, a lo menos consciente. Parece haber en ello un «viento de espíritu» registrable a través del Mundo. ¿Cómo establecer definitivamente este hecho que, bien probado, nos daría la prueba buscada de un movimiento definido del Universo? Aceptándolo, respondería yo, y mirando a ver si, llevado a sus últimas consecuencias, verifica el Universo a través de nosotros. La Física no tiene más criterio de la verdad de sus desarrollos que esta verificación.

Lo que me propongo, finalmente, en este Ensayo es construir una figura del Mundo físico alrededor de la Persona humana, escogida como elemento significativo de todo el sistema. Una vez admitido que la mónada reflexiva representa la *malla* del Cosmos, ¿qué

estructura. y qué porvenir nos vemos obligados a atribuir a éste? Esto es lo que intento descubrir.

En el curso del trabajo me preocuparé únicamente de ir lógicamente hasta el final de las relaciones orgánicas que se descubren, justo para ver lo que sucede, un poco como se construye una Geometría. Y es el éxito de conjunto el que decidirá. Si el edificio no se acaba en sí mismo o si contradice una parte de la experiencia, es que la hipótesis inicial es mala y debe ser abandonada. Pero si, por el contrario, llega a cercar y a armonizar el Mundo un grado más, podremos concluir entonces que, al admitir un sentido espiritual a la Evolución, nos hemos aproximado a la verdad.

La verdad no es otra cosa que la coherencia total del Universo con relación a cada punto de sí mismo. ¿Por qué sospechar de esta coherencia o subestimarla porque somos nosotros mismos los observadores? Se acostumbra a oponer yo no sé qué ilusión antropocéntrica a yo no sé qué realidad objetiva. Esta distinción no existe. La verdad del Hombre es la verdad del Universo para el Hombre; es decir, la Verdad simplemente.

Don't chat, but try ². Dejemos las discusiones vanas y veamos, como verdaderos positivistas, si el Universo es coherente en sus elementos y en su masa cuando intentamos prolongarle según la línea de creciente personalización en el sentido indicado por la flecha humana.

2 «Dejémonos de habladorías e intentémoslo» (*N. del E.*)

II. LA FORMACIÓN DE LA PERSONA

La primera ventaja que se descubre al analizar, y después al construir el Cosmos por medio de la Persona humana escogida como unidad, es que su pasado toma inmediatamente forma natural. Dondequiera que nos situemos en un paisaje, veremos a los objetos disponerse radicalmente alrededor de nosotros. Pero hay también algunos puntos privilegiados para el observador desde los que se descubre, con una claridad particular, una cierta organización de los lugares: una encrucijada en un bosque bien plantado, el eje de un pliegue en una cadena de montañas. Fuera de este punto, todo está confuso. En un punto semejante, todo se hace claro. Así se descubren y se agrupan las grandes líneas del Universo si se las mira a partir del ser pensante, con el cual, sin haberlo buscado, encontramos que coincidimos. No solamente a partir del Hombre, como a partir de todo ser vivo, los elementos del Mundo se distribuyen concéntricamente (lo que es una propiedad esencial del Tiempo y del Espacio), sino que también alrededor de él revelan una estructura concéntrica, lo que sólo puede ocurrir en un nudo del Universo.

Tal es, en efecto, la perspectiva que nos impone, poco a poco, la distribución metódica en los diversos planos y los diversos azimuts del Pasado, de los seres que nos han precedido. De igual manera que el polvo de las estrellas, correctamente situado en la bóveda celeste, toma hoy, a ojos de los astrónomos, la figura de inmensas espirales en movimiento, así, las miríadas de seres que llamamos la Vida tienden a disponerse siguiendo una ley muy sencilla de concentración psíquica, terminándose, en el instante presente del Mundo, en el Hombre. A partir del Hombre, descendiendo hacia los orígenes, la conciencia parece desanudarse, difuminarse, hasta hacerse imperceptible¹. Hacia el Hombre, al remontar el eje de los tiempos, la espontaneidad se despierta, se organiza y, finalmente, se vuelve reflexiva, emergiendo en lo «Personal».

No describiré, una vez más, este proceso cuya objetividad, puesta en duda todavía por muchos (por puro hábito mecanicista, según creo), me parece tan evidente como la mayor parte de las grandes hipótesis corrientemente aceptadas por la Ciencia moderna. Lo que se relaciona directamente con mi tema es buscar lo que este hecho experimental nos sugiere en cuanto a la contextura profunda de la *Materia del Universo*.

En un primer análisis, la condensación: de la realidad cósmica en personalidad humana parece expresar una ley de formación universal. Por razones de utilidad y de método perfectamente legítimos, la Física se ha aplicado, sobre todo, a seguir los fenómenos en el sentido en que se descomponen o se atomizan. El hecho evolutivo viene a recordarnos que el movimiento principal de lo Real es una síntesis en el curso de la cual lo plural se manifiesta bajo formas cada vez más complejas y organizadas, yendo acompañado cada grado ulterior en la unificación por un crecimiento de conciencia interna y de libertad. En el seno de la Duración completa la multiplicidad indiferente e inerte no existe. Hay, sin duda, secundariamente, cenizas muertas. Pero por sí, originariamente, el polvo, en todos sus grados, es un índice de vida naciente. Un primer múltiplo seguido de una primera unificación. En todos los estadios sucesivos de la Conciencia se reconstruye una pluralidad nueva para permitir una síntesis más elevada: así puede expresarse la ley de recurrencia en la que estamos prendidos.

Para traducir esta condición general de nuestra experiencia, se podría decir que el Universo se nos presenta como afectado por una curvatura convergente donde la sustancia de todas las cosas se encuentra gradualmente forzada. Pero para comprender precisamente en qué consiste esta curvatura del medio que nos rodea, es necesario partir de nosotros mismos e investigar lo que significa la Ley de concentración universal aplicada al análisis de nuestra propia personalidad.

Desde que existe el Pensamiento, los Hombres no han dejado de asombrarse y de disputar sobre la coexistencia y las oposiciones entre el Espíritu y la Materia. Pluralidad y Unidad: problema único al que se reducen, en el fondo, toda la Física, toda la Filosofía y toda la Religión. Parece que nos encaminamos, en nuestros días, hacia una solución que consiste, como sucede siempre en el caso de las paradojas más irritantes (como la de la libertad), en reconocer que la cuestión estaba mal planteada y que el problema no existe. Ninguna antinomia, en efecto, entre Uno y Múltiple, si se miran las cosas como subsistiendo en un flujo de personalización, sino simplemente dos fases (o, más exactamente, dos sentidos) de la misma realidad que se mueve a nuestro alrededor. Espíritu y Materia se contradicen si se les aísla o se les simboliza bajo forma de nociones abstractas, fijas e irrealizables; por lo demás, pluralidad pura y simplicidad pura. *In natura rerum* son inseparables, y esto por la sencilla razón de que el Espíritu aparece esencialmente como consecuencia de una síntesis de la Materia. Ningún espíritu (incluso Dios, en los límites de nuestra experiencia) existe ni podría existir por construcción, sin un múltiplo que le sea asociado, como tampoco un centro sin su esfera o su circunferencia. No hay, concretamente, Materia y Espíritu, sino que existe solamente Materia convirtiéndose en Espíritu³. No hay en el Mundo ni Espíritu ni Materia; la «Trama del Universo» es el *Espíritu-Materia*. Ninguna otra sustancia podría dar la molécula humana. .

³ So pena de incurrir en un contrasentido, no hay que olvidar que el autor se sitúa en el plano de lo que nos aparece cuando miramos el Universo y no en el plano ontológico. El mismo lo dice más de una vez. Ver, por ejemplo, en este mismo tomo (pág. 94): "Así comprendida, observémoslo, la conservación de lo Personal no implica, de ninguna manera (sino todo lo contrario), una identidad ontológica entre lo inconsciente y lo autoconsciente. Aunque sujeta a una ley «cuántica», la personalización continúa siendo, esencialmente, una transformación

evolutiva; es decir, continuamente generadora de algo totalmente nuevo. «Tanto de Materia para tanto de Espíritu, tanto de Múltiple para tanto de Unidad; nada se pierde mientras que todo se crea. » He aquí únicamente lo que se afirma. (N. del E.)

Sé muy bien que esta idea de un Espíritu-Materia es considerada como un monstruo híbrido, que escamotea verbalmente una dualidad que sigue sin resolver en los términos. Pero continúo convencido de que las objeciones levantadas contra ella se apoyan en el hecho de que poca gente se decide a abandonar un punto de vista antiguo para arriesgarse en una noción nueva, Así, los primeros geómetras rebelándose contra la idea de inconmensurable porque la realidad les parecía ligada a la forma de magnitudes cifrables. Así, los biólogos o los filósofos, que no llegan a concebir una Biosfera o una Noosfera porque no quieren renunciar a una cierta estrecha concepción del individuo.

Y, sin embargo, hay que dar el paso. Pues, en verdad, lo espiritual puro es tan impensable como lo material puro. Igual que, en un sentido, el punto geométrico no existe, pero hay tantos puntos estructuralmente diferentes como métodos para engendrarlos a partir de diversas figuras (centro de una esfera, cúspide de un cono, foco de una elipse, etc.), así, todo espíritu saca su realidad y su naturaleza de un tipo particular de síntesis universal. Por «puro» que sea, más puro es si corona y expresa una génesis. Cuanto más elevado está un ser en el tiempo, más reúne en sí, en su ángulo sólido, una mayor complejidad más íntimamente unificada. La realidad del Espíritu-Materia se traduce inevitablemente y se confirma en una estructura del *Espíritu*⁴.

⁴ Se podría decir que esta estructura es la «naturaleza» que la «persona» centra.

Estructura no quiere decir *corruptibilidad*. Parece que la imposible noción de «puro Espíritu» haya nacido del deseo de poner «las almas» al abrigo de una muerte que parecía inevitablemente ligada a la *composición*. Pero esto no es más que una manifestación más de la impotencia de toda figuración estática para traducir el Universo. En una perspectiva inmovilista es posible que la agregación de elementos en una unidad entrañe, necesariamente, tarde o temprano, disgregación para esa unidad. No sucede lo mismo en el seno de un Cosmos comprendido como polarizado hacia una cada vez más creciente concentración de sí mismo. Un Cosmos semejante, por complejo que sea, no se puede descomponer mientras no cambie la flecha del tiempo. La incorruptibilidad ya no aparece ligada a sencillez, sino simplemente a *irreversibilidad*.

Que la personalización del Universo, llegada en este momento con nosotros al estadio humano, sea por naturaleza irreversible, vamos a reconocerlo pronto, grado por grado, a medida que se vayan descubriendo, bajo nuestro análisis, las condiciones de coherencia interna propias de un Universo Personal. Así se encontrará salvaguardada, al mismo tiempo que unida a una Física inteligible, la «inalterabilidad» de la Persona, tan justamente defendida por los espiritualismos antiguos.

Debemos añadir aquí, con el doble fin de preparar un elemento esencial a esta demostración y dar un complemento necesario a la exposición precedente, un último rasgo a la ley de recurrencia fundamental, en la que, siguiendo a otros, pensamos distinguir la verdadera figura del Universo. Para el Mundo, ya lo hemos dicho, avanzar en la Duración es progresar en concentración psíquica. En un movimiento semejante se expresa la continuidad de la Evolución. Pero a lo largo de esta misma continuidad pueden y deben producirse discontinuidades, pues ninguna magnitud psíquica, según nuestro conocimiento,

puede crecer indefinidamente, sino que siempre; en un momento dado, encuentra uno de estos puntos críticos en los que cambia de estado.

Parece que la persona humana, con su aparición en la Tierra, marca uno de estos cambios de estado. Antes de ella, por lo que podemos juzgar, no había más que «bosquejos» de personas o incluso, tomando la Vida lo más lejos posible, bosquejos de individuos en la Naturaleza. ¿Dónde situar la unidad, tan difusa como es, en la Planta o en el Polípero? Después, al correr el tiempo, los ensayos se regularizan. Las asociaciones de células se anudan en grupos más precisos. Se dibujan movimientos y reacciones de conjunto. En los animales superiores el psiquismo está ya a flor de personalidad. Y, sin embargo, falta todavía una propiedad fundamental, aun al mono más «inteligente»: la posibilidad para la conciencia de replegarse sobre sí misma. La reflexión, ese paso brusco, total, de lo difuso a lo puntiforme, marca y define el advenimiento de un estado de conciencia absolutamente nuevo. Con ella irrumpe el Pensamiento, y la Vida «hominizada» toma, por segunda vez, posesión de la Tierra.

Antes del Hombre, la lenta maduración, a través de indio vidualidades frágiles, de un *estado de personalidad*.

En el Hombre, a través de un punto crítico, la primera aparición de la unidad, de la *molécula personal* acabada ⁵.

5 El acto (de la transformación creadora o evolución generalizada) es, en sí mismo, *coextensivo* a toda la duración del Universo en crecimiento, aunque se deban distinguir, naturalmente, plataformas singulares a lo largo de la curva seguida por el ser en sus crecimientos.

La «transformación creadora» es tanto más profunda cuanto que la síntesis a promover debe ser más nueva y más elevada. Está actuando sin cesar, puesto que el Universo no deja de crecer («cosmogénesis»), pero se distingue en ella un cierto número de tiempos fuertes en los que se ejerce más plenamente. El caso supremo será el de la creación del Hombre. No se dirá, *simpliciter*, que el Hombre, en tanto que ser particular, nacido en un lugar marcado en el Universo, ha sido creado entero *ex nihilo*, puesto que—tanto según el *Génesis*, como según la doctrina de la Evolución—la materia de su cuerpo le es proporcionada por elementos preexistentes. En cuanto a su alma, espiritual y relativamente independiente del cuerpo que anima, no constituye un ser por sí misma: el principio de *unidad* del ser humano no puede aparecer más que «en el ejercicio de un acto de unión», es decir, más que actuando sobre un sujeto de acción a su medida, consistiendo esta acción en «unificar alrededor de ella un universo que, sin ella, caería en la pluralidad».

En opinión del **P. Maréchal**, citado en la **pág. 8**, semejante concepción es aceptable no solo para la ortodoxia católica en general, sino también para los filósofos tomistas. (N. M. WILDIERS.)

Aquí se definen para nosotros las enseñanzas de la historia. Se trata ahora, si queremos aclarar el horizonte, de volvernos hacia el Porvenir. La Persona nos ha ayudado a comprender la estructura del Mundo que nos soporta y nos rodea. ¿En qué medida define el Universo que tenemos por delante?.

III. LOS PROLONGAMIENTOS DE LA PERSONA

Así como se analiza fácilmente la molécula personal, a contrapelo del eje del tiempo, en elementos cada vez más difusos de personalidad, así también parece, a primera vista, refractaria a síntesis más altas. En virtud misma de su génesis por concentración, el Espíritu tiende a encerrarse en sí. El estadio de la reflexión, en el que la conciencia llega a coincidir con el fondo de sí misma, ¿no marca, pues, para el mecanismo de la personalización, un límite imposible de sobrepasar? ¿Puede un centro centrarse más allá de sí mismo?

Toda clase de indicios podrían hacer creer que, con la Hominización, la Evolución de la Vida ha alcanzado efectivamente el término natural de sus progresos terrestres. Cuanto más avanza el individuo pensante en su propio pensamiento, más se vuelve, en apariencia, impermeable a los demás y como aprisionado en su propio éxito. El Hombre, por el hecho mismo de individualizarse, parece convertirse en incomunicable e incomprensible para los demás Hombres que le rodean. Y entonces le sucede que no puede ver otra salida para la necesidad de comunión universal que, a pesar de todo, le trabaja, que la vuelta atrás y la re-inmersión inconsciente en la multitud:

«Señor, me habéis hecho potente y solitario.

Dejadme dormir el sueño de la Tierra.»

Una especie de desmigamiento, una granulación en mónadas, neutralizadas unas por otras, ésa sería entonces la transformación sufrida por la Trama del Universo llegada al último estadio de su evolución. La llamarada del Mundo termina actualmente, en nosotros y alrededor nuestro, en un centelleo de chispas. La Evolución culmina desparramándose. Así piensan o actúan todos los que ponen el precio de la existencia en el valor único del instante presente.

No cabe duda de que el nacimiento de centros reflexivos representa, para la Vida que los engendra, un período peligroso. Por vértigo intelectual o por embriaguez de la libertad, las moléculas personales no pueden escapar a la tentación de egoísmo; es decir, de automonía. ¿No está la sabiduría en aferrarse fuertemente a lo que se tiene? ¿O también el deber esencial de completar en el fondo de sí mismo la individualidad de que se está encargado? ¿Cómo adivinaríamos, por lo demás, si existe, más allá de nosotros mismos, una oportunidad de supervivencia en una unidad más elevada y duradera?

¿Dispersión prudente en la Autonomía? ¿O bien más convergencia todavía y a cualquier precio? ¿Dónde está la verdad?

Para salir de esta indeterminación vital en que la Evolución se encuentra parada en nosotros mismos, no veo otro medio, en la hipótesis en que están escritas estas líneas, que analizar, todavía más allá, la contextura del ser que nos constituye. Una de dos: o bien en la Persona humana las fibras de la Weltstoff se enrollan sobre sí mismas, «sin salir», y esto quiere decir que somos verdaderamente células terminales en las que ha llegado para el Cosmos el momento de dispersarse; o bien, por el contrario, a través del nudo formado por nuestra individualidad, estas mismas fibras se prolongan para ir a alguna parte, más lejos; y esto prueba que, para permanecer verdaderos (es decir, coherentes con el Mundo), debemos intentar realizar todos juntos cualquier síntesis ulterior.

La respuesta de los hechos de esta pregunta no parece dudosa. No, las líneas del Universo no se repliegan en curvas cerradas en el fondo de nuestro ser. Pero su haz no se mantiene, hasta en la unidad de nuestro yo, más que por la unión en el futuro. Esto es lo que me parece establecido por la experiencia universal de la Humanidad. Si el Mundo estuviera maduro en nuestras almas, deberíamos encontrar, en nuestra plenitud, equilibrio y reposo. Podríamos rodearnos a nosotros mismos. Pero he aquí que, justamente lo contrario, nos escapamos constantemente a nosotros mismos en el esfuerzo por poseernos. Lo que amamos, finalmente, en nuestra persona es siempre «otro» por delante de nosotros. Somos incompletos, inacabados. *Debe*, pues, haber en ello una salida al fondo del callejón en el que parece que el mecanismo de la personalización nos aprisiona. La multitud humana no

es, a pesar de las repulsiones que la atraviesan, una pluralidad divergente, sino un múltiplo destinado a sufrir, una vez más, la operación sintética de la Vida. Por estructura, el Universo se prosigue, ciertamente, más allá de nosotros mismos. La Evolución continúa incluso después del Hombre. No morimos por entero. Pero ¿cómo concebir la posibilidad de este movimiento y cómo ayudarle?

La solución a este nuevo problema viene dada por los mismos términos en los que se plantea. Nos encontramos, por el juego de nuestro crecimiento, en la doble necesidad de profundizarnos nosotros mismos y simultáneamente de pasar, de alguna manera, a lo que nos rodea. Sucede, pues, sin duda, que estos dos gestos no son tan opuestos como parecen, sino que se encuentran ligados en la armonía de un solo movimiento profundo. El hombre evita comunicarse con otro hombre porque teme disminuir su personalidad al compartirse. Intenta crecer, aislándose. Pues bien: si el Universo es orgánicamente posible (es decir, si no nos sitúa, por nacimiento, en una posición mecánicamente imposible), lo contrario es lo verdadero. El don que hacemos de nuestro ser, lejos de amenazar nuestro *yo*, debe tener por efecto el perfeccionarlo.

Y esto es cierto. No solamente a priori, es decir, deduciendo el Porvenir del Mundo de una propiedad que ha condicionado su Pasado, sino a posteriori, observando a nuestro alrededor los efectos creadores del amor, nos vemos conducidos a aceptar esta proposición paradójica, en que reside el último secreto de la Vida: la verdadera Unión no funde los elementos que aproxima; les da una nueva vitalidad por fecundación y adaptación recíprocas. Es el egoísmo el que endurece y neutraliza la materia humana. *La unión diferencia.*

Así reaparece, no solamente en el fondo, sino por encima de nosotros mismos, la ley de convergencia fundamental. La unión nos ha hecho hombres organizando, bajo el control de un espíritu pensante, los poderes confusos de la Materia. Va a hacer, además, «superhombres», haciéndonos elementos sometidos a un alma superior. La unión en el interior nos ha personalizado hasta aquí. Ahora es la unión en el exterior la que va a «suprapersonalizarnos».

Aquí comienzan a descubrirse la significación y el valor de los agrupamientos a los que nos empuja, a pesar nuestro, esto que Marx ha llamado el Materialismo histórico. Abandonados a sus propias reacciones (excepción hecha de la sexualidad), los hombres serían generalmente mucho más sensibles a una repulsión que a una atracción mutua. Para ser mejor ellos mismos, intentan, prematuramente, encontrarse solos. En oposición a este espíritu separatista, la necesidad de vivir les fuerza a la sociedad. De ahí esas múltiples agregaciones, cada vez más extendidas y tiránicas, cuyos tentáculos se extienden y nos aprisionan por todas partes: asociaciones políticas, económicas, religiosas... Encerrados en estos lazos, tenemos la impresión de que nuestro ser va a desaparecer, y pasamos por la angustia del ser vivo al que se ahoga. Tendré que volver a hablar después de esta agonía de la Personalidad e investigar qué condiciones debe satisfacer la socialización del Mundo para salvar y no matar la célula humana. Lo que importa anotar aquí es que si verdaderamente la unión suprapersonaliza, las entidades colectivas cuyo nacimiento y crecimiento nos aterrorizan, *se forman en la dirección prevista de la Evolución.* Son el anuncio, el bosquejo de una espiritualidad, y por tanto, de una libertad más elevadas. Imposible distinguir todavía lo que en esta masa en plena transformación es monstruosidad, rasgos definitivos o estadio transitorio. Pero una cosa es segura: a pesar de nuestros temores, es en la dirección de los «conjuntos» en la que hay que avanzar.

La fuente de nuestra repugnancia a lo colectivo hay que buscarla en la ilusión que nos hace identificar tenazmente «personal» con «individual». Esta confusión y las reacciones que entraña deben desaparecer si la ley fundamental del ser es, como la Física y la Historia nos enseñan, la «unión diferencia». No podemos, en virtud de esta regla, alcanzar nuestro

verdadero *yo* para sobrevivir en él más que asociándonos orgánicamente con todos los demás. Es, pues, a la constitución en el fondo de nosotros mismos de un espíritu universal a lo que debe llevar lo que hay de legítimo y de sagrado en nuestro egoísmo ⁶.

⁶ *Egoísmo* está tomado aquí, evidentemente, en el sentido de apego, no abusivo, a sí mismo. (*N. del E.*)

Analizando más arriba la formación de la Personalidad hemos sido llevados a reconocer las propiedades de un Espíritu-Materia en la Trama del Universo. He aquí que otro aspecto, no menos paradójico de esta misma Trama, se nos descubre como necesario para toda «prolongación de la Persona» más allá de sí misma: quiero decir lo *Personal-universal*. Lo que hay de más incomunicable y de más preciso en cada ser es lo que le hace uno mismo con todos los demás. Coincidiendo con todos los demás, encontraremos el centro de nosotros mismos.

Esta nueva forma del Principio de Convergencia es fecunda. No solamente define para nosotros un camino a seguir, si queremos continuar siendo fieles a la lógica del Mundo en evolución, sino que explica ya la posibilidad y la naturaleza de lo que debe ser nuestra consumación.

IV. LA CONSUMACIÓN DE LA PERSONA

Lo que impide a nuestra conciencia replegarse en nuestra conciencia individual es, en suma, la presencia en nosotros de una pluralidad no reducida por la Hominización. En el sistema cuya lógica hemos adoptado, la Humanidad no es el término del Cosmos, porque todavía es múltiple. Esto quiere decir que por el solo hecho de que la Evolución atraviesa, sin detenerse en ella, a la persona humana, nos vemos forzados a trasladar infinitamente hacia adelante el término del movimiento que nos arrastra. Pensábamos, al aterrizar en nosotros mismos, que habíamos llegado a puerto seguro. Hemos aquí, por el contrario, arrojados al Océano de un porvenir inmenso, en el que no hay descanso posible antes de la aparición de un Centro único de la Noosfera ⁷.

⁷ La teoría deja prever, provisionalmente, puntos críticos intermediarios, marcando a nuestro alrededor la aparición de almas superiores que nos englobarían sin destruirnos (ver más abajo lo que decimos sobre la función del Centro Universal). Pero aunque estos puntos críticos no lleguen más que a la formación de un otro Múltiple, por reducido que éste sea, no pueden marcar más que estadios de paso. El «fin del Mundo» está más lejos todavía.

Sería completamente vano intentar representarnos concretamente lo que será una realidad tan lejana. Para esto sería necesario que hubiéramos alcanzado ya el fin del viaje. Pero lo que debemos intentar es expresar, en nuestras dimensiones del momento, las condiciones a las que debe satisfacer este término para ser representable en nuestros mapas del Universo. ¿Como podríamos establecer, de otra manera, nuestra ruta? Intentémoslo.

El primer carácter, y también el más seguro, que en virtud de la estructura precedentemente reconocida en la Welstoff, debíamos reconocer en el estado final del Universo, es el de ser personal, con una personalidad tan rica y tan dueña de sí misma, que nuestras almas no serían más que un pálido bosquejo. La mónada humana es personal porque está centrada. Pero hay una infinidad de maneras de ser centro, según la densidad de los rayos que convergen y según la intimidad de su conexión. En el Universo consumado,

estando, por hipótesis, llevadas a su colmo la opulencia y la perfección de la síntesis, la conciencia, ligada a esta misma síntesis, debe, forzosamente, alcanzar valores supremos. En la figura final tomada por el Cosmos, la Personalidad, creciente con la convergencia, debe ser máxima.

Se ha convertido en una especie de principio para el pensamiento moderno el que no se puede asociar en un mismo sujeto los dos atributos de totalidad y de conciencia refleja. La falsa evidencia de este postulado resulta de la facilidad con la que el análisis de un Mundo de curvatura convergente nos ha conducido a la noción de personal-universal. ¿Y no es, verdaderamente, una pseudo-idea la que creemos hacernos de un Universo extendido en la Duración y en el Espacio? La Totalidad sólo es comprensible en el punto en el que se concentra. Y un punto semejante es perfectamente concebible, puesto que nada limita, en el dominio del Espíritu-Materia, la complejidad interior de un punto.

Así, pues, la extrapolación de la trayectoria que sigue el Mundo sólo puede conducirnos, a partir del corpúsculo humano, al estadio final de una Personalidad del Universo. ¿Cómo definir ahora, con relación a nosotros, esta Persona suprema?

Conviene anotar aquí las reglas especiales que impone a nuestros razonamientos (o, mejor dicho, a nuestros cálculos) la introducción de magnitudes personales. No conocemos demasiado bien lo que por debajo del Hombre sucede con los seres vivos incompletamente personalizados. Pero tenemos la impresión de que, a este nivel de la Evolución, pueden producirse «soldaduras de inmanencias». Dos fragmentos de conciencia difusa pueden, quizá, adicionarse hasta perderse en una tercera y más alta conciencia, pues lo que tienen que transmitir, por su don, es menos un alma que el estado particular de animación al que han llegado. Viable o no, más acá del Pensamiento, este proceso de fusión aparece como decididamente imposible, una vez franqueado el estadio de la Homonización. Una persona no puede *desaparecer* pasando a otra persona, pues, por naturaleza, no puede darse, *en tanto que persona*, más que si continúa como unidad consciente de sí misma; es decir, *distinta*. Es más: este don que hace de sí misma, ya lo hemos visto, tiene como resultado directo reforzar lo que tiene de más incomunicable; es decir, supra-personalizarla. «La unión diferencia».

Apliquemos estas observaciones a la «suma» del Universo en Dios, puesto que Dios es el nombre dado por el Hombre al Ser consumado.

Dios, ya lo he hecho observar en otra parte, es casi inevitablemente concebido por un positivista moderno como un Océano sin orillas, en el que se totalizan, por pérdida de sí mismas, las cosas. Nuestra generación, esencialmente panteísta porque es evolucionista, no parece comprender el panteísmo más que bajo la forma de una disolución de los individuos en una inmensidad difusa. Esto es una ilusión debida al hecho de que la unidad del Mundo, bajo la influencia de la Física, se busca, equivocadamente, en la dirección de las energías, cada vez más simples, en las que se descompone. *Dios es éter*, se habría dicho hace algunos años. Completamente diferente es el resultado obtenido si se intenta, como hemos hecho aquí, prolongar el Universo en la dirección de lo Personal; es decir, de la síntesis. Entonces Dios no aparece por extensión, sino por concentración de la Trama del Universo; no como un medio de disolución, sino como un foco de personalización. *Es -Espíritu*. Y esto entraña dos cosas.

Por una parte, su Yo, de El mismo, no puede formarse por la agregación de *yo* inferiores humanos o sobrehumanos, que juntara, puesto que, como acabamos de ver, los *yo* no se adicionan jamás. Debe, pues, poseer su inmanencia especial. Por otra parte, correlativamente, los *yo* inferiores acentúan, en lugar de atenuar, en el curso de su acceso a la cima divina, su auto-posición. Guardan, pues, y profundizan su centro particular. No solamente sobrevive algo de nosotros, sino que sobrevivimos nosotros mismos en la Unidad. En fin de cuentas, por construcción, la Personalización del Universo sólo puede

operarse salvando para siempre, en una Persona suprema, la suma distinta de las «personas» nacidas, sucesivamente, en el curso de su evolución. Dios es sólo definible como un *Centro de centros*. En esta complejidad yace la perfección de su Unidad ⁸; el único final asignable lógicamente a los desarrollos del Espíritu-Materia.

8 Dios, cuanto más es, más poder tiene de centrar y personalizar perfectamente. En consecuencia, la inalterabilidad no pertenece menos a la riqueza de una infinita complejidad supremamente unificada, que a una simplicidad esencial. (*N. del E.*)

Complejidad de Dios, acabamos de decir. No nos dejemos asustar por esta consecuencia. La palabra es justa, pero a condición de que la corriamos, de manera que se modifique profundamente su valor. Ser complejo, en nuestra experiencia presente, designa un estado que comporta de suyo, para el ser «compuesto», exterioridad mutua y disgregación eventual de las partes. Pero estas dos debilidades (oposiciones interiores y fragilidad), que correríamos el peligro de considerar como esenciales a toda composición, no podrían ser más que efectos pasajeraamente ligados a las fases inferiores de la síntesis. Llevada hasta sus límites, la unión (puesto que es irreversible, como hemos visto) no debe ya conocer ni oscuridades íntimas ni «corrupción».

En primer lugar, ni oscuridad ni extrañeza mutua de las partes. Actualmente nos parece inconcebible que las personas entren en contacto desde lo profundo de sí mismas. Pero es porque no han alcanzado todavía el «espacio» en el que es posible un giro semejante. Llegadas a su perfecta conjunción, debemos representarnos las moléculas pensantes como interiorizadas unas en otras. Una perfecta transparencia mutua en una perfecta posesión de sí mismas, es la única fusión panteísta ⁹ lógicamente concebible para las almas en el Medio Divino.

9 «Puesto que desde el punto de vista cristiano el Universo no se unifica, en definitiva, más que por medio de relaciones *personales*, es decir, bajo la influencia del *amor*, la unificación de los seres en Dios no puede ser concebida como operándose por fusión (naciendo Dios de la soldadura de los elementos del Mundo o, por el contrario, absorbiéndolos en él), sino por síntesis «diferenciante» (los elementos del Mundo se hacen más ellos mismos cuanto más convergen en Dios). Pues este es el efecto específico del amor, reforzar en sí los seres que aproxima entre ellos. En el Universo cristiano totalizado (en el «Pleroma», como dice San Pablo), Dios no está solo, en fin de cuentas, sino que es todo en todos (*en pasi panta Theos*).» Cf. *Introduction à la Vie chrétienne: Conclusion: Christianisme et panthéisme*. 1944.

Y, en consecuencia, tampoco es posible una vuelta a atrás. Pues justamente porque se han hecho interiores unas a otras en la interioridad del Centro supremo que las rodea, las mónadas no dan pie a la disgregación. Bien en su individualidad particular, bien en su conjunto armónico, han pasado el umbral por debajo del cual podía amenazarles el riesgo de caer de nuevo en el polvo. Se encuentran definitivamente consolidadas. Así se encuentra justificada, ante la Acción, esta exigencia tenaz, manifestada por nuestro ser, de no querer construir en sí más que lo Inmortal. Y así reaparece ante el Pensamiento (pero desembarazada esta vez de sus relaciones con una «simplicidad» poco comprensible), esta incorruptibilidad en la que la Filosofía antigua discernía, a justo título, el atributo más característico de lo espiritual. Y ahora queda por fijar un último punto—capital—para que se encuentre enteramente definido, en posición y en naturaleza, el Objetivo en cuya

aproximación consiste para nosotros la Vida. Puesto que, por definición, somos «lo Real» y nos propagamos en lo real, la Cima del Mundo no podría, evidentemente, ser concebida como un simple foco «virtual» de convergencia. El también debe *ser real*. Pero ¿en qué medida *realizado* ya? Uno no parece seguir inmediatamente a lo otro. ¿No podríamos concebir un Universo inclinado y sostenido hacia adelante por el parto de una Unidad todavía potencial, tal como Israel esperando al Mesías? ¿Podemos deducir de la estructura de un Universo de malla personal no sólo la aparición final, sino la presencia actual del Centro terminal divino?

En la Metafísica extratemporal del Ser, esta cuestión puede parecer irrespetuosa. Antes de toda creación, pronuncia la Ecológica, debe existir el Absoluto en su plenitud. Para los que buscamos simplemente construir una especie de Ultrafísica anudando, lo más armónicamente posible, la suma de nuestras experiencias, la respuesta al problema no es tan triunfante. Desde este punto de vista empírico no hay Acto Puro, sino solamente un término final en el que converge el haz de las series que nos rodean. ¿Qué clase de actualidad debemos reconocer a este término para que sea real?

No me sorprendería que un análisis más profundo de las condiciones impuestas al Mundo por las leyes de la Unión, nos lleve un día a reconocer al Dios de la Evolución un exacto equivalente de los atributos concedidos al «Ens a se» por la filosofía medieval. Pero si este paso no ha sido dado todavía en mi espíritu ¹⁰, hay al menos dos cosas que considero como seguras y que me parecen suficientes para orientar provisionalmente nuestra marcha hacia adelante.

10 Limitándose aquí al dominio de la Ultrafísica. (*N. del E.*)

La primera es que el Centro futuro del Cosmos, aunque se presente a nosotros con los caracteres de un «límite», debe ser considerado como habiendo emergido en lo Absoluto *desde siempre* por algo de sí mismo. Puesto que todo está en equilibrio sobre él y él sobre nada, es necesario que encuentre en sí mismo su propia consistencia. En este sentido no solamente constituye, como decíamos más arriba, un término especial a la cabeza de todas las series, sino que, además, es, en cierta manera, fuera de serie. En El todo asciende como hacia un foco de inmanencia. Pero también desciende todo de El como de una cima de transcendencia.

Y otra cosa que veo es que para actuar posiblemente sobre la ola de personalidad que su influencia levanta debe tener ya, en cada instante, una personalidad superior a la que suscita. En el interior de la esfera pensante aparecida en el Cosmos a consecuencia de la Hominización, las relaciones deben continuar siendo tan rigurosas como en las esferas inferiores de la «Materia». Pero en el seno de la Materia las energías, para poder ser gobernadas, deben satisfacer a ciertas condiciones precisas de homogeneidad y de potencial: una molécula no obedece más que a una fuerza mayor y en su orden de magnitud. Así conviene que nos representemos los cambios de energía en el interior de la Noosfera. Los elementos personales del Universo volverían a caer en el desorden (es decir, en la nada) si no encontraran, para dominarlos, lo Suprapersonal ya actualizado. En el Mundo que nos rodea debe, pues, encontrarse, para equilibrar nuestra acción, no solamente la espera, sino el rostro ya reconocible de una Personalidad Universal.

Es lo imprescindible, vamos a verlo, para preservar de las peores divagaciones a las potencias acumuladas en el corazón del individuo, de las sociedades y del Mundo mismo.

En el curso de los párrafos precedentes hemos intentado construir lógicamente para nuestras inteligencias un Mundo a base de Persona. Vamos a ver ahora lo que resulta de esta representación para la conducta de nuestra vida. ¿Cómo se disponen los valores, desde el punto de vista de la Acción, en un Universo Personal?

Un primer efecto de la perspectiva aquí adoptada es revelar en la operación humana, bajo todas sus formas, un valor (o materia) cósmica que no se podía percibir en ningún otro sistema. Puesto que la energía fundamental en juego en el Universo no es otra cosa que un flujo de personalización, la masa de las relaciones llamadas «morales», por la que las moléculas pensantes reaccionan unas sobre otras, cesa de formar un dominio artificial o secundario en la Naturaleza. La libertad no es sino la expresión avanzada y distinta de lo que se disimula o se disocia en los determinismos psíquicos. El Cosmos se construye físicamente, a partir del Hombre, por magnitudes morales. Es decir, que la acción espiritual, tan desdeñada por la Ciencia, se sitúa, al mismo nivel, a la cabeza de las energías materiales, las únicas consideradas hasta aquí por la Física. Más arriba nos hemos visto afrontados con magnitudes complejas, como el Espíritu-Materia y lo Personal-universal. Hemos aquí ahora llevados correlativamente a fundir en una dimensión común dos caracteres, en apariencia opuestos, de la experiencia. No hay, alrededor de nosotros, un dominio físico y un dominio moral. No hay más que *Físico-moral*.

Y demos ahora un paso más. ¿Qué nombre hay que dar, siempre en virtud de nuestro sistema, a esta energía físico-moral de personalización, a la que se reducen, en definitiva, todas las actividades manifestadas por la Materia del Universo? Uno solo, con tal de que le confirmamos la generalidad y el poder que debe revestir, elevándose en el orden cósmico: *el amor*.

Es un amor que construye físicamente el Universo ¹¹. Sigamos en nosotros mismos, para reconocerlas y dirigir las, las manifestaciones de esta potencia fundamental de la que está tejida nuestra vida. Creo que se revela a nuestra conciencia en tres grados sucesivos: en la mujer (para el hombre), en la sociedad, en el Todo; por el sentido sexual, por el sentido humano, por el sentido cósmico.

11 El 15 de agosto de 1936, es decir, tres meses después de haber acabado este ensayo, el autor escribía a un amigo: «Me es una gran fuerza, en todo caso, reconocer que todo el esfuerzo de la «evolución» es reducible a la justificación y al desarrollo de un amor (de Dios). Esto es lo que ya me decía mi madre. Pero me habrá sido necesaria una vida para integrar esta verdad en una visión orgánica de las cosas. Imagino que es este esfuerzo de integración el que el Mundo debe hacer para convertirse; en conjunto, nuestro Mundo niega lo Personal y a Dios porque cree en el Todo. Todo viene a probarle que, por el contrario, *debe* creer en lo Personal porque cree en el Todo.»

A) *El sentido sexual*

La atracción mutua de los sexos es un hecho tan fundamental, que toda explicación (biológica, filosófica o religiosa) del Mundo que no llegue a encontrarle en su edificio un lugar *esencial por construcción*, está virtualmente condenada. Fijar un lugar semejante a la sexualidad es particularmente fácil en un sistema cósmico edificado sobre la unión. Pero hay que definirla claramente, tanto en el porvenir como en el pasado. ¿Cuáles son, exactamente, el sentido y la esencia del amor-pasión en un Universo de trama personal?

Bajo sus formas iniciales, y hasta muy avanzada la Vida, sexualidad aparece identificada con propagación. Los seres se aproximan a fin de prolongar, no a sí mismos, sino lo que han ganado. Tan íntima es esta relación entre pareja y reproducción, que filósofos como Bergson han podido ver en ello un indicio de que la Vida existía más que los seres vivos y que religiones tan elaboradas como el Cristianismo han basado sobre el niño casi todo el código de su moralidad.

Muy diferentes se descubren las cosas desde el punto de vista al que nos conduce el análisis de un Cosmos de estructura convergente. No cabe duda de que la sexualidad ha tenido primero, como función dominante, que asegurar la conservación de la especie, mientras no llegó a establecerse en el Hombre el *estado* de personalidad. Pero desde el instante crítico de la Hominización, le ha correspondido al amor otro papel más esencial, cuya importancia empezamos a sentir; quiero decir, la síntesis necesaria de los dos principios masculino y femenino en la edificación de la personalidad humana. Ningún moralista ni ningún psicólogo ha dudado nunca de que los dos unidos encontrasen un mutuo complemento en el juego de su función reproductora. Pero este perfeccionamiento no ha sido nunca considerado, hasta aquí, más que como un efecto *secundario*, accesoriamente ligado al fenómeno principal de la generación. Alrededor nuestro, si no me equivoco, la importancia de los factores tiende a invertirse conforme a las leyes del Universo persona. El hombre y la mujer para el hijo, todavía, y mientras la vida terrestre no haya llegado a la madurez. Pero el hombre y la mujer, uno para el otro, cada vez más y para siempre.

A fin de establecer la verdad de esta perspectiva, no puedo hacer nada mejor que recurrir al único criterio que guía nuestra marcha en el curso de este estudio, a saber: una coherencia lo más perfecta posible entre la teoría y un campo más amplio de la realidad. Si el hombre y la mujer fueran—diría yo—principalmente para el hijo, entonces el papel y la potencia del amor deberían disminuir a medida que se completa la individualidad humana y que, por otra parte, la densidad de población se aproxima en la Tierra a su punto de saturación. Pero si el hombre y la mujer son principalmente el uno para el otro, entonces concebimos que, cuanto más se humanizan, más sienten, por este único hecho, una necesidad mayor de juntarse. Pero es esto y no aquello lo que está verificado por la experiencia y lo que hay que explicar.

En la hipótesis, aquí admitida, de un Universo en vías de personalización, el hecho de que el amor crezca en lugar de disminuir, hominizándose, encuentra con toda naturalidad su explicación y su extrapolación. En el individuo humano, decíamos más arriba, la Evolución no se detiene, sino que continúa más lejos, hacia una concentración más perfecta, ligada a una diferenciación ulterior, obtenida por la unión. Pues bien, diremos, la mujer es precisamente para el hombre el término susceptible de desencadenar este movimiento hacia adelante. Por la mujer y sólo por la mujer, el hombre puede escapar al aislamiento en el que por su misma perfección correría el peligro de encerrarse. No es, pues, rigurosamente exacto decir que la malla del Universo es, para nuestra experiencia, la mónada pensante. La molécula humana completa es ya, a nuestro alrededor, un elemento más sintético y, por ende, más espiritualizado que la persona—individuo—; es una dualidad, que comprende a la vez lo masculino y lo femenino.

Aparece aquí, en su amplitud, el papel cósmico de la sexualidad. Y, al mismo tiempo, se pueden percibir las reglas que nos guiarán en la conquista de esta energía terrible por la que pasa, a través de nosotros, en línea directa, la potencia que hace converger sobre sí mismo al Universo.

La primera de estas reglas es que el Amor, conforme a las leyes generales de la unión creadora, sirve para la diferenciación espiritual de los seres que aproxima. Pues ni uno debe absorber al otro, ni menos todavía perderse los dos en los goces de una posesión corporal, que significaría una caída en la pluralidad y el retorno a la nada. Esto pertenece a la experiencia corriente. Pero sólo se comprende bien en las perspectivas del Espíritu-Materia.

El amor es una conquista aventurada. No se mantiene, y se desarrolla, como el mismo Universo, más que por un perpetuo descubrirse. Sólo se aman legítimamente aquellos a quienes la pasión conduce, a ambos, uno por el otro, a una posesión más elevada de su ser. Así, la gravedad de las faltas contra el amor no es ofender no sé qué pudor o virtud. Consiste en derrochar, por negligencia o por voluptuosidad, las reservas de personalización del Universo. Es esta pérdida la que explica los desórdenes de la «impureza», Y es ella también la que, en un grado más alto de los desarrollos de la unión, es la materia de una alteración más sutil del amor; quiero decir, el egoísmo a dos.

Más arriba, en el capítulo de los «prolongamientos de la Persona», hemos anotado la fase crítica atravesada por él Ser en el momento en que el Pensamiento se ha condensado en él: las partículas que han llegado a ser reflexivas, a las que puede parecer legítimamente que ponen un punto final a la Evolución; bajo la influencia de egoísmos solitarios, el Universo expuesto a disgregarse en un polvo de granos de libertades... El mismo peligro de dispersión reaparece, con una doble intensidad, en el instante en el que la pareja acaba de formarse. Cuando dos seres entre los que es posible un gran amor llegan a encontrarse entre el hormigueo de los seres, tienden inmediatamente a encerrarse en la posesión celosa de su mutuo completarse. Bajo el efecto de la plenitud que les invade buscan, instintivamente, cerrarse uno en el otro, con exclusión del resto. E incluso si llegan a vencer la tentación voluptuosa de la absorción y del reposo, intentan limitar a su mutuo descubrimiento las promesas del porvenir, como si constituyeran un *Universo a dos*.

Pero después de todo lo que hemos dicho sobre la estructura probable del Espíritu, está claro que este sueño no es más que una peligrosa ilusión. En virtud del mismo principio que obligaba a los elementos personales «simples» a completarse en la pareja, la pareja, a su vez, debe perseguir, más allá de sí misma, las perfecciones que su crecimiento requiere. Y esto de dos maneras. Por una parte tiene que buscar fuera otros grupos del mismo orden a los que asociarse para centrarse más; este punto será tratado más abajo a propósito del Sentido humano. Por otra parte, el Centro hacia el que los dos amantes convergen, al unirse, debe manifestar su personalidad en el corazón mismo del círculo en el que querría aislarse su unión, Sin salir de sí, la pareja no encuentra su equilibrio más que en un tercero por delante de ella. ¿Qué nombre hay que dar a este «intruso» misterioso?

Mientras los elementos sexuados del Mundo no habían alcanzado el estado de personalidad, la prole podía representar, por sí sola, la realidad en la que se prolongaban, de alguna manera, los autores de la generación. Pero tan pronto como intervino el amor, no solamente entre dos padres, sino entre dos personas, fue necesario que se descubriera, más o menos confusamente por delante de los amantes, el Término final, en el que serían, a la vez, salvados y consumados, no solamente su raza, sino su personalidad. Y entonces recomienza la «caída hacia adelante», cuyas peripecias hemos seguido ya. Hay que ir, progresivamente, hasta el fin del Mundo. Y, finalmente, es el Centro Total mismo, más que el niño, el que aparece como necesario para la consolidación del amor. El amor es una función con *tres* términos: el hombre, la mujer y Dios. Toda su perfección y su éxito están ligados a la armoniosa combinación de estos tres elementos.

Se manifiesta aquí una gran diferencia entre los resultados a los que conduce nuestro análisis de un Universo personal y las reglas admitidas por las morales antiguas. Para éstas, pureza era, generalmente, sinónimo de separación de sexos. Para amar había que abandonar. Un término excluía al otro. El «binomio» hombre-mujer, reemplazado por el binomio hombre-Dios (o mujer-Dios): ésta era la ley de la suprema virtud. Mucho más general y satisfactoria nos parece ser la fórmula que respeta la asociación de los tres términos en presencia. La pureza, diremos, expresa, sencillamente, la manera más o menos clara de explicitarse, por encima de los dos seres que se aman, el Centro último de su coincidencia. No se trata aquí de dejarse, sino de unirse en algo mayor que uno mismo. El Mundo no se

diviniza por supresiones, sino por sublimación. Su santidad no es eliminación, sino concentración de las savias de la Tierra. Así se transcribe en una nueva ascesis, tan laboriosa, como veremos, pero mucho más comprensible y operante que la antigua: la noción de Espíritu-Materia.

Sublimación, por tanto, conservación; pero también, y más todavía, transformación. Si es verdad, pues, que el hombre y la mujer más se unirán a Dios cuanto más se amen el uno al otro, no es menos cierto que, cuanto más sean de Dios, más abocados estarán a amarse de una manera más bella. ¿En qué dirección podemos imaginar que se efectuará esta evolución ulterior del amor?

Sin duda, hacia una disminución gradual de lo que representa todavía (y necesariamente) en lo sexual el lado admirable, pero transitorio, de la reproducción. La Vida, lo hemos admitido, no se propaga por propagarse, sino para acumular los elementos necesarios a su personalización. Cuando se aproxime, pues, para la Tierra la madurez de su Personalidad, los Hombres deberán reconocer que no se trata simplemente de controlar los nacimientos, sino que lo que importa, sobre todo, es dar su plena expansión a la cantidad de amor liberada del deber de la reproducción. Bajo la presión de esta nueva necesidad, la función esencialmente personalizante del amor se separará, más o menos completamente, de lo que ha debido ser, por un tiempo, el órgano de propagación, «la carne». Sin dejar de ser físico, para continuar siendo físico, el amor se hará más espiritual.

Lo sexual, para el hombre, se encontrará colmado por el puro femenino. ¿No está aquí, en su realidad, el sueño mismo de la Castidad? ¹².

12 En un escrito titulado *la Evolución de la Castidad* (1934), el P. Teilhard aborda un estado más perfecto: el mismo en que le situaba su «Medio divino».

«... (Entre) el Hombre y la Mujer, designados para promover al grado más alto la espiritualización de la Tierra, nada de contacto inmediato, sino la convergencia en lo alto...

... La Virginidad se posa sobre la Castidad como el pensamiento sobre la vida, a través de una vuelta o un punto singular...

... El amor está en vías de «cambio de estado» en el seno de la Noosfera. Y es en esa nueva dirección en la que se prepara el paso colectivo de la Humanidad a Dios... Teóricamente, esta transformación del amor es posible. Basta, para su realización, que la llamada del Centro personal divino se sienta lo suficientemente fuerte para dominar la atracción natural. »

B) *El Sentido Humano*

El amor del hombre y de la mujer trenzan una fibra que se prolonga directamente en el corazón del Mundo. Pero no es más que un elemento infinitesimal en el haz que, poco a poco, reúne el esfuerzo de personalización universal. No solamente la pareja no subsiste más que soportada por un centro de conjunción situado delante de ella misma, sino que no se mantiene más que encuadrada por el conjunto de las personalidades del mismo orden que la rodean. La energía de personalización manifestada en el amor-pasión debe, pues, completarse con otra especie de atracción, llamándose, unas a otras, la totalidad de las moléculas humanas. Es esta fuerza particular de cohesión, extendida en el conjunto de la Noosfera, lo que llamamos aquí «el Sentido Humano».

A primera vista no parece que exista en la Naturaleza una atracción semejante. En lugar de la inter-simpatía que hace preveer la teoría, ¿no es, como hemos hecho notar ya, la mutua repulsión la que domina en el interior de la masa humana? Fuera de algunos casos

excepcionales, ¿no se manifiesta el «otro» como el mayor peligro con que tropieza nuestra personalidad en el curso de su desarrollo? ¿El otro que molesta, el otro al que hay que apartar?...

Para explicar esta reacción desconcertante del hombre para con el hombre, conviene observar que no se produce en el nivel en el que se puede esperar que aparezca el Sentido Humano. En el caso del amor-pasión, la atracción se produce indirectamente, de individuo a individuo, lo que no supone nada más que el azar de un encuentro. Por el contrario, en el caso de las uniones colectivas, la tracción sólo puede nacer entre el individuo y una colectividad ya parcialmente organizada, y esto es ya más complicado. El hombre de la calle me irrita porque tropiezo con él como un posible competidor. Me gustará desde el momento en que vea en él un camarada de combate. A diferencia del Sentido Sexual, el Sentido Humano no recae directamente sobre las personas como tales, sino sobre un Algo que engloba a las personas. Es, sencillamente, por falta de percibir bien este Algo por lo que tenemos la impresión de detestarnos.

Hecha esta salvedad, basta con mirar para reconocer, en una multitud de indicios a nuestro alrededor, la existencia y el progreso de la cohesión inter-humana que buscamos.

En el caso más sencillo, el de la amistad, lo «individual». Se siente todavía muy fuertemente con todo lo que tiene de encanto concreto e inmediato. Pero hay otro elemento, ya reconocible, que aporta a las relaciones su solidez y su profunda alegría, a saber: un interés común. Las grandes amistades se anudan en la persecución de un ideal, en la defensa de una causa, en las peripecias de una búsqueda. Se desarrollan mucho menos por la penetración «de uno en el otro» que por un progreso a dos en un mundo nuevo. Y en esto me parece que la amistad difiere completamente del amor espiritual con el que se la acostumbra a confundir. El amor-pasión, aun el espiritual, es por naturaleza exclusivo, o al menos muy limitado en el número de los seres que aproxima; está fundado sobre la dualidad. La amistad, por estructura, permanece abierta a una creciente multiplicidad.

Así nacen los diversos grupos, cada vez más extensos, en los que los hombres se encuentran insertos a menudo por lazos artificiales y forzados que no engendran ningún alma, pero, a veces también, por reacciones comunes profundas que les acercan en una extraordinaria intimidad.

Y así, por transiciones insensibles, van naciendo ante nuestros ojos las vastas unidades colectivas que aparecerán quizá un día ante nuestros descendientes como el fenómeno biológico más característico de nuestra época. Comunismo, fascismo, nazismo, etc., todas esas corrientes mayores en las que vienen a confluír la multitud de agrupaciones deportivas, escolares, sociales, son condenadas muy frecuentemente como una vuelta a condiciones gregarias primitivas. Error. La Vida no ha conocido nunca nada, no podía conocer nada comparable a estos movimientos de masas que, para producirse, exigen un nivel homogéneo de conciencia y una extrema rapidez de comunicaciones. Antaño los Hunos y los mongoles invadieron Europa como un cataclismo. No era más que una inundación o una avalancha dirigidas. Hoy, por primera vez en la Historia del Mundo, se manifiesta la posibilidad de *masas reflexivas*. El Fenómeno humano ha dejado ya la escala del individuo para propagarse en lo inmenso. No es, pues, la repulsión, sino más bien la atracción mutua de los elementos la que domina la evolución de la Noosfera. Y ninguna fuerza de cohesión conocida por la Física ha sido, sin duda tan poderosa como aquélla. Pero ¿conduce esta atracción, como yo pretendía, hacia una personalización?...

Aquí, de nuevo, las primeras apariencias se muestran desfavorables a la teoría. Si hay un lamento universal hoy en el Mundo, ¿no es el de la persona humana, ahogada por los monstruos colectivos que una implacable necesidad de vivir nos fuerza a suscitar por todas partes a nuestro alrededor? Las grandes ciudades, la gran industria, las grandes organizaciones económicas Molocs sin corazón y sin rostro. ¿Quién no se ha vuelto con

nostalgia, un día u otro de su vida, hacia la «edad de oro» del campo familiar, del artesanado o incluso de la selva? ¿Podemos verdaderamente hablar del nacimiento de un alma humana? ¿O no somos conducidos, más bien, hacia una mecanización de la Tierra?

Siento la gravedad del momento presente para la Humanidad tanto como cualquiera, pero me siento menos inspirado que nadie para predecir el porvenir. Y, sin embargo, un instinto desarrollado al contacto con el gran Pasado de la Vida me dice que la salvación está para nosotros en la dirección misma del peligro que nos asusta tanto. Si verdaderamente (como parece) la unificación social de la Tierra es el estado hacia el que nos arrastra la Evolución, esta transformación no podría ir contra el resultado más claramente obtenido por esta misma Evolución en el curso de los tiempos, a saber: el aumento de la conciencia y de las libertades individuales. Como cualquier otra unión, la colectivización de la Tierra, bien llevada, debe sobreamarnos en un alma común. ¿No nos sucede ya que sentimos, por rápidas bocanadas, los torbellinos precursores del gran soplo que se levanta? ¿En qué época del Mundo va a poder un ser vivir minutos de exaltación más tangibles que el Hombre de hoy? Como viajeros cogidos en una corriente, nos gustaría volver atrás. Imposible y fatal maniobra. La salvación para nosotros está en ir adelante, más allá de los rápidos. Sin retroceso; pero con una mano segura en el timón y una buena brújula.

¿En qué signos reconoceremos, en cada momento, los escollos a evitar y el camino a seguir? Precisamente aplicando a nuestra marcha, en la medida en que ésta es libre, la ley fundamental de la unión. Para no equivocarnos de camino en nuestro viaje hacia el porvenir, no tenemos más que orientarnos constantemente en el sentido de una mayor personalización, ya individual, ya colectiva.

Individual, primero. Está muy claro que el peligro de la mecanización no ha sido nunca mayor para el Espíritu que en este momento, en el que se aproxima a un nuevo máximo. No se puede escalar una montaña sin bordear un abismo. Pero este riesgo no es una fatalidad y no podemos evitar la caída. Es la «máquina orgánica» la que ha liberado por primera vez el Pensamiento en el cuerpo humano. ¿Por qué no iba a ser la máquina industrial la que lo liberase, por segunda vez, en la Humanidad? No podríamos escapar al sufrimiento de los primeros contactos con una masa incompletamente desorganizada. Pero todo lo que tienda a hacer de nosotros un termes es falso, está condenado.

Colectivo, después. Y esta es la condición misma de ello. En virtud de las reglas de la Unión, los elementos asociados no se personalizan en sí más que bajo la influencia de una Personalidad dominante más acabada. Sería, pues, inútil que intentáramos evitar el hormiguero si los nuevos lazos que se tejen en el Mundo no derivan de un centro definible a la vez para nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad. El Sentido Humano, so pena de ser inhumano, debe estar en el orden de un amor. La sociedad se mecaniza, pues, invenciblemente si progresivamente sus crecimientos sucesivos no están coronados por *Alguien*. La Humanidad, para no ser opresiva, debe tomar figura sobrehumana.

Y hemos aquí, como era inevitable, vueltos a colocar, una vez más, en la perspectiva de un Centro de conciencia universal radiando en la cima de la Evolución. Es este Centro el que en seguida ha venido a romper la envoltura de egoísmo en la que tendía a encerrarse, celosamente, la pareja. Es él quien viene a salvar ahora de la esclavitud a la masa embrollada de la Noosfera. Es él también, y esto nos queda por ver, quien, al dirigir nuestras aspiraciones más universales, va a dar al Sentido Cósmico su verdadera significación y su pleno valor.

C) *El Sentido Cósmico.*

Llamo Sentido Cósmico a la afinidad, más o menos confusa, que nos liga psicológicamente al Todo que nos envuelve.

La existencia de este sentimiento es indudable, y tan antigua aparentemente como el origen del Pensamiento. Para que apareciera el Sentido Humano fue necesario que la civilización comenzara a circunscribir la Tierra. El Sentido Cósmico debió nacer tan pronto como el Hombre se encontró frente a la selva, al mar, a las estrellas. Y desde entonces se manifiesta su huella en todo lo que experimentamos de grande y de indefinible: en el arte, en la poesía, en la religión. Por él reaccionamos ante el Mundo *as a whole*¹³, como nuestros ojos ante la luz.

13 «Considerado como un todo.» (*N. del E.*)

A pesar de ello estamos lejos de que esta atracción profunda tenga un lugar definido en la psicología. O bien su especificidad no es reconocida, como si representara una forma, ora separada, ora embrionaria, de las demás energías espirituales. O bien su valor está desacreditado como si correspondiera a una impresión residual, casi animal, destinada a evaporarse con el despertar completo de la razón. O bien, para los que la aprecian y cultivan, sus impulsos son interpretados en un sentido peligroso, como una invitación a la disolución anónima en el Océano cósmico.

Una de las mejores confirmaciones de los puntos de vista propuestos en estas páginas es, imagino, la facilidad con la que dan una explicación fecunda de este sentimiento polimorfo y poderoso. En efecto, en un Universo Personal, el Sentido Cósmico encuentra inmediatamente un lugar natural; representa la conciencia más o menos oscura que cada uno de nosotros toma de la Unidad reflexiva, a la que, con todo el Resto, se agrega. Y comprendido así, se manifiesta dotado de una serie de propiedades perfectamente definidas.

Aparece primero como una magnitud psicomoralde naturaleza creciente. Si el Universo fuera desparramándose, el Sentido Cósmico podría estar en su declive—nostalgia en nuestras almas—del tronco común del que nos desgaja el viento de la individualización. Pero si la Realidad, lejos de dispersarnos, nos arrastrara en su convergencia, entonces este mismo sentimiento no puede, por la estructura del Mundo, más que tomar una nitidez y una intensidad crecientes con los progresos eventuales de la Humanidad. Hasta aquí lo percibíamos a la manera de una resonancia profunda en puestras demás emociones. Viene el momento, sin duda, en el que, con la subida del Centro universal más allá del horizonte de nuestra conciencia, va a explicitarse como un elemento definido y fundamental de la psicología humana.

En un Universo pluralista todavía, el Sentido Cósmico podía interpretarse como una invitación a la expansión y a la difusión. Así lo han entendido hasta aquí tantos panteísmos artísticos o religiosos, para los que el acceso al gran Todo significaba comunión disolvente con la Naturaleza. Justo a la inversa, en el Mundo de lo universal-personal se dibujan las reglas de la unión al Todo. No se trata aquí, para el elemento, de dividirse en una inmensidad esparcida, sino, por el contrario, de centrarse, en armonía con todos los demás centros, en un Centro último de todos los centros. Centrarse, es decir, personalizarse, en un Centro último; es decir, en una Personalidad suprema. La única manera que tenemos de responder a las oscuras llamadas del Sentido Cósmico en nosotros es llevar hasta sus últimos límites una laboriosa explicitación del Mundo y de nosotros mismos. La unión por diferenciación y la diferenciación por unión. Esta ley estructural, que reconocíamos más arriba en la Trama del Universo, reaparece aquí como la ley de la perfección moral y la única definición del verdadero panteísmo¹⁴.

14 Cf. nota más arriba, págs. 44-45.

El corolario inmediato de este descubrimiento es que nos es posible reunir en una categoría precisa el sentimiento anónimo que nos atrae tan poderosamente hacia la Naturaleza. No metafóricamente, sino en el sentido más verdadero del término, el Sentido Cósmico es un amor y no puede ser más que esto. Es un amor, pues nos lleva hacia un objeto complementario y único de naturaleza personal. Debe ser un amor, puesto que su papel es dominar, consumándoles, el amor del hombre por la mujer y el amor del ser humano por todos los demás seres humanos. En el Cosmos, tal como lo describo aquí, es posible, por muy inverosímil que parezca, esta expresión: *amar al Universo*. Y es además en este solo acto en el que el amor puede desarrollarse con una claridad y una potencia sin límites.

Desconfiamos, con razón, de un afecto demasiado generalizado. «El que ama todo no ama nada», se acostumbra a decir. Este peligro no existe, al menos en teoría, para el que ha comprendido lo que es un Todo de personalización, a saber: una figura central definida, apareciendo al final de figuras elementales cada vez mejor definidas. Orientado hacia un Objeto semejante, el corazón no corre el peligro de secarse en aspiraciones impersonales y difusas. Pero sin perder contacto con la realidad concreta de los seres que le rodean, descubre el medio de abrazarlos a todos en un sentimiento que conserva, a pesar de su extensión desmesurada, el calor de un afecto humano. Hay una sola cosa finalmente amada que es el foco ímán de toda convergencia; pero no podemos alcanzar este centro más que aferrándonos hasta el fin a la realidad y a la realización de los seres particulares en el fondo de los que brilla.

De donde este privilegio único, para el Sentido Cósmico explicitado en amor, que no solamente es un océano sin fondo en el que podemos arrojarnos sin límites, sino que, en sus dimensiones «universalizadas», los límites se desvanecen entre lo que llamamos, a escala individual, el *yo*, el resto, los otros, y en el *yo*, el pensamiento, los sentimientos, la acción. Todas estas categorías, sin perder su esencia precisa, tienden a fundirse en un gesto único de aprehensión y de comprensión, de «pasión» y de acción.

En este nivel, la multiplicidad comienza a desvanecerse en el dominio psíquico. Y desde ahora, a nuestro alrededor, se dibuja un estado en el que no haya la vista más que la singularidad colectiva de una operación-afecto única: el acto cósmico de personalización universal.

VI. LA PENA DE PERSONALIZACIÓN

Si verdaderamente todo concurre en nosotros y a nuestro alrededor a una gran unión por amor, parece que el Mundo debería bañarse en la alegría. ¿Cómo es que, por el contrario, avanza en medio del dolor? ¿Por qué las lágrimas y la sangre? ¿Cómo puede el sufrimiento introducirse en un Universo Personal?

Mi respuesta a esta pregunta, la más angustiada que hay para el espíritu humano, será la siguiente: en el Universo que he considerado, el Problema del Mal no solamente no constituye una dificultad especial, sino que encuentra su solución teórica más satisfactoria e incluso un esbozo de solución práctica.

Un mundo en vías de concentración consciente debería gozar únicamente, piensan ustedes. Todo lo contrario, diré. Un Mundo semejante es justamente el que debe sufrir más justa y más necesariamente. Nada más beatífico que la unión alcanzada, pero nada más laborioso que el camino de la unión. Por tres razones, al menos, es laboriosa una evolución

personalizante: está hecha a base de pluralidad, progresa por diferenciación y conduce a metamorfosis.

A) *La Pena de Pluralidad*

La pluralidad (un resto de pluralidad inseparable a toda unificación en curso) es la fuente más obvia de nuestras penas. Ella es la que, en el exterior, nos expone a los choques y nos hace más sensibles a ellos. Es la que, en el interior, nos hace frágiles y sujetos a mil formas de desórdenes físicos. Todo lo que no está «terminado de organizar» debe sufrir inevitablemente por su inorganización residual y por sus posibles desorganizaciones: así es la condición humana.

No hay que insistir para recordar qué duramente esta ley del plural hace estragos en el Mundo de los cuerpos. Pero es útil para nuestra tesis hacer recordar qué claramente se extiende el dominio físico-moral del Universo personalizado. Miremos a nuestro alrededor. Entre la multitud de seres vivos que se cruzan hay, primero, un gran número de almas hechas para unirse¹⁵—almas que se aportarían la una a la otra el complemento beneficioso que les falta—y que no se conocerán nunca. ¡Qué azares terribles condicionan los encuentros que hacen la dicha de nuestras vidas! ...En el pequeño número de uniones con éxito existe en seguida la dificultad insuperable de mantener el contacto exterior de las vidas. Muy frecuentemente, los que más se aman, apenas reunidos, son separados uno del otro por el mismo azar que les había acercado. En los casos excepcionales, incluso, en los que está asegurada, apaciblemente, la presencia, ¡qué de dificultades y qué de riesgos en los desarrollos del contacto interior: los laberintos en los que uno oye sin poder encontrar, los atolladeros en los que uno tropieza, los caminos que divergen, las almas que, una en la otra, pierden su camino!... Y, en fin, si, por el colmo del éxito, llega uno al corazón del otro, ¿no queda esta última barrera de dos espíritus que, por próximos que estén, no llegan nunca a ser enteramente transparentes uno al otro, porque no son todavía, porque no pueden, antes de la consumación final, estar interiorizados uno en otro? Uniones fracasadas, uniones rotas, uniones inacabadas, ¡qué de desventuras, qué de peripecias y, poniéndonos en el mejor de los casos, qué de oscuridades y de alejamiento aun en las uniones más perfectas!

15 Cf. BAUDELAIRE: *A una mujer que pasa*:

« (...) ignoro adónde huyes, no sabes dónde voy,
¡oh tú, a quien hubiese amado, oh tú, que lo sabías!.. (N. del E)

B) *La Pena de Diferenciación*

Como si no fuera bastante para nosotros el tener que soportar desórdenes y exterioridad ligados a la pluralidad del Mundo, nos enfrentamos con una segunda causa de sufrimiento en el esfuerzo mismo que tenemos que hacer para escapar a este estado múltiple. Aparece aquí una condición profunda de la Evolución, en la que se unen, todavía confusamente para nuestros espíritus, las leyes de la Físico-Química y las de la Físico-Moral: la unificación es un trabajo. En un sentido muy auténtico, como decíamos más arriba, la Pluralidad está equilibrada con la Unidad. Y, sin embargo, esta vuelta al equilibrio es una ascensión laboriosa que no se opera más que superando una verdadera inercia ontológica. De donde, en la Vida, hasta en sus formas más sublimadas, hay una inclinación continua a detenerse o incluso a ir hacia atrás. *La Duración asciende.*

En la excitación de la persecución y la alegría de la conquista, no prestamos casi atención a este carácter fundamental de la acción. Olvidamos la pena para no pensar más que en la alegría de crecer. Y, sin embargo, esta pena no falta jamás. Para unificarse en sí o para unirse a los otros, hay que cambiar, renunciarse, darse: y este desprendimiento es la especie del dolor. ¿No se expresa siempre en el lenguaje vulgar, el resumen más sincero de la experiencia humana, en metáforas de trabajo y de ascensión? Cada progreso en la personalización debe pagarse: tanto de Unión, tanto de sufrimiento. Esta relación de equivalencia rige todas las transformaciones del Espíritu-Materia. Y nada puede permitir escapar a ella.

C) *La Pena de Metamorfosis*

Si la pena de diferenciación, inherente a la unión, nos afecta poco generalmente, es que asociamos a ella, palpablemente, la idea de nuestro progreso. Mucho más amarga es, en apariencia, la idea de sentirse amenazado en lo que se tiene de más íntimo, en el corazón de uno mismo. Se puede decir con verdad que el verdadero dolor ha entrado en el Mundo con el Hombre, cuando, por primera vez, una conciencia reflexiva fue capaz de asistir a su propio empequeñecimiento. El único Mal verdadero es el «mal de la Persona». ¿Cómo se presenta la Muerte en el Universo Personal que hemos esbozado aquí? Yo respondería: «Como una metamorfosis.»

Hay que volver siempre a este punto importante que hemos tocado ya, a propósito de la formación y de la consumación de la Persona: ninguna realidad física puede crecer indefinidamente sin llegar a la fase de un cambio de estado. Durante un período más o menos largo, las cosas varían simplemente, sin dejar de ser parecidas a ellas mismas. Y después, en un momento dado, se hace necesaria una transformación completa de los elementos para que la magnitud acceda a un nuevo dominio en el que la progresión sea posible. La energía de Personalización, en la que hemos creído discernir el resorte esencial de la Evolución, encuentra, aparentemente, este tipo de discontinuidad en el curso de su desarrollo. Llegados a un cierto límite de concentración, los elementos personales se encuentran frente a un umbral que hay que franquear para entrar en la esfera de acción de un centro de orden más elevado. No solamente les hace falta, en este instante, arrancarse a la inercia que tiende a inmovilizarles, sino que ha llegado, para ellos, el momento de abandonarse a una transformación que parece arrebatarles todo lo que habían adquirido ya. *No pueden crecer más sin cambiar.* Y viene entonces la agonía de perderse en la masa monstruosa de la Humanidad que nos espera, o la, mayor todavía, de escapar, por la lenta o rápida disolución del cuerpo, a la totalidad del cuadro experimental en el que hemos nacido.

Los muertos, la Muerte, son y sólo son puntos críticos sembrados en el camino de la Unión. ¿No medimos en esta solución tan sencilla todo el valor de la hipótesis en la que nos hemos situado? En la perspectiva de un Universo Personal, no solamente el Problema del Mal, bajo su forma más aguda, encuentra su respuesta natural, ligada a una estructura optimista del Universo, sino que esta interpretación teórica deja entrever un remedio y una salida a la pena del Mundo.

D) *El decrecimiento del Mal*

Lo malo del Mal no es el dolor, sino el sentimiento de disminuir por el dolor. Tomad un sufrimiento tan grande como queráis: desaparecerá, o incluso se fundirá en una especie de placer, con tal que sea el precio de un éxito proporcionado. El hambre, la sed, las heridas, son insostenibles, en la pasividad y en la inacción. No cuentan, o incluso no existen, en la fiebre del ataque o del descubrimiento. ¿Qué hay que imaginar para que, aun en el caso de

nuestro estado de desorganización presente, la Humanidad encuentre un remedio a la angustia de sus males? Sencillamente, que la conciencia despierte, en ella, un Objeto que nazca de sus sufrimientos. Es esta fe y esta esperanza las que aportan la idea de una personalización del Universo.

Lo sé. El Mundo es tan vasto, y su consumación no se entrevé más que a través de tantos cambios, que puede parecer irrisorio un consuelo buscado tan lejos. Pero ¡qué de cosas preciosas dejamos escapar por timidez o por pereza, sencillamente porque pensamos haber encontrado una buena razón para no *intentar!* En lugar de demostrarnos, sin dejar la orilla, que el océano no podría sostenernos, aventurémonos en sus aguas para ver. Nos parece imposible que una vida humana pueda encontrar su gozo en perderse conscientemente en el Ser universal. Atrevámonos a hacer este gesto. Busquemos nuestra satisfacción esencial en el pensamiento de que servimos y de que salvamos, con nuestras luchas, un Universo personal. Si verdaderamente, como han intentado sugerir estas páginas, existiera un centro natural de las cosas, este Centro reaccionará. No lo veremos con mayor claridad de la que permita la edad del Mundo. Pero porque nos hemos vuelto hacia él, su realidad se hará sentir por la luz y el calor que descenderán sobre nosotros.

Es de esta iluminación progresiva, tanto como de una organización mejor de la vida material y de la sociedad, de la que podemos esperar una atenuación gradual del Mal en la Tierra. Esperando que se evaporen en una atmósfera más alta, las sombrías nubes que nos rodean pueden transfigurarse. El dolor es virtualmente vencido por el Sentido Cósmico. A despecho de tantas apariencias contrarias, el Mundo, si comprendiera el misterio de la Personalidad que se desarrolla en él, podría elevarse en la alegría desde ahora, como anunciaba la teoría de la unión.

VII. CONCLUSIÓN. LA RELIGIÓN DE LO PERSONAL

Una solución aproximada del Problema del Mal era la última prueba a la que podíamos someter el valor de la hipótesis expuesta en el curso de este Ensayo. Me parece poder concluir ahora que la hipótesis es correcta y que satisface a la condición que poníamos, al empezar, para que una perspectiva del Mundo fuera verdadera: hacer el Universo totalmente coherente con relación a sí mismo.

En verdad, no pienso que haya ni mejor, ni siquiera otro centro natural de coherencia total de las cosas que la persona humana. A partir de esta malla compleja, en la que el alma se liga a la carne, el Cosmos se devana hacia atrás y se teje hacia adelante siguiendo una ley simple, satisfactoria, a la vez, para la inteligencia y para la acción. Se desvanecen las falsas oposiciones entre espíritu y materia, universalidad y personalidad, fuerzas morales y potencias físicas. Bajo la tensión de personalización que les presiona, los elementos van en una dirección infalible, aunque a través de los tanteos y azares que nuestra ciencia registra. Sufren y mueren, pero sin que estas metamorfosis les priven de lo que no tendrían ninguna razón ni ningún placer en adquirir si les fuese arrebatado su «yo». En el movimiento de convergencia que hace solidarias a todas las cosas, lo uno deja de oponerse a lo múltiple, y se dibuja un Monismo que respeta, a la vez, las miserias y las riquezas experimentales de la pluralidad.

Y para justificar una perspectiva tan naturalmente armoniosa no hemos recurrido a ninguna filosofía. Ni explícita ni implícitamente se ha introducido en nuestros desarrollos la noción de mejor absoluto, o la de causalidad, o la de finalidad. Una ley de recurrencia experimental, una regla de sucesión en el tiempo, esto es todo lo que presentamos a la sabiduría positivista de nuestro siglo.

No una Metafísica, repitémoslo, sino una Ultrafísica. Y, sin embargo también, esto es lo que me queda por decir, una Mística y una Religión.

Hasta aquí no hemos escrito esta palabra. Pero los que me hayan seguido en el curso de estas páginas no habrán dejado, desde hace mucho tiempo, de pronunciarla. Como cualquier otra forma de adhesión a una esperanza cósmica, la doctrina del Universo Personal tiene, precisamente; los caracteres de Universalidad y de fe, que son, en el gran sentido de la palabra, la definición de la Religión. Pero, además, la Religión que introduce se presenta con dos caracteres asociados que parecían tener que oponerse siempre, para su mutuo detrimento, en las construcciones religiosas: personalismo y panteísmo.

¿Es *prácticamente* posible una actitud semejante?

Sí, diría yo. Y la prueba es que se encuentra ya virtualmente realizada y vivida en el Cristianismo.

Se me crea o no, las concepciones contenidas en el presente Ensayo, aunque influenciadas (es evidente) por el Evangelio, no han nacido, en mi espíritu, de la parte específicamente cristiana de mí mismo. Han aparecido más bien en antagonismo con ellas, y son tan independientes que me encontraría particularmente molesto en mi fe si alguna oposición viniera a dibujarse entre ellas y el dogma cristiano. Pero, de hecho (al precio, lo confieso, de alguna lucha), es lo contrario lo que se ha producido siempre hasta aquí. Lejos de contrariar mis tendencias panteístas profundas, el Cristianismo, bien comprendido, no ha dejado nunca, *precisamente* porque *salva lo personal*, de guiarlas, de precisarlas y, sobre todo, de confirmarlas, aportando un objeto preciso y un principio de verificación experimental.

Me explico.

El Cristianismo es, por excelencia, la Religión de la persona. Religión de la persona lo es, incluso hasta un grado tan alto que corre el riesgo, en la hora actual, de perder su influencia sobre el alma moderna por la especie de incapacidad que muestra para comprender las uniones orgánicas que forman lo Universal. Para el noventa por ciento de los que lo ven desde fuera, el Dios cristiano aparece como un gran propietario administrando sus tierras: el Mundo. Pero esta figura convencional, justificada por las apariencias, no responde en nada al fondo del dogma ni de la actitud evangélicas. Y he aquí por qué. La esencia del Cristianismo no es; ni más ni menos, que la creencia en la unificación del Mundo en Dios por la Encarnación. Todo lo demás no son más que explicaciones o representaciones secundarias. Aceptado esto, mientras que la sociedad humana no hubo franqueado el estado familia, «neolítico» de su desarrollo (es decir, hasta la aurora de la fase científico-industrial moderna), está claro que la Encarnación no podía encontrar, para expresarse, más que símbolos de naturaleza jurídica. Pero desde el descubrimiento contemporáneo de las grandes unidades y de las vastas energías cósmicas, comienza a dibujarse, para las palabras antiguas, una significación nueva, más satisfactoria. Para ser alfa y omega, Cristo debe, sin perder su precisión humana, hacerse co-extensivo a las inmensidades físicas de la Duración y del Espacio. Para reinar en la Tierra debe sobreenimar el Mundo. En El, desde siempre, según toda la lógica del Cristianismo, lo Personal se expande (o, más bien, se centra) hasta hacerse Universal. ¿No es éste, precisamente, el Dios que esperamos?

No llegaría a decir que este renacimiento religioso sea todavía consciente de sí mismo. En todos los dominios, es precisamente en el momento de romperse cuando los viejos marcos resisten más. Pero la experiencia que tengo del Cristianismo me permite afirmar esto: cualesquiera que sean las fórmulas que se mantienen todavía, la transformación de que hablo está ya hecha en las partes más vivas del organismo cristiano. Bajo un pesimismo, un individualismo o un juridicismo de superficie, el Cristo-Rey de hoy *es ya adorado por sus fieles como el Dios del Progreso y de la Evolución*.

Más arriba, cuando analizaba las condiciones a las que debía satisfacer un Centro del Universo, cuando hablaba de un amor más fuerte que la atracción sexual, de un amor que abrazaría toda la Tierra, de un amor que encontraría el corazón del Universo, podía parecer que especulaba sobre una utopía. No hacía otra cosa, en realidad, que desarrollar las potencialidades contenidas en la realidad del acto cristiano. En la simplicidad concreta de su adoración, el «fiel», percibe y ejecuta todo lo que yo daba la impresión de soñar.

Es por el signo de esta coincidencia por el que, con la porción más crítica y más positivista de mi ser, comienzo a pensar que el Fenómeno cristiano podría ser lo que pretende representar—y lo que requiere, por lo demás, como prueba final de su verdad, toda teoría de un Universo Personal: la reflexión de la Conciencia Suprema sobre las conciencias elementales que reúne—, una Revelación *.

* *Inédito*. Pekin, 4 de mayo de 1936.

EL FENOMENO ESPIRITUAL

INTRODUCCIÓN

Los cuerpos presentan, a nuestro alrededor, propiedades diversas: son calientes, coloreados, electrizados, pensantes... Pero también son, en algunos casos vivos, conscientes. Al lado de los fenómenos térmicos, luminosos y otros, estudiados por la Física, existe, tan real y *natural* como ellos, el *Fenómeno espiritual*.

El Fenómeno-Espíritu ha llamado, justamente, la atención humana más que ningún otro. Coincidimos con él. Lo experimentamos por dentro. Es el hilo mismo con el que están tejidos, para nosotros, los demás fenómenos. Y, sin embargo, no llegamos a un acuerdo sobre la naturaleza de este elemento fundamental (que es el que conocemos mejor en el mundo, porque nosotros mismos lo somos, y él lo es todo para nosotros).

Para algunos, herederos de la casi unanimidad de los espiritualismos antiguos, el Espíritu es algo tan especial y tan elevado que no podría ser confundido con las energías terrestres y materiales que él anima. Incomprensiblemente asociado a estas últimas, las impregna, sin mezclarse con ellas. Hay un mundo de las almas y un mundo de los cuerpos. El Espíritu es un «metafenómeno».

Para otros, por el contrario, representantes más o menos tardíos del pensamiento del siglo último, el Espíritu parece algo tan pequeño y tan pálido que se convierte en accidental y secundario. Frente a las inmensas energías materiales, a las que no añade nada de ponderable ni de mensurable el «hecho conciencia» puede ser considerado como despreciable: es un «epifenómeno».

Me propongo en estas páginas desarrollar una tercera perspectiva, hacia la que parecen converger, en nuestros días, una Física y una Filosofía nuevas, a saber, que el Espíritu no es un sobrepuesto ni un accesorio en el Cosmos, sino que representa, sencillamente, el estado superior que toma en nosotros, y a nuestro alrededor, la cosa primera, indefinible, a la que

podríamos llamar, a falta de algo mejor, «la materia del Universo». Nada más, pero también nada menos. El Espíritu no es una meta ni un epifenómeno: es el Fenómeno.

Para establecer el valor de esta perspectiva nueva y cargada de consecuencias morales, mi única dialéctica será aquella y sólo aquella empleada universalmente por la Ciencia moderna. Quiero decir la de la «coherencia». En un Mundo cuya única preocupación parece ser la de organizarse con respecto a sí mismo, lo más *verdadero*, por definición, es lo que armoniza mejor, con relación a nosotros mismos, «un conjunto más amplio». Si llego, pues, a mostrar que, desde el punto de vista aquí elegido, el Universo se armoniza mejor para nuestra experiencia, nuestro pensamiento y nuestra acción que desde los otros dos puntos de vista contrarios, habré establecido, tanto como pueda serlo, la verdad de mi tesis.

Intentémoslo.

I. ESPIRITUALIZACIÓN

Si queremos apreciar en su justo valor el fenómeno espiritual, es preciso que nos familiaricemos, primero, con la perspectiva de su amplitud real. En un principio, la porción consciente del Mundo se presenta a nosotros bajo forma de parcelas discontinuas, mínimas, efímeras: un polvo brillante de individualidades; un vuelo de estrellas fugaces. Volveremos, en el segundo capítulo de este Ensayo, con una mirada más avisada, sobre el sentido y el valor propios de cada una de estas chispas. Conviene, por el momento, que nos alejemos lo más posible de su singularidad, que distrae y minimiza. ¿Cuáles son *tomada en su conjunto* las dimensiones de la magnitud que llamamos «espíritu»? Voy a demostrar que son las mismas que las del Universo, con que sepamos mirarlas.

A) *El Presente del Espíritu*

Una primera educación para nuestra vida, si queremos discernir el fenómeno-espíritu en su totalidad, consiste en hacerla sensible a la percepción de las realidades colectivas. Porque nosotros mismos somos individuos, la Vida a nuestro alrededor nos afecta principalmente a escala individual. Atomos nosotros mismos, no vemos, al principio, más que otros átomos. Pero no hace falta reflexionar mucho para descubrir que los cuerpos animados no están tan separados entre ellos como parece. Están todos emparentados por nacimiento, no sólo en virtud del mecanismo de la generación, sino que, a consecuencia mismo de su desarrollo, una red de conexiones vivas (psicológicas, económicas, sociales, etc.) no deja en ningún momento de religarlos en una misma membrana, tanto más complicada y tenaz cuanto más evolucionados son. Como gotas de agua diseminadas en la arena, pero que, sin embargo, están sometidas a una misma presión, la de la capa a la que pertenecen; como cargas eléctricas distribuidas en un mismo conductor y a las que presiona un mismo potencial, así los seres conscientes no son, en verdad, más que las diversas manifestaciones puntuales de una magnitud que los engloba a todos. En la medida en que es experimental, el fenómeno espiritual no es una magnitud dividida; traduce una manera de ser general, un estado de conjunto particular a nuestro Mundo. Dicho de otra manera, no hay, científicamente hablando, espíritus en la Naturaleza; hay un espíritu, definido físicamente por una cierta tensión de conciencia, en la superficie de la Tierra. A esta envoltura animada de nuestro planeta se le puede dar el nombre de Biosfera, o con una mayor precisión (si no se considera más que la franja pensante de esta última), el de Noosfera.

B) *El Pasado del Espíritu*

Hagamos ahora un esfuerzo más para superar lo individual y, después de haber medido la extensión espacial del Fenómeno espiritual en el Presente, intentemos apreciar su profundidad en el Pasado. Aquí, gracias a los esfuerzos modernos de la Historia, el restablecimiento de las perspectivas es particularmente fácil. Algunos espíritus pueden dudar todavía ante la noción de Biosfera. Nadie puede dudar ya de que, en la medida en que ésta existe, su superficie entera no se sumerja en el abismo de los siglos pasados. Lo Espiritual no es un accidente reciente, sobreimpuesto brutal o fortuitamente en el edificio del Mundo, a nuestro alrededor; es un fenómeno profundo y enraizado, cuyas huellas podemos seguir, con certeza, hasta perderse de vista en la lejanía, en el surco del movimiento que nos transporta. Por mucho que retrocedamos en el tiempo desde que reconocemos una superficie en la Tierra, esta superficie está habitada, como si ningún astro pudiera llegar a un cierto grado de evolución sideral sin abrirse a la Vida. Pero esto no es todo. Esta Conciencia que llena, a nuestros ojos, las avenidas del Pasado, no corre, sencillamente, como un río que transporta, entre orillas diversas, un agua siempre parecida. Se transforma en el camino, evoluciona: hay un movimiento *propio* de la Vida. Si seguimos ésta a contrapelo del Tiempo, la vemos atenuar la complicación orgánica de sus formas y el campo de su espontaneidad. Los sistemas nerviosos se hacen cada vez más rudimentarios. Y, a juzgar por los supervivientes actuales de estos estadios antiguos, el mundo animado se pierde en lo más bajo, en un hormiguero de partículas vivas, apenas emergidas de las fuerzas moleculares. Inversamente, los edificios celulares se construyen en el sentido de la flecha del tiempo; y paralelamente a una creciente complejidad, la conciencia aumenta sus poderes de clarividencia interna y de interligazones, hasta que, al nivel del Hombre, aparece la conciencia refleja.

L'Esprit et la Terre

Introduction

Le sage qui vivait au siècle immédiatement avant à savoir aucun orthodoxe ni scolastique ni religieux elle cherchait seulement à exprimer en tout simplicité, un peu peut-être de l'homme.

De nos jours l'esprit et l'organe, l'esprit et le monde les anxieux au contact du réel, trouvent un voile et relation circonstancielle s'étend sur le système de la Vie - et l'esprit et l'organe, perdus dans la réflexion et l'idéal, un engagement ou un jeu métaphysique, un mélange de son comment à poser, un autre monde et leur conquête devant nos esprits, la

question fondamentale de l'homme nous lève le voile ou il est cas, le l'homme répond et agit et sur le Problème, - au point et en son cas le cas et ce qui ^{devenant} ~~est~~ les propres expériences

Appuyé sur tout ce que nous avons dit, de- puis cinquante ans à Religion et la science, j'ai cherché à élargir l'air ou les autres de travailler pour trouver la voie de classe elle-même et voir ce que l'on en a pu servir, - tout au cas de l'homme.

Autógrafo del P. Teilhard de Chardin

C) *El Nacimiento del Espíritu*

De ahí la evidencia de que, desde un punto de vista puramente científico y experimental, el verdadero nombre de «espíritu» es «espiritualización». Tomada íntegramente, en su totalidad temporal y espacial, la Vida representa el término de una *transformación* de gran amplitud, en el curso de la cual lo que llamamos «Materia» (en el sentido más comprensivo de la palabra) se invierte, se repliega sobre sí mismo, se *interioriza*, abarcando la operación, en lo que nos concierne, la historia entera de la Tierra. El fenómeno espiritual no es, pues, una especie de breve relámpago en la noche: revela un paso gradual y sistemático de lo inconsciente a lo consciente, y de lo consciente a lo autoconsciente. Es *un cambio de estado cósmico*.

Así se explican, sin contradicción, las ligazones, al mismo tiempo que las oposiciones, entre Espíritu y Materia. En un sentido, uno y otra son, fundamentalmente, una misma cosa ¹, como pretenden los neomaterialistas; pero entre los dos se produce un giro que los hace, de alguna manera, opuestos, según querían los antiguos espiritualistas. Toda antinomia entre almas y cuerpos desaparece, en la hipótesis de un movimiento llegado a su «punto crítico». Y el horizonte de las nuevas perspectivas se encuentra libre de dificultades.

1 «Desde un punto de vista puramente científico y experimental», como se ha dicho en el párrafo precedente. (*N. del E*)

D) *El Porvenir del Espíritu*

Haber reconocido que el fenómeno espiritual es un *cambio de estado* simplifica mucho nuestra visión sobre el Universo. Pero este descubrimiento tiene otra ventaja: ilumina hacia adelante la marcha del Mundo a nuestro alrededor. La mayor parte de cambios de estado que estudia la Física afectan a proporciones limitadas y particulares de la Materia, sometidas a energías localizadas: el hielo que se funde, un cuerpo que se volatiliza. En el caso del repliegue «*siu genesis*» del que nace la conciencia, el fenómeno se produce en condiciones muy diferentes. Por una parte, el elemento primordial que hemos llamado «la Trama del Universo» se encuentra modificado por la vitalización, en lo que tiene, precisamente, de más universal: no solamente en una de sus propiedades secundarias (ligadas a un grado particular de complicación molecular o atómica), sino en su disposición más fundamental, que es ser o no ser interiorizada. Dicho de otra manera, la Materia sufre la animación, no en tanto que representando tal forma o tal otra especializada de la Materia, sino, simplemente, en tanto que Materia: se encuentra, pues, en virtud de su unidad, profunda, afectada completamente por la metamorfosis. Por otra parte, justamente porque esta metamorfosis se extiende, de derecho, a toda la extensión imaginable de lo Real, ninguna causa exterior parece asignable experimentalmente a la transformación en curso... Nos encontramos en presencia de una especie de proceso autónomo: interno, espontáneo, comparable, únicamente, por la universalidad, a la misteriosa disipación de energía reconocida en el Cosmos por la Física moderna. En una primera aproximación, por observación directa, podemos anotar ya que el fenómeno espiritual es coextensivo a la evolución misma de la Tierra. Nos falta ahora ampliar sin límites estas fronteras, que parecen ya tan grandes. Ante nuestros ojos, en nosotros, no es solamente la Tierra, es el Universo el que se concentra en Pensamiento, exactamente como en el otro extremo, simétricamente, se disgrega en energía amorfa. El fenómeno espiritual es, pues, uno de los dos movimientos cósmicos más fundamentales que podemos alcanzar experimentalmente. Y puesto que, probablemente, estos dos movimientos contrarios (a saber, la vitalización y la

disipación de la energía) no son más que los polos opuestos de un mismo acontecimiento cósmico en el cual el término positivo o sintético es el más significativo, finalmente, el movimiento cósmico por excelencia aquel del cual todo está suspendido y que nada explica; es, como señala nuestra tesis *el Fenómeno*.

Pero esta cualidad le asegura inmediatamente tres propiedades, que son las que darán validez a este ensayo: es irresistible (es decir, infalible), es irreversible, es totalizador.

Irresistible, primero. Ninguna fuerza humana puede impedir a una barra de hierro calentada que se dilate. Ninguna acción conocida parece capaz de detener a una sustancia radiactiva en trance de descomposición. ¿Qué poder impedirá la marcha de la misma actividad del Mundo? Si verdaderamente el Mundo, en su conjunto, está en tensión hacia la Conciencia, nada podría oponerse al crecimiento del Espíritu. Ni choques ni violencia. Sino la tranquila e ineludible ascensión de un fluido a alta presión, que, superando todos los obstáculos y aprovechando todos los puntos débiles, se filtra por todos los poros de la materia, indefectiblemente.

Irreversible, después. y como resultado de lo anterior. Si, en efecto, por una parte, el empuje espiritual es irresistible, es signo de que debe alcanzar victoriosamente su término natural. Pero si, por otra parte, este término se descubre hacia adelante, como en el Infinito, es prueba de que puede llegar a propagarse interminablemente. Esta parece ser la situación. En todas las magnitudes catalogadas de la Física conocemos o suponemos un máximo que no pueden alcanzar sin desarrollar ciertos antagonismos en los que se anulan a sí mismas: una inercia creciente de los cuerpos, engendrada por su mismo desplazamiento, puede parales, en un momento dado, en el incremento de su velocidad... Nada semejante parece existir en el caso de la conciencia, salvo, quizá, la imperfección de organismos transitorios, abandonados rápidamente, como aquellos cuyos restos siembran los caminos de la Historia. *Teóricamente*, el fenómeno espiritual desarrolla una magnitud que concebimos como indefinidamente perfectible y, en consecuencia, jamás saturada por sí misma. *Funcionalmente* se mantiene por su mismo crecimiento, no existiendo, en un momento dado, cada grado de conciencia más que como una introducción a una conciencia más alta; de tal suerte que no vemos cómo podría pararse su marcha de una manera mecánica. Psicológicamente, en fin, se nutre del sentimiento mismo de su porvenir sin límites, pues el ser reflejo dejaría automáticamente de actuar si entreviera la simple posibilidad de un límite infranqueable en su ascensión. Todo esto junto quiere decir que el fenómeno espiritual se presenta y se considera, *de derecho*, como irreversible. Es irreversible *de hecho*, puesto que su marcha, ya lo hemos dicho, es irresistible. Y de hecho, *históricamente*, la conciencia no ha dejado nunca de extenderse sobre la Tierra. Esta simple constatación bastaría para indicarnos que el Universo es completamente *libre hacia delante* para los crecimientos del Espíritu.

Totalizador, en fin. Y esto en virtud, incluso, de la noción de cambio de estado. El agua se transforma en el vapor que exhala. Así, toda evolución física que concibamos, por alta que sea, debe preservar, sublimándolo, algo dado que ha recibido de abajo. Calidad y cantidad están ligadas, estructuralmente, en la Naturaleza. Si el fenómeno espiritual expresa, verdaderamente, como hemos admitido, una transformación cósmica, para ser homogéneo con el resto de nuestra experiencia debe obedecer a una ley definida de conservación y de transmisión. En el curso de la espiritualización del Universo ha sido comprometida una cierta masa de ser «bruto» (o «exteriorizado»), que debe encontrarse interiorizada en el límite de la operación a fin de que ésta sea un éxito (como debe serlo *indefectiblemente*). Tanto de Materia, tanto de Espíritu.

Considerado en sus dimensiones más generales y en su porvenir más lejano, el fenómeno espiritual representa, pues, finalmente, la aparición segura y definitiva de un

«*quantum*» cósmico de conciencia; es decir, en suma (puesto que los dos términos son idénticos), de un «*quantum*» de personalidad.

Y henos aquí conducidos, por esta última palabra, a la consideración de los centros individuales, de los que nos habíamos separado momentáneamente para alcanzar más amplias perspectivas.

II. PERSONALIZACIÓN

Para definir la naturaleza del cambio de estado cósmico en que consiste el fenómeno espiritual, nos hemos servido del término «interiorización». Pero habríamos podido decir también «concentración», puesto que el replegamiento del que nace la conciencia no podría establecerse más que alrededor de un foco de perspectiva y de acción.

Si intentamos, pues, imaginar la condición final hacia la que la transformación espiritual en curso dirige, aparentemente, el Mundo, nos vemos conducidos a explicarla bajo forma de un *monocentrismo*: el Todo que llega a reflejarse sobre sí mismo en una conciencia única. ¿Cómo es, entonces, que, inversamente a estas previsiones, el Universo se presenta actualmente a nosotros como típicamente particular; es decir, «policentrado»? ¿De dónde viene la partición en conciencias fragmentarias de una realidad que, observada desde lo alto, nos había parecido tan poderosamente homogénea en su totalidad? ¿Por qué la miriada, en lugar de la mónada que esperábamos? ¿Qué significan, en la Naturaleza, el átomo, la molécula, el individuo, el elemento personal? Explicar en Ciencia, decíamos más arriba, es hacer entrar los hechos en una interpretación general coherente. Se ha recurrido, para interpretar el pluralismo del Mundo de nuestro alrededor, a la idea de accidentes iniciales que habrían roto la unidad primitiva de las cosas. Desde el punto de vista estrictamente «fenoménico», en el que nos situamos en este ensayo, hay otra hipótesis que nos parece más sencilla, más verosímil, más fecunda, que esta pulverización de origen secundario. Todo sucede en el Mundo—diremos—como si el Centro único de conciencia alrededor del cual se repliega el Universo no pudiera constituirse más que gradualmente, por aproximaciones sucesivas, siguiendo una serie de esferas concéntricas decrecientes, engendrándose progresivamente una en la otra: estando cada esfera formada por centros elementales, tanto más cargados de conciencia cuanto más pequeño es su radio. En virtud de este mecanismo, cada esfera nuevamente aparecida se carga, progresivamente, con la conciencia elaborada en las esferas precedentes, la lleva a un grado más en cada uno de los centros elementales que la componen y la transmite un poco más lejos, en la dirección del foco de convergencia total. Cada elemento de conciencia en el Mundo se encuentra definido, por tanto, a la vez, por la esfera a la que pertenece, por su posición en esta esfera y por el movimiento que la arrastra hacia la esfera siguiente. Y el centro final de todo el sistema se presenta, en el límite, al mismo tiempo como la última de las esferas y como el centro de todos los centros repartidos en esta última esfera. En esta perspectiva, la estructura atómica del Mundo no expresa otra cosa que una ley de construcción inherente al fenómeno espiritual: es esencial y original. Aceptemos la hipótesis y, después de haber visto de qué da cuenta en el presente, preguntémosnos lo que deja prever para el porvenir.

1.⁰ Lo que la hipótesis explica es, primero, la distribución y la posición relativa de las diversas formas de conciencia (o de inconsciencia) alrededor nuestro, en el Mundo.

Abajo, formando un grupo aparte, he aquí; en primer lugar, las esferas múltiples llamadas «de la Materia». La Materia es, habitualmente, considerada como inanimada. Este es el origen de todas nuestras dificultades para comprenderla. Descubrimos ahora que puede corresponder, simplemente (en la medida en que existe), a un estado tan distendido y tan pulverizado de conciencia, que sus elementos no nos son alcanzados más que por sus

propiedades estadísticas; es decir, bajo forma de leyes rígidas, completamente «desanimadas». Los determinismos materiales cesan, en esta perspectiva, de formar la osamenta del Mundo: no son más, en el Cosmos, que un efecto secundario emanando de la muchedumbre de las esferas elementales. Son ellas el verdadero «epi-fenómeno».

En un grupo superior de esferas, las partículas se separan, más o menos claramente, de la masa. El individuo emerge de los grandes números y aparece la conciencia. Pero durante mucho tiempo no son más que unidades laxas todavía, en las que el alma no parece fijarse y reconocerse ella misma más que de una manera confusa sobre la increíble complejidad de los mecanismos que son la condición evolutiva de la Vida. Así se presentan a nuestra experiencia las Plantas y los Animales.

Por fin, en una última fase nace el Pensamiento: tan sinuoso y tan largamente preparado que nada tiembla a su aparición en la Naturaleza, pero tan denso que todo se pliega y se ilumina bajo su influencia. Porque en la cadena de las formas zoológicas, ninguna rotura aparente nos separa de los demás animales; los naturalistas han subestimado mucho tiempo la importancia biológica del Hombre. Han creado para él... un género. En realidad, el Hombre marca, nada menos, el origen de una nueva era en la historia de la Tierra. En él, por primera vez en el dominio accesible a nuestra experiencia, el Universo se ha hecho, por reflexión, consciente de sí mismo, *personalizado*. Hay más distancia, de hecho, entre el Pensamiento y la Vida simplemente orgánica que entre ésta y la Materia llamada inanimada. El Fenómeno espiritual ha entrado en una fase suprema y decisiva al hacerse fenómeno humano.

2.^o Y ahora se plantea el problema anterior: situados en lo que nuestra hipótesis define como la última formada de las esferas conscientes, ¿qué podemos esperar nosotros, seres humanos, de los desarrollos ulteriores del fenómeno espiritual? ¿Adónde somos conducidos, individualmente, por el cambio de estado que transforma al Mundo en Espíritu? ¿Qué hay hacia adelante y qué va a suceder con nosotros? Lógicamente, la respuesta a esta pregunta es sencilla. Si la concentración del Universo en una conciencia única obedece, verdaderamente, a la ley de recurrencia que hemos imaginado, existen, en el Porvenir, otras esferas, y en todo caso, un Centro supremo en el que toda la energía personal, representada por la Conciencia Humana, debe ser recogida y supra-personalizada. Vamos hacia un estado superior de conciencia general, ligada a una síntesis ulterior de nuestras conciencias particulares. Pero se presenta aquí una dificultad que parece insuperable. En el Hombre, en virtud de la reflexión, se ha individualizado definitivamente una parcela de la conciencia cósmica. Pero ¿cómo concebir que esta parcela, una vez formada, pueda unirse ulteriormente a otras parecidas en la edificación de una super-conciencia? Para llegar a ser super-conciencia debe unirse a otras, decíamos. Pero justamente, para darse, ¿no debe descentrarse; es decir, hacerse menos consciente de ella misma? Parece que haya ahí una contradicción. Para ir más lejos, el Espíritu del Mundo, convertido en materia personal, debería fusionarse más allá. Pero, precisamente por estar compuesto de personas, parece haber perdido la facultad de totalizarse. ¿Será que al llegar al estadio personal, *bajo una forma plural todavía*, la conciencia se ha cerrado, automáticamente, el camino hacia una síntesis superior y se encuentra condenada a quedar, indefinidamente, fragmentada? El Fenómeno espiritual, por su mismo progreso, ¿se encontraría, por casualidad, inmovilizado antes de haber podido alcanzar el término natural de su desarrollo?..

La solución de la paradoja está en buscar una distinción entre dos clases de Uniones, directamente opuestas la una a la otra: la unión de disolución y la unión de diferenciación. Cuando creemos ver que las «personas» no pueden totalizarse (porque su totalización desvanecería, justamente, las personalidades que se trataría de «sumar»), pensamos, instintivamente, en los ríos precipitándose en el mar; en la sal que se disuelve en el Océano;

en la Materia que se degrada en energía cósmica. Pero estos ejemplos no son más que analogías engañosas, sacadas de casos en los que el medio unitivo está extendido indefinidamente: unión «centrífuga» por distensión o disolución común en una homogénea imagen de lo inconsciente. De hecho, en el caso del Espíritu, en virtud del desplazamiento «centrípeto» de las esferas de conciencia (tal como lo hemos admitido), el fenómeno tiende hacia un resultado completamente inverso. En este Universo convergente se unen todos los centros inferiores, pero por comprensión en un centro más fuerte. Todos, pues, se conservan y se perfeccionan juntándose. La unión de concentración (la única unión verdadera) no destruye, sino que acentúa los elementos que engloba. Las unidades reflejas humanas pueden, pues, encontrarse sometidas a su operación, sin ser destruidas ni falseadas. Contrariamente a las apariencias, las personas pueden todavía servir de elementos para una síntesis ulterior, *porque su unión acaba, precisamente, por diferenciarlas*.

La unión en lo Personal diferencia. Se derivan de esta proposición tres series de corolarios importantes, que van a terminar de fijar, para nosotros, el aspecto del Fenómeno espiritual.

a) Primeramente, en lo que concierne a nuestros destinos individuales, vemos justificarse ante nosotros la esperanza de inmortalidad personal que parece ser el correctivo natural *necesario* para los seres pensantes, de una muerte *que han llegado a ser capaces de prever*. Por una parte, la espiritualización irresistible e infalible del Mundo no llegaría a ser posible si la partícula consciente que representa cada uno de nosotros no pasara en el término irreversible, totalizador, de la transformación; y, por otra parte, ese paso de lo que es nosotros a lo que es el otro, lejos de amenazar nuestro «yo», tiene, precisamente, por objeto consolidarle. La muerte, en la que parece que desaparecemos, se descubre así como representante de una simple fase de crecimiento: marca nuestro acceso a una esfera suprahumana de auto-conciencia, de personalidad.

b) En segundo lugar, en lo que concierne a la naturaleza final del Espíritu, en la que converge toda la espiritualidad, es decir, toda la personalidad del Mundo, percibimos que su sencillez suprema está hecha de una prodigiosa complejidad. En este Espíritu, por una parte, llevados a su máximo de diferenciación individual por su máximo de unión al Todo, todos los elementos en los que la conciencia personal ha aparecido dividida en el origen (es decir, en el momento de la hominización) se prolongan sin confundirse. Y, por otra parte, en él, esencialmente requerido para unificar, sin confundirles, estos centros *inmiscibles*, un Centro distinto y autónomo se descubre como necesario, que irradia, siendo él mismo personal, sobre la miríada de las personalidades inferiores: Suma de todo el Pasado y Foco último del Porvenir.

c) En tercer lugar, en lo que concierne a la dirección de nuestra actividad presente, observamos que, para perfeccionamos nosotros mismos, debemos pasar a algo mayor que nosotros. La supervivencia, tanto como la super-vida, nos espera en la dirección de una conciencia y de un amor crecientes del Universo. Con relación a este polo que hay que alcanzar (al mismo tiempo que hay que realizar), debe organizarse toda nuestra acción; es decir, definirse nuestra moralidad.

III. MORALIZACIÓN

Para el espiritualista «antiguo modelo», que mira el Espíritu como un meta-fenómeno, tanto como para el materialista moderno, que no quiere reconocer en él más que un epifenómeno, el mundo de las relaciones morales forma un compartimento aparte en la Naturaleza. A títulos diferentes, tanto para unos como para otros, las potencias y las ligazones de orden moral son menos físicamente reales que las energías de la Materia. Para

nosotros, que vemos en el desarrollo de la conciencia el fenómeno esencial de la Naturaleza, las cosas se presentan bajo una luz completamente diferente. Si, verdaderamente, como hemos admitido, el Mundo culmina en una realidad pensante, la organización de las energías personales humanas representa, sobre la Tierra, el estadio supremo de la evolución cósmica. Y, en consecuencia, la Moral es, nada menos, que el término superior de la Mecánica y de la Biología. El Mundo se construye, finalmente, por potencias morales; y la Moral, recíprocamente, tiene por función construir el Mundo: una apreciación nueva que conduce a un programa renovado de la Moralidad.

A) *Moral de equilibrio y Moral de movimiento*

La moral ha nacido ampliamente como una defensa empírica del individuo y de la sociedad. Desde que los seres inteligentes han empezado a encontrarse en contacto y, en consecuencia, en fricción, han sentido la necesidad de guardarse contra sus mutuas usurpaciones. Y desde que se ha encontrado, con el uso, una organización que garantizase casi a cada uno lo que le era debido, este mismo sistema ha experimentado la necesidad de garantizarse contra cambios que vendrían a remover de nuevo las soluciones admitidas y a quebrantar el orden social establecido. La Moral ha sido comprendida principalmente hasta aquí como un sistema fijo de derechos y de deberes, intentando establecer entre individuos un equilibrio estático y preocupado por mantener éste por una *limitación* de las energías; es decir, de la Fuerza.

Esta concepción reposaba, en último análisis, en la idea de que cada ser humano representaba en el Mundo una especie de término absoluto, cuya existencia se trataba de proteger contra toda invasión exterior. Esta concepción se transforma de arriba abajo si se reconoce, como acabamos de hacerlo, que el Hombre sobre la Tierra no es más que un elemento destinado a perfeccionarse cósmicamente en una conciencia superior en formación. Entonces, el problema planteado a la Moral no es el de conservar y proteger al individuo, sino guiarlo de tal manera en la dirección de sus perfeccionamientos esperados, que la «cantidad de Personal», todavía difusa en la Humanidad, se desprenda con plenitud y seguridad. El moralista era, hasta aquí, un jurista o un equilibrista. Se convierte en el técnico y el ingeniero de las energías espirituales del Mundo. La Moral más elevada será, en adelante, la que sepa desarrollar mejor, hasta sus límites superiores, el Fenómeno natural No proteger, sino desarrollar las riquezas individuales de la Tierra, despertándolas y haciéndolas converger.

Esbozemos, en algunos rasgos, la fisonomía de esta moral de movimiento. Tres principios, por construcción, definen en ella el valor de los actos humanos:

a) No es, finalmente, bueno *más que* lo que contribuye al crecimiento del Espíritu en la Tierra.

b) Es bueno (al menos, fundamental y parcialmente) *todo lo que* procure un crecimiento espiritual de la Tierra.

c) Es, finalmente, *lo mejor* aquello que asegure su más alto desarrollo a las potencias espirituales de la Tierra.

Está claro que estas tres reglas modifican o completan de una manera importante la idea que nos hacemos del bien y de la perfección.

En virtud de la primera regla, parecían permitidas muchas cosas en la moral de equilibrio que están prohibidas por la Moral de movimiento. Con tal que no quitara a otro ni su mujer ni sus bienes, el Hombre podía creerse autorizado a utilizar como buenamente le parecía, o a dejar dormir la parte de Vida que le pertenecía. Ahora vemos que ninguna promesa ni ningún uso son legítimos si no tienden a *hacer servir* la potencia que detentan.

La moral del dinero estaba dominada por la idea de cambio y justicia: a tanto, tanto. El nivel de un líquido en vasos comunicantes. En adelante, debe obedecer a la idea de energía en el movimiento: la riqueza no es *buena* más que en la medida en que *trabaja* en la dirección del Espíritu. La moral del amor estaba satisfecha por la fundación material de una familia, mientras que el amor, en sí mismo, era considerado como una atracción secundaria, subordinada a la procreación. Esta moral debe considerar ahora como su objetivo fundamental devolver a este amor la incalculable potencia espiritual que es capaz de desarrollar entre los esposos. La moral del individuo—en fin—estaba ordenada, principalmente, a impedirle que causara daño. En adelante, le prohibirá toda existencia neutra e «inofensiva» y le obligará al esfuerzo de liberar hasta el fin su autonomía y su personalidad.

En virtud de la segunda regla, correlativamente, muchas cosas que parecían prohibidas por la moral de equilibrio son ahora permitidas, o incluso obligatorias, por la moral de movimiento. Precisamente porque se encontraba satisfecha con su orden, desde el momento en que este orden impedía que los engranajes humanos se calentaran y chirriaran, la moral de equilibrio no se inquietaba por saber si se habían dejado algunas posibilidades espirituales fuera de los cuadros que había construido. A falta de encontrarles un lugar y una justificación fáciles, dejaba perder por timidez o por busca de una mayor seguridad en todos los dominios, un mundo de energía. En una moral de movimiento, todo lo que oculta una fuerza ascensional de conciencia es reconocido, por lo mismo y dentro de estos límites, como fundamentalmente bueno: se trata solamente de aislar esta bondad por análisis y de separarla por sublimación.

Y así, *en virtud de la tercera regla*, se nos descubre la nueva noción de una *moralización* entendida como el descubrimiento y la conquista, indefinidamente continuados, de las potencias animadas de la Tierra. A la moral de equilibrio («moral cerrada»), el Mundo moral podía parecerle un dominio definitivamente cercado. A la moral de movimiento («moral abierta»), este mismo Mundo se presenta como una esfera superior del Universo, mucho más rica que las esferas inferiores de la Materia en poderes desconocidos y en combinaciones insospechadas. Es en el Océano misterioso de las energías morales por explorar y por humanizar, en el que se embarcarán los más atrevidos navegantes de mañana. Intentarlo todo y empujar todo hasta el final de la dirección de la mayor conciencia ², ésta es, en un Universo reconocido en estado de transformación espiritual, la ley general y suprema de la moralidad: *limitar la fuerza* ³ (a menos que no sea para obtener más fuerza todavía), *ése es el pecado*.

Estas perspectivas parecerán locas a los que no ven que la Vida es, desde sus orígenes, tanteo, aventura y peligro. Creen sin embargo, como una idea irresistible, en el horizonte de las nuevas generaciones. El porvenir les pertenece, pero con una condición: que, a la misma velocidad que ellas, suba en el cielo del porvenir, para alumbrarlas, un centro explícito de atracción y de iluminación.

² Conciencia-Amor. Cf. después en la *Energía Humana*. (N. del E.)

³ Fuerza significa aquí Energía y Amor. Cf. después *El Amor, forma superior de la Energía Humana*, pág. (...); «no la fuerza por encima de nosotros, sino el amor», pág. 87. (N. del E.)

B) *La función espiritual de Dios*

Una moral de equilibrio puede construirse y subsistir cerrada sobre ella misma. Puesto que se propone, únicamente, ajustar unos a otros elementos asociados, se encuentra suficientemente determinada y sostenida por un mutuo acuerdo de las partes que aproxima. Un mínimo de frotos internos, en un régimen regular, son, a la vez, el ideal al que tiende y el indicio de que lo ha alcanzado.

En la moral de movimiento, por el contrario, que sólo se define por relación a un estado u objeto a alcanzar, es indispensable que este término aparezca con una claridad suficiente para ser deseado y enfocado. Analizado en su desarrollo externo, el Fenómeno espiritual se nos apareció como suspendido de un centro común de organización total. Observado ahora en su funcionamiento interno, nos pone (como era inevitable) frente a frente con este papel de atracción y de determinación total. Una moral de equilibrio puede ser, lógicamente, agnóstica y estar absorbida por la posesión del instante presente. Una moral de movimiento está, necesariamente, inclinada sobre el futuro, en la persecución de un Dios.

Me abstendré deliberadamente, en estas páginas, de volver a hacer, una vez más, «una crítica de las Religiones». Pero me parece necesario fijar, en coherencia con los puntos de vista desarrollados en el curso de este Ensayo dos condiciones que, por estructura, debe satisfacer el Dios que esperamos para ser capaz de sostener y dirigir el Fenómeno espiritual.

Una primera condición es que este Dios reúna en su sencillez el prolongamiento evolutivo de todas las fibras del Mundo en movimiento: Dios de síntesis cósmicas en el que pudiéramos tener coincidencia de progresar y de reunirse por transformación espiritual de todas las potencias de la Materia.

Y una segunda condición es que este mismo Dios reaccione, en el curso de la síntesis, como un núcleo primero de conciencia independiente: Dios supremamente personal, del que nos distinguimos tanto más cuanto aún nos perdemos en él.

Estas dos condiciones, de ninguna manera contradictorias, resultan inmediatamente de los caracteres reconocidos más arriba a la génesis cósmica del Espíritu: un Dios —universal a realizar en el esfuerzo—, y, sin embargo, un Dios personal a sufrir en el amor, éste es (si el Mundo se desplaza verdaderamente, en lo Consciente) el Motor indispensable a todo progreso ulterior de la Vida.

En suma, la Humanidad ha llegado al punto biológico en el que es necesario o bien perder toda confianza en el Universo, o bien adorarlo resueltamente⁴. Ahí hay que buscar el origen de la crisis permanente de la moralidad. Pero es necesario, entonces, que las religiones se transformen a medida de esta nueva necesidad. Ha pasado el tiempo en que Dios podía imponerse a nosotros desde fuera, simplemente, como un Maestro o un propietario. El Mundo no se arrodillará en adelante más que ante el centro orgánico de su evolución.

Lo que nos falta a todos, más o menos, en este momento, es una formulación nueva de la Santidad...

⁴ El autor explicará más tarde, en las páginas autobiográficas tituladas *El Corazón de la Materia*, cómo el Universo se ha descubierto adorable a sus ojos en la persona del Hijo de Dios, que, por efecto de la Encarnación, se lo ha asimilado totalmente. (*N. del E.*)

CONCLUSIÓN

Lo decíamos al empezar: si la interpretación aquí presentada del Fenómeno espiritual es justa, su verdad no puede ser establecida más que por la mayor coherencia que establece en

nuestras perspectivas. Ver más claro en el Pasado y prever más netamente el Porvenir. Pero ¿no es éste, justamente, el resultado al que hemos llegado? Situar en lo Consciente la trama del Universo y en el desarrollo de éste mismo Consciente el acontecimiento esencial de la Naturaleza, parece la única manera, no solamente de explicar de un modo satisfactorio las apariencias presentes y pasadas del Mundo de nuestro alrededor, sino, además, de organizar, frente a un porvenir posible, las energías vacilantes de la Tierra. Esto es lo que parece resultar de nuestros análisis:

a) Primeramente, sólo nuestra hipótesis de un Cosmos en «transformación espiritual» explica la fisonomía y los aspectos del Mundo que nos rodea. El problema del Mundo, para nuestra inteligencia, es la asociación que presenta de dos elementos opuestos (Espíritu y Materia) en una cadena de combinaciones lanzada a través del tiempo, entre el Pensamiento y la Inconsciencia. Y este dualismo móvil es constatado simple y verbalmente, sin intento y aun sin posibilidad de interpretación, si se hace de la conciencia un meta-fenómeno. Es escamoteado si se desprecia ésta como un epi-fenómeno. Por el contrario, se resuelve de una manera armoniosa y sencilla en un Mundo en el que lo Consciente y su aparición son mirados como *el Fenómeno*⁵. Todo viene a tomar un lugar natural en un Universo en cambio de estado espiritual. Bajo el velo superficial de los mecanismos arrojados sobre ella por las leyes de los grandes números, la Materia se descubre como un hormiguero de conciencias elementales, dispuestas a entrar en las combinaciones superiores del Mundo orgánico. Por el mismo hecho cesa de ser irreductible a la Vida, cuya primera aparición sobre la Tierra corresponde, sencillamente, a una emersión, en el campo de nuestra experiencia, de lo individual espontáneo, fuera de lo colectivo inorganizado. Y la Hominización no hace más que marcar un punto decisivo y crítico en el desarrollo gradual de ese cambio de estado. El Mal mismo, bajo todas sus formas físicas y morales, deja de ser, para nuestra razón, un escándalo intolerable: se explica como el desorden residual inevitablemente mezclado al orden que se hace en nosotros. Se justifica como la resistencia que encuentra toda síntesis, cuanto más sublime es, para realizarse.

5 Esta prioridad dada a lo *Consciente* y al *Amor* en la evolución del Fenómeno universal se armoniza con la revelación paulina que manifiesta la elevación de la Materia al Espíritu y de lo Natural a lo Sobrenatural como primer objetivo de la Creación:

«Es así como El (Dios) nos ha elegido en él *desde antes de la Creación del Mundo*,
para ser santos e inmaculados en
su presencia, en el Amor
nos predestinó que seríamos para
El hijos adoptivos por Jesucristo...» (Ef. 1,4-5.)

«Primogénito *de toda criatura*,
pues en El *han sido creadas todas las cosas...*» (Col. 1, 15-16.)
(N. del E.)

b) Después, sólo la idea de un Cosmos en, movimiento hacia lo Personal parece capaz de sostener y de canalizar hacia el Futuro las energías presentes de la Humanidad. Si hay un hecho patente hoy es la imposibilidad, para las morales de equilibrio, de gobernar la Tierra.

Los sabios se esfuerzan vanamente en mantener el orden social e internacional, limitando la Fuerza. Por la lógica misma de la Vida, la Fuerza nace irresistiblemente por todas partes, bajo nuestros pies y entre nuestras manos, y exige imperiosamente crecer hasta el fin de sí misma. Nuestro Mundo ha entrado en la era de la Fuerza al mismo tiempo que se despertaba a la conciencia de su evolución. Se romperá sobre sí mismo si no descubre una salida donde hacer converger su exceso de potencia hacia arriba y hacia adelante. No obedecerá más que a una moral de movimiento; y no concibo posible tal moral fuera de la fe en la existencia de una transformación que hace pasar el Universo del estado material al espiritual.

En definitiva, capaz y sólo capaz, bien de explicar el Pasado, bien de salvar el Porvenir del tipo de evolución experimentalmente constatada en la Naturaleza, la teoría aquí propuesta del Fenómeno espiritual se presenta tan *verdadera* como puede serlo cualquier hipótesis física de gran envergadura.

Pero hay más. De esta primera verdad, ampliamente provisional, se deriva la posibilidad de una verificación ulterior obtenida por observación directa. Si es verdad, como hemos sido llamados a imaginar, que los desarrollos cósmicos de la Conciencia dependen de la existencia de un Centro superior e independiente de Personalidad, debe haber un medio, sin dejar el terreno experimental, de reconocer alrededor de nosotros, en las zonas personalizadas del Universo, algún efecto psíquico (radiación o atracción) ligado específicamente a la operación de este Centro y revelando, en consecuencia, positivamente, la existencia de éste.

El descubrimiento definitivo del Fenómeno espiritual está ligado al análisis (que la Ciencia terminará por abordar un día) del «fenómeno místico», es decir, del Amor de Dios
*.

* *Inédito*. Pacífico, marzo de 1937.

LA ENERGIA HUMANA

INTRODUCCIÓN

Objeto y sujeto

A consecuencia de una ilusión psicológica muy natural, la gran ciencia moderna ha nacido y se ha desarrollado bajo el signo exclusivo del Objeto. Inclinados sobre la Materia y la Vida, físicos y biólogos han operado siempre hasta aquí como si estuviesen por encima y fuesen independientes del Mundo, cuyos elementos y leyes intentarán fijar. Hace mucho tiempo Kant (y antes que él la Escolástica) había señalado los lazos que, en el interior de todo Universo, hacen indisolublemente solidarios al que percibe y a lo percibido. Pero esta condición fundamental del conocimiento no inquietaba más que a los raros y poco abordables adeptos de la metafísica. Para los curiosos de la Naturaleza parecía establecido, sin discusión, que las cosas se proyectan, para nosotros, «tales como son» sobre una

pantalla en la que podemos mirarla sin vernos mezclados con ellas. Los sabios contemplaban el Cosmos sin sospechar que pudieran influenciarlo, en algún grado, por el contacto de su pensamiento o de su sentido, sin tener, incluso, conciencia de pertenecer intrínsecamente al sistema que se maravillaban de analizar.

El Hombre por un lado, y por otro, el Mundo. Parece que, por razones decisivas e internas, comenzamos a salir hoy de este ingenuo extrinsecismo. Por una parte, llevado a sus límites en extensión y en profundidad, el objetivismo de los físicos tiende a cambiarse. No solamente en la frontera exterior de lo experimentable se manifiesta, en el dominio de los fenómenos materiales, la acción perturbadora del observador sobre la cosa observada, sino que, al tomar en su totalidad el edificio de ondas y de partículas levantado por nuestra ciencia, se pone de manifiesto que esta bella arquitectura contiene, al menos, tanto de «nosotros mismos» como «de otro». Llegados a un cierto grado de amplitud y de sutileza, las construcciones de la física moderna dejan ver claramente la trama intelectual del espíritu del investigador bajo la movilidad de los fenómenos. De donde la sospecha de que fotones, protones, electrones y otros elementos de la materia, no tienen más (ni menos) realidad fuera de nuestro pensamiento que los colores fuera de nuestros ojos. El mejor realismo de los laboratorios vira, por la lógica misma de su desarrollo, hacia un idealismo científico: la materia plástica bajo la inteligencia que la informa.

Pero, por otro lado, es decir, en el seno de la Biología, se dibuja un giro paralelo. Hecho curioso: cuando, en el curso del último siglo se descubrían los lazos evolutivos que unen entre sí a los elementos de la Biosfera, los naturalistas no parecían darse cuenta de que se encontraban presos en la red que acababan de tender sobre la Vida. Según ellos mismos, la evolución se extendía hasta el Hombre. Y, sin embargo, a sus ojos, el Hombre (el Hombre verdadero, considerado en el desarrollo de su pensamiento y de sus organismos sociales) quedaba aislado y aparte, espectador y no actor, de la evolución. Pero he aquí que, por la vía profunda de los crecimientos económicos y de las sublevaciones populares, el elemento descuidado comienza a invadir el dominio de las experiencias mayores y a prepararse un sitio ante la Ciencia. ¿Qué son los éxitos más grandiosos de la vida pasada en comparación con la marea de las civilizaciones modernas? ¿Qué erupción hay comparable a la explosión humana? De buena o de mala gana hay que abrir, en la Teoría del Mundo, un nuevo capítulo: el del «fenómeno humano».

Y es así como, en este Universo en el que nos vanagloriamos de arrojar nuestras miradas desde fuera, «como dioses», nos descubrimos inmersos, o más exactamente, tan incorporados que no podríamos hacer ni comprender nada sin comprendernos a nosotros mismos. Sobre los dos dominios de la Materia y de la Vida que era, hasta entonces, el centro (observador y no observado) de la experiencia total, el Hombre tiende a ponerse como foco de nuestras búsquedas y de nuestras conquistas. Por desdoblamiento y reflexión, el sujeto de ayer se prepara para ser el objeto principal de mañana. Un poco más y una *ciencia del Hombre* habrá reemplazado lo que no era todavía más que la ciencia humana.

En las páginas que siguen voy a hacer tomar conciencia de esta nueva orientación, trazando las grandes líneas de una Energética Humana.

I. NATURALEZA Y DIMENSIONES DE LA ENERGIA HUMANA

A) LA ENERGÍA HUMANA ELEMENTAL: EL NÚCLEO HUMANO

Por energía humana entiendo aquí la porción siempre creciente de la energía cósmica actualmente sometida a la influencia reconocible de los centros de actividad humana.

En el centro elemental (es decir, considerado en el interior y alrededor de todo un elemento humano aislado), esta energía «hominizada» se presenta bajo tres formas diversas a primera vista, que es interesante distinguir, al menos por comodidad: la energía incorporada, la energía controlada, la energía espiritualizada.

a) *La energía incorporada* es aquella que la lenta evolución biológica de la Tierra ha acumulado y armonizado gradualmente en nuestro organismo de carne y nervios: la sorprendente «máquina natural» del cuerpo humano.

b) La energía controlada es aquella que, a partir de sus miembros, el Hombre llega a dominar ingeniosamente a su alrededor, con un poder físico, por medio de «máquinas artificiales».

c) *La energía espiritualizada*, en fin, es aquella que, localizada en las zonas immanentes de nuestra actividad libre, forma la materia de nuestras inrelecciones, afecciones, voliciones: energía probablemente imponderable, pero energía muy real, sin embargo, puesto que opera una toma de posesión refleja y apasionada de las cosas y de sus relaciones.

Estos tres tipos de energía—diría—parecen formár, a primera vista, categorías heterogéneas. En realidad, parece difícil a la reflexión encontrar un límite definido entre ellas. Por un lado, como observó ya Bergson, distinguimos, en gran parte, por convención, lo natural de lo artificial. ¿Cuál es, en suma, desde un punto de vista biológico profundo, la diferencia entre la máquina hecha con un miembro y la máquina obtenida prolongando artificialmente este miembro? ¿Entre el ala del pájaro y la del avión?... Por otro lado, si la energía espiritualizada, a diferencia de las energías incorporada y controlada, desborda y domina las dimensiones de lo físico-químico, ¿quién podría dudar de que las engloba? ¿De dónde le vendría, si no, su potencia animadora de los cuerpos y tantas uniones íntimas con el estado general del Mundo en un momento dado?

Todo sucede, en suma, como si cada individuo humano representara un núcleo cósmico de naturaleza especial, irradiando alrededor de sí ondas de organización y de despertar en el seno de la materia. Un núcleo semejante, tomado con su aureola de animación, es la unidad de la Energía Humana.

B) LA ENERGÍA HUMANA TOTAL: LA NOOSFERA

Consideremos ahora la Energía Humana total. En cada instante, esta energía está formada por la suma de todas las energías elementales acumuladas en la superficie de la Tierra. ¿Podemos llegar a figurárnosla?

En lo que concierne a las dos energías, «incorporada» y «controlada», sería teóricamente posible una medida, ya ensayada en otros dominios de la vida por sabios como Vernardsky. Para efectuarla, bastaría fijar la cantidad de sustancia orgánica e inorgánica comprendida, bien en los cuerpos humanos, bien en el maquinismo industrial, y calcular lo que representa este conjunto de energía acumulada o gastada. Asunto de estadística. Esta operación, al determinar en cada instante el porcentaje de energía terrestre efectivamente hominizada, permitiría apreciar, en su zona más externa, la amplitud y el gradiente del Fenómeno humano.

Mayor dificultad tiene la figuración de la energía espiritualizada. Sin duda, no es inverosímil que la Ciencia llegue un día, por dosificaciones químicas o por el descubrimiento de alguna radiación vital, a determinar la potencia puesta en juego en el

curso de los fenómenos psíquicos. Pero esta medición de la energía nerviosa, aun supuesto que se realice, no traduciría la magnitud y la riqueza del mundo de representaciones y de afectos en que consiste, finalmente, la Energía Humana. Para hacernos una idea de sus dimensiones interiores casi no podemos recurrir más que a consideraciones indirectas, basadas unas en el número, otras en la unión de las partículas humanas.

El número, en primer lugar. Es, en algunos aspectos, una gran debilidad, pero en otros, sin embargo, una extraordinaria potencia la que se expresa en la pluralidad humana. Variedad de puntos de vista complementarios, multiplicidad de los esfuerzos que tantean, antenas que buscan: esto es lo que representa, desde un punto de vista energético, el estado de multiplicidad que tanto nos hace sufrir en otros aspectos. ¿Hemos intentado nunca representarnos los miles de millones de elementos humanos que, en cada instante, presionan intelectualmente sobre el Universo?

Pero este número, por sí solo, visto a la escala cósmica, sería, todavía, poca cosa. ¿Qué cuenta la población humana del globo comparada con las miríadas de partículas encerradas en una gota de agua?... La faz verdaderamente impresionante de la Energía Humana total no aparece más que cuando se observa desde el punto de vista de ligazones internas. En efecto, las energías humanas elementales no actúan en desorden, a capricho de las leyes estadísticas. No vibran, tampoco, sencillamente, en una dirección común muy definida, de la que volveremos a hablar más adelante: la de la mayor conciencia. Mucho más que esto. Tienden a componer sus radiaciones individuales en una pulsación única, es decir, a constituir un conjunto organizado. Esto es lo que hay que haber percibido una vez, so pena de no comprender nada en el problema de la Energía Humana.

Esta ligazón fundamental del Mundo pensante no nos es sensible inmediatamente. Partículas ahogadas entre otras partículas, vivimos habitualmente sin tomar conciencia de lo que debe representar, vista en su conjunto, la masa de conciencia de la que formamos parte. Como una célula que no viera más que otras células en el cuerpo al que pertenecen. Y, sin embargo, el cuerpo existe más que los elementos de los que se compone. En verdad, no podemos alcanzar ningún progreso decisivo en nuestras concepciones del mundo animado mientras que, permaneciendo en la escala «celular» no sepamos emerger por encima de los seres vivos para ver la Vida, por encima de los Hombres para descubrir la Humanidad: no esta Humanidad abstracta y languideciente de que nos hablan los filántropos, sino la realidad física, poderosa, en la que se bañan y se influyen todos los pensamientos individuales hasta formar, por su multiplicidad ligada, un solo Espíritu de la Tierra.

Esta percepción de alguna unidad psíquica natural, superior a nuestras «almas»¹ requiere, lo sé por experiencia, una calidad y una educación especiales de la mirada. Nace, como todas las amplias perspectivas de la Ciencia, de una reflexión prolongada que descubre un sentido cósmico profundo a conexiones que el uso nos ha habituado a considerar como superficiales, banales, morales. No es mucho más fácil ver a la Humanidad de que hablo, que instalarse en el Universo de la Relatividad... Pero si llegáramos a operar una conversión parecida de nuestra mirada, entonces la Tierra, nuestra pobre Tierra humana, se cubriría de esplendor. Flotando encima de la Biosfera, cuyas capas fluyen gradualmente por él, el mundo del Pensamiento, la Noosfera comienza a dejar irradiar su corona.

¡La Noosfera!

Finalmente, es a esta magnitud y a ella sola a la que se aplican las consideraciones que van a seguir sobre la Energía Humana. No vale la pena que sigan adelante los que no sean capaces de verla.

¹ Nuestro psiquismo individual. (*N. del E.*)

II. SIGNIFICACION Y VALOR DE LA ENERGIA HUMANA

Aun tomada con la plenitud de grandeza y con la totalidad de interligaciones que hacen de ella una unidad natural de dimensiones planetarias, la Energía Humana correrá el riesgo de parecer despreciable y como perdida en el seno de las fantásticas energías siderales donde se sumerge, si no se presentase revestida de ciertas cualidades particulares. Estas cualidades pueden ser reconocidas y afirmadas por simple consideración del valor que toma el Pensamiento, si se le opone a las potencias brutas de la Materia. Sólo aparecen con una completa claridad en las perspectivas del Tiempo; es decir, de la Evolución.

No repetiré aquí en detalle las consideraciones que he desarrollado ya muchas veces en otra parte. Pero tengo que esbozar, al menos, la articulación. Esta puede expresarse en la tesis siguiente: «Por el simple hecho de su existencia en la Naturaleza, el Hombre impone al Cosmos, primero, una *cierta materia* y luego una *cierta estructura*; y el resultado de esta doble condición es la de constituir él, Hombre, en el campo de nuestra experiencia, la porción más significativa y *la más preciosa del Universo*.»

Estudiemos, sucesivamente, los términos de esta proposición.

Una cierta materia, en primer lugar. Por razones obvias de comodidad intelectual y práctica, la Ciencia ha intentado siempre, desde sus orígenes, explicar el Mundo (es decir, dar de él una explicación coherente total) a partir de la Materia. Pero he aquí que en este esfuerzo de síntesis viene cada vez más claramente a chocar contra un obstáculo insuperable: la Vida. Hay que rendirnos a la evidencia. *Tomada en un sentido ascendente*, a partir de los determinismos mecánicos, la Vida se presenta a las ascensiones de la Física como una serie de escalones infranqueables. Los animales, y más especialmente el Hombre en el que emergen, decididamente, los fenómenos de espontaneidad y de inmanencia, son imposibles de integrar en un sistema puramente mecanicista de la Naturaleza. Imposible, por otra parte, dejarle fuera de nuestras construcciones: esto sería la derrota de la Ciencia. ¿Qué hacer para salir del laberinto? Hay una sola salida: cambiar nuestra dirección de marcha. Hemos intentado, hasta aquí, alcanzar y reproducir el Espíritu procedente de la Materia. Se trata, por un proceso inverso, de alcanzar y reconstituir la Materia descendiendo del Espíritu, escogido como sustancia primordial de las cosas. Pongamos, en principio, que solamente lo espontáneo y lo consciente (por ocultos que estén por un estado de división y de difusión extremos) existen en el origen, de suerte que los determinismos en los que queremos situar la esencia del Mundo no sean más que un velo de rigidez arrojado por el juego de los grandes números sobre una masa de libertades elementales. Siguiendo esta línea, las dificultades desaparecen, el camino se allana y se hace posible el paso entre los dos polos, consciente e inconsciente del Universo. El Cosmos sería físicamente incapaz de contener al Hombre si estuviese formado a base de la Materia. Podemos, pues, concluir (y este es el primer paso) que es, en lo íntimo de sí mismo, *de materia espiritual*.

Y ahora (henos aquí en el segundo paso), ¿cuál debe ser la textura de esta materia cósmica espiritual para que el Hombre, hecho posible en la Naturaleza, ocupe, efectivamente, en el sistema de las cosas, la posición particular que revela la experiencia?

Si hay una evidencia en la que confluyen los resultados más seguros de la Biología «de posición», es seguramente:

a) Que alrededor del Hombre lo Espiritual (es decir, los elementos constitutivos de la Biosfera) se disponen radialmente.

b) Esta distribución radial se basa no en un simple efecto de perspectiva (como sucede con los elementos de un paisaje), sino en una repartición natural de los seres vivos.

c) Esta repartición, a su vez, no es debida a un agrupamiento u ordenamiento estáticos, sino que resulta de un establecimiento gradual.

En otros términos, a partir del Hombre, tomado como centro, lo Espiritual va degradándose manifiestamente, tanto alrededor como detrás de nosotros. ¿Qué puede significar este fenómeno?

Una única interpretación parece capaz de aclarar a la vez estas diversas apariencias, y es admitir que las capas espirituales del Universo han sufrido un movimiento de conjunto que las arrastra hacia una concentración creciente de la cantidad de conciencia que encierran. El aspecto del firmamento sería ininteligible para el astrónomo sin la rotación de las masas nebulosas. La textura de un tallo no se explicaría sin el desarrollo de la planta. De manera semejante, la situación del Hombre en la Naturaleza no puede explicarse sin un efecto de crecimiento psíquico. No. El Universo no ha nacido inmóvil, sino que su estructura traiciona (al menos en el Pasado) una evolución global de su masa hacia una interiorización siempre mayor, llegando, finalmente, a la reflexión.

Planteado esto, la conclusión que anunciábamos se descubre por sí misma. Situada en el frente de avanzada de la onda cósmica, la Energía Humana toma un interés sin proporción con la debilidad aparente de sus dimensiones. La Noosfera es una película casi imperceptible si se la compara con las magnitudes astrales. En realidad, esta delgada superficie es nada menos que la forma más progresiva bajo la que nos es dado comprender y contemplar la Energía Universal. En esta envoltura tenue pasa la esencia de las inmensidades que bordea: la nota superior alcanzada por la vibración de los mundos.

Lo que quiere decir dos cosas:

La primera es que, *en dirección*, la marcha seguida hasta aquí por el Cosmos nos está indicada por la flecha humana, de suerte que, por el análisis de las condiciones de nuestra acción, podemos esperar descubrir las condiciones fundamentales a las que está sujeto el funcionamiento general del Universo.

La segunda es que, *en amplitud*, tenemos concentrada en la masa humana la porción más viva, la quintaesencia, el tesoro y la esperanza del Mundo.

¿Qué hay que hacer y qué podemos hacer?

Esta pregunta, de la que depende toda la operación de nuestras libertades, sólo puede ser resuelta por una mirada hacia adelante.

III. PORVENIR Y PROBLEMA DE LA ENERGIA HUMANA

La Energía Humana, acabamos de reconocerlo, se presenta a nuestra observación como el término de un vasto proceso en el que se encuentra comprometida la masa total del Universo. Pero se plantea aquí una alternativa. ¿Ha alcanzado este proceso un régimen de equilibrio? ¿O bien continúa desarrollándose? ¿Representa la Noosfera una especie de onda estacionaria en la que se consume, en cada instante, sin residuo, la energía espiritualizada de nuestro mundo? ¿O, por el contrario, está animada de un movimiento propio que la arrastra hacia una concentración, es decir, hacia una espiritualización de orden superior? Más simplemente, ¿se ha parado la Evolución con y en el Hombre? ¿O bien se continúa a través de él, más lejos, más allá de nosotros mismos?

A los espíritus «llamados con sentido común», la idea de una deriva general del Hombre hacia un estado de sobre-humanidad les parece inverosímil, casi risible. «¿En qué

nos diferenciamos de nuestros padres, sino en unos defectos mayores y en una especie de carrera hacia la decadencia? Los egipcios, los griegos, los hombres medievales, ¿no eran iguales o, incluso, superiores a nosotros?» Así se expresan las gentes de «buen sentido», olvidando que, desde hace un siglo, la Ciencia no ha dejado de desmentir el género de evidencias a las que se confían. Una tras otra, las estabilidades más consideradas del Universo se descubren como lugar de corrientes, tanto más amplias y poderosas, cuanto más inamovible podía parecer su soporte. La ley parece formal: cuanto más afecta un movimiento a una porción importante del Universo, más lento es su ritmo. A despecho de su aparente fijeza, los sistemas estelares se modifican, los astros viven, los continentes se transforman... Todos estos cambios, insensibles con relación a la duración de una existencia humana, se prolongan en este mismo momento a nuestro alrededor. *¿Por qué había de estar congelada la corriente más esencial de la Vida y sólo ella?* Ningún hombre de ciencia duda hoy de que la Humanidad haya aparecido traída por una evolución.

¿Por qué inverosímil excepción a las condiciones generales del Universo se encontraría fijada esta evolución de la que hemos nacido?

A quien esté familiarizado con los aspectos de lo «Inmenso», observado en un espacio muy condensado de tiempo, la idea de un sobre-desarrollo humano, lejos de parecer sorprendente, le parece completamente verosímil. Pero esta simple probabilidad teórica no tarda en confirmarse a sus ojos por numerosos indicios. A ojos de un geólogo, particularidades íntimas (una porción de terreno recientemente levantado, una sacudida sísmica) demuestran la vitalidad sorprendente de un Himalaya. Igualmente, para el espíritu advertido de un movimiento posible de la Noosfera, hay toda una serie de hechos, considerados generalmente como despreciables o equívocos, que se hacen significativos.

Si tomamos muy en conjunto la historia humana, el arte apareciendo bruscamente, en las cavernas, la agricultura social reemplazando la caza y la recogida y, finalmente, la revolución intelectual y económica de la que proceden los tiempos modernos, dejan de ser accidentes indiferentes y toman el aspecto de estadios sucesivos, de pulsaciones que se suceden a lo largo de un eje de movimiento.

Más sorprendentemente, muy próximo a nosotros, las sorprendentes uniones realizadas ante nuestros ojos por las vías aéreas y etéreas, el descubrimiento del tiempo y del espacio, la penetración de lo íntimo y de lo inmenso, los movimientos sociales totalitarios, toman pronto un extraño relieve. Unos y otros no son mirados por la mayoría de nuestros contemporáneos más que como mejoras superficiales, crisis molestas o acontecimientos curiosos en la historia de la Tierra. Pero ¿no marcan, por el contrario, estos progresos expansiones y arreglos perfectamente dirigidos en las tres porciones (incorporada, controlada y espiritualizada) de la Energía Humana? Una Humanidad capaz de situarse conscientemente en la evolución cósmica y de vibrar de una sola pieza (con su longitud de onda propia, me atrevería a decir) bajo una emoción común, una Humanidad semejante, cualquiera que sean sus imperfecciones residuales y las crisis ligadas a su metamorfosis, ¿no es ya, orgánicamente, con relación a la Tierra neolítica, una verdadera sobre-humanidad?

Consideremos, en fin, la cuestión, tan gravemente actual, del paro. Es costumbre maldecir éste y acusar de él a la máquina o, lo que es parcialmente verdad, echar la culpa a una mala organización económica del mundo. Pero estas críticas no distinguen ni alcanzan el fondo de las cosas. Considerado éste desde el punto de vista evolutivo, el paro se define como la aparición de una masa de Energía Humana bruscamente liberada por un ajuste interno de la Noosfera. El fenómeno crea su peligro. Llama a sus remedios. Pero tan inevitable (y bienhechor) como la marcha del Universo, manifiesta con una claridad singular, para quien sabe ver, la realidad de esta misma marcha.

La alternativa planteada al principio de este párrafo parece definirse, finalmente, en favor de la continuación del movimiento evolutivo en el corazón de la Humanidad. Y hemos aquí enfrentados con la perspectiva física siguiente. Alrededor de nosotros, y en nosotros, la Energía Humana, sostenida por la Energía Universal, a la que corona, prosigue siempre su misteriosa progresión hacia estados superiores de pensamiento y de libertad. Tanto si lo queremos como si no, nos encontramos totalmente cogidos en esta transformación. Repito, entonces, mi pregunta: «¿Qué vamos a hacer?» ¿Ir contra la corriente? Sería loco y, por otra parte, imposible. ¿Dejarnos arrastrar, pasivamente, por las olas? Sería cobardía. Y, por otra parte, ¿cómo permanecer neutrales nosotros, cuya esencia está en actuar? Una sola vía queda abierta ante nosotros: fiarnos de la infalibilidad y del valor finalmente beatificante de la operación que nos engloba. En nosotros, la evolución del Mundo hacia el espíritu se hace consciente. Nuestra perfección, nuestro interés, nuestra salvación como elementos, no podría consistir, pues, en otra cosa que en llevar más lejos, con todas nuestras fuerzas, precisamente, esta evolución. Podemos no comprender todavía exactamente, dónde nos lleva, pero sería absurdo para nosotros dudar de que nos conduce hacia algún fin de valor supremo.

De donde, finalmente, emerge en nuestra conciencia humana del siglo xx, *por primera vez* desde el despertar de la Vida sobre la Tierra, el problema fundamental de la Acción. Hasta aquí el Hombre actuaba, sobre todo, instintivamente, al día, sin saber demasiado por qué ni por quién trabajaba. Coincidiendo con el aflujo en él de potencias nuevas, un campo nuevo de actividad sin límites y sin medidas se abre a su ambición y, de alguna manera, a su adoración. Para quien ha comprendido (y todo el mundo comprenderá pronto, fatalmente) la posición y la significación de la menor parcela de pensamiento en la Naturaleza, el problema fundamental es asegurar, racionalmente, el progreso del Mundo del que formamos parte. No solamente como antaño, para nuestro pequeño individuo, nuestra pequeña familia, nuestro pequeño país—no solamente, tampoco, para la tierra entera—, sino ¿cómo debemos nosotros, hombres de hoy, para la salvación y el éxito del mismo Universo, organizar lo mejor posible, alrededor de nosotros, el mantenimiento, la distribución y el progreso de la Energía Humana? Toda la cuestión está ahí.

IV. LA ORGANIZACION CONSCIENTE DE LA ENERGIA HUMANA

Bajo la influencia conjugada de los últimos progresos materiales y de las presentes crisis sociales, la idea de comprender y tratar científicamente la Energía Humana «como un todo», está saliendo de la zona de las especulaciones y del sueño. Fisiólogos como el Doctor Carrel, biólogos e incluso literatos como los dos Huxley, unidos a ingenieros y economistas, en el seno del «Centro de Estudios de los Problemas, humanos», dirigido por Jean Coutrot, se unen, independientemente de los metafísicos como Bergson, para echar las bases de un conocimiento (teórico y práctico a la vez) de la actividad humana, que se anuncia ya como la gran ciencia del mañana. La organización del Espíritu, sucediendo a la de la Materia...

No se trata, evidentemente, en mi caso, de presentar aquí un programa detallado de esta disciplina y de esta técnica nuevas. Por el contrario, es mi designio esbozar una forma posible, a fin de hacer más concreto, en este ejemplo, lo que conviene entender por una Energética humana.

Pero antes, dos observaciones previas que marcan todo nuestro posterior desarrollo.

En primer lugar, desde el punto de vista en el que nos hemos situado, está claro que no hay ninguna diferencia esencial que separe lo que se opone habitualmente bajo los nombres de energía física y de fuerza moral ². Si, como hemos querido dejar sentado, el Cosmos es de materia espiritual, entonces una ensambladura mecánica, artificialmente realizada, una atracción de naturaleza efectiva, un progreso en la organización económica y social, una unión obtenida por ondas hertzianas, incluso una sistematización intelectual, tienen tanta (e incluso más) realidad física que las atracciones y agrupamientos corpusculares o que las conexiones naturales que forman los cuerpos organizados. En el Cosmos que se descubre a nuestros ojos no hay ninguna distinción fundamental entre lo físico y lo moral. El dominio de la Energía Humana es de lo «Físico-moral».

2 En cuanto a su carácter de realidad natural (y no artificial) (*N. del E.*)

Segunda observación general. Cualquiera que sea la forma particular bajo la que se lo considere, lo Físico-moral obedece, en su ejercicio, a una doble ley esencial y universal: *intentarlo todo, hasta el final*. Semejantes a las moléculas de un gas, las innumerables unidades humanas presionan, simultáneamente, sobre la superficie entera de los obstáculos opuestos a su expansión hasta ser vencidos o llevados a su punto de menor resistencia. Y cuando, por tanteo, se encuentra esta salida, su masa tiende a precipitarse en ella hasta una distensión completa. Así lo quieren, a la vez, la estructura corpuscular y la tensión interna que caracteriza a la Noosfera. Cuando, más adelante, se trate de la búsqueda de un resultado cualquiera en el terreno de la Energía Humana, se sobreentenderá siempre que el esfuerzo considerado debe ser conducido por una infinidad de tentativas que se suceden hasta la realización máxima del efecto deseado. Intentarla todo para saber y poder cada vez más: esta es la fórmula más general y la más alta ley de la actividad humana y de su moralidad.

Admitido esto, debemos abordar directamente el problema que nos hemos planteado. ¿Cómo imaginar la organización racional de la Energía contenida en nuestra Noosfera?

A) ORGANIZACIÓN DE LA ENERGÍA HUMANA ELEMENTAL... PERSONALISMO

El primer objeto que debe atraer la atención de un técnico de la Energía Humana es asegurar a los núcleos humanos, tomados aisladamente, su máximo de consistencia y de «eficiencia» elementales. Perfeccionar los individuos, para conferir al conjunto su máxima potencia, es la marcha obvia a seguir para el éxito final de la operación.

En una primera aproximación, el mejoramiento de las partículas humanas aparece como realizable por medio de un cierto número de procedimientos *generales* válidos para todas las partículas, *cualesquiera que sean*. Veámoslo sobre los tres dominios de la energía incorporada, controlada y espiritualizada, sucesivamente.

a) En lo que toca a la energía elemental incorporada u organizada, se ofrece a la Biología, a la Fisiología, a la Medicina, una tarea inmensa (emprendida ya, pero sin visión de conjunto): no solamente dominar científicamente las enfermedades y los fenómenos de contraevolución (esterilidad, debilitamiento físico) que minan los crecimientos de la Noosfera, sino separar, por medios diversos (selección, control de sexos, acción de hormonas, higiene, etc.), un tipo humano superior. Semejante ambición ha parecido, durante mucho tiempo, y parece todavía a muchos, fantástica e incluso impía. Resistencia en unos a pensar cualquier cambio profundo de lo que parece «haber sido siempre», falso miedo religioso; en otros, de violar los derechos imprescriptibles del Creador sobre su obra

de carne y de pensamiento: por un complejo de razones oscuras, nuestra generación mira todavía con desconfianza cualquier esfuerzo esbozado por la ciencia para dominar los resortes de la herencia, de la determinación de los sexos, del desarrollo nervioso. Como si el Hombre tuviera el derecho y el poder de tocar todos los conductos del Mundo, salvo los que le constituyen a él mismo. Y es, sin embargo, en este terreno en el que, sobre todo, nos es necesario intentarlo *todo*, hasta el final. Tentativas delicadas, sí las hubo, pero que, precisamente por ser delicadas, exigen, para ser sana, respetuosa y religiosamente perseguidas, las precauciones y la vigilancia de una investigación metódicamente organizada. No solamente el Hombre experimentando sobre su semejante, sino la Humanidad tanteando para dar a sus elementos una mayor vitalidad. Novelistas como Wells como A. Huxley han intentado trazarnos un poco satíricamente una imagen posible de estas tentativas y estos resultados. Retengamos la idea, sin dejemos desconcertar por la representación. La idea es justa y grande, y su representación, como todo lo que hace la Vida, sabrá escapar a la caricatura.

b) En el terreno de la energía controlada, por definición, el esfuerzo de la nueva técnica debe inclinarse, por una parte, a aumentar siempre, por arreglos apropiados (aviones, radios, «movies») ³, el radio de penetración, de acción y, por tanto, de unión, propio de cada elemento humano; y, por otra parte, a hacer disponible, por un empleo juicioso de los automatismos mecánicos, una porción siempre creciente de las actividades contenidas en este elemento. Ya conocemos estos efectos, pero ¿pensamos alguna vez que sus desarrollos y sus repercusiones son incalculables?

3 Cine (americanismo). (*N. del E.*)

En primer lugar, multiplicado por el número de individuos a los que afecta, cada progreso en una u otra de las dos direcciones indicadas está destinado, necesariamente, a traducirse en un salto positivo en la curva de la Energía Humana. Pero además, en ambos casos, el resultado final es de una importancia suprema. Bien por efecto de la expansión, bien por efecto de la liberación, cualquier avance realizado por el Hombre en la mecanización del Mundo desborda el plano de la Materia. Pues viene a añadirse a las nuevas posibilidades que nacen de los perfeccionamientos aportados a la materia organizada para producir en el individuo un aumento de la energía espiritual.

c) La energía espiritualizada, como hemos visto, es la flor de la Energía Cósmica. Representa, además, la porción más interesante de las fuerzas humanas por organizar. ¿En qué direcciones principales podemos suponer que tiende y en qué podemos ayudarla a desarrollarse, en el fondo de nuestras naturalezas individuales? Sin duda, hay que responder, en el sentido de un desarrollo sucesivo de alguna de nuestras antiguas potencias, acompañado de la adquisición de algunas facultades o conciencias nuevas.

Desarrollo, o incluso metamorfosis, de algunas potencias antiguas. Desde hace un siglo hemos sufrido, sin darnos demasiada cuenta de ello, una notable transformación en el orden intelectual. Descubrir, saber, había sido siempre una tendencia profunda de nuestra naturaleza. ¿No la reconocíamos ya en el hombre de las cavernas? Pero ha sido solamente ayer cuando esta necesidad esencial de conocer se ha explicitado y cambiado en una función vital autónoma, primando en nuestras existencias sobre la preocupación por comer y beber. Pues bien: si no me equivoco, este fenómeno de individualización de nuestras funciones psicológicas más elevadas no sólo está lejos de haber alcanzado sus límites en el terreno del pensamiento puro, sino que, más aún, tiende a propagarse en un terreno vecino, prácticamente informe e inexplorado: la «terra ignota» de las potencias afectivas y del amor.

Hecho paradójico, el amor (entiendo aquí amor en el sentido estricto de «pasión»), a despecho (o quizá justamente, a causa) de su ubicuidad y de su violencia, ha sido, hasta aquí, dejado fuera de cualquier sistematización racional de la Energía Humana. Empíricamente, las morales han llegado a codificar, como han podido, su uso con relación al mantenimiento y a la propagación material de la raza. Pero ¿quién ha pensado seriamente en que, bajo esta potencia turbulenta (y, sin embargo, animadora, como era sabido, de los ingenios, de las artes y de toda poesía) quedaba en reserva una formidable fuerza creadora tal, que el Hombre no sería Hombre más que el día en que la hubiera, no abatido, sino transformado, utilizado, liberado?.. Hoy, para nuestro siglo, ávido de no dejar perder ninguna fuerza y de dominar los resortes más íntimos de la psicología, parece que se empieza a hacer la luz. El Amor, tanto como el pensamiento, está siempre en pleno crecimiento en la Noosfera. Cada día se hace más patente el exceso de sus energías crecientes sobre la necesidad, cada día más restringida, de la propagación humana. Es, pues, que este amor tiende, bajo su forma plenamente hominizada, a llenar una función mucho más amplia que la simple llamada a la reproducción. Entre el hombre y la mujer duerme todavía un poder específico y mutuo de sensibilización y de fecundación espiritual que tiende a convertirse en irresistible ímpetu hacia todo lo que es belleza y verdad. Va a despertarse. Desarrollo, decía, de una potencia antigua. La expresión es, sin duda, demasiado débil. Más allá de un cierto grado de sublimación, por las posibilidades ilimitadas de intuición e interrelación que lleva consigo, el amor espiritualizado penetra lo desconocido: va a unirse, a nuestros ojos, en el misterioso porvenir con el grupo esperado de las facultades y de las conciencias nuevas.

Facultades y conciencias nuevas. Por ello no entiendo, simplemente, por maravillosa que sea, la extensión artificial de nuestro sentido, en una radiación más: infinitos zumbidos llenando, repentinamente, como ha sucedido a nuestra generación, una esfera de melancólico silencio. Sino que pienso en modos más directos de percepción y de acción que vendrían, conforme a muchas viejas esperanzas, a manifestar la plasticidad y la transparencia de la Materia con relación al Espíritu. Desde hace mucho tiempo, los hombres buscan el medio de influir, inmediatamente, por su voluntad, y de penetrar, por la mirada interior, los cuerpos y las almas que les rodean. Estas tentativas, hechas al azar, sin idea directriz ni método de conjunto, han fracasado hasta aquí. Pero mañana podrían llegar a algo. De acuerdo con las recientes visiones que nos orientan hacia la concepción de una esencia espiritual de la Materia, ¿no terminará la Física por separar y dominar lo que se disimula en el fondo de la Metapsíquica? Y aunque la Física fracasase en esta tarea, que no pertenece a su dominio, algunos efectos psicológicos de otro orden (piensa aquí en la Mística), «¿no realizarán un día la evasión soñada de nuestros cuerpos a sus determinismos y de nuestras almas a su aislamiento?...» Si hay algún indicio que haga preveer una metamorfosis tan profunda sería, sin duda, la formación en curso, en nuestras conciencias modernas, de un sentido especial para comprender la Totalidad en la cual puede operarse, únicamente, el prodigio de nuestra liberación y de nuestra compenetración (o transparencia) mutuas.

Tan antiguas como las tentativas «espiritistas» para vencer la Materia son, en el Hombre, las aspiraciones panteístas hacia una comunión universal. Pero ha sido sólo últimamente, gracias a los datos precisos suministrados por la Ciencia sobre la unidad de las energías y de los cuerpos y también sobre la realidad de una cosmogénesis, cuando estos vagos deseos comienzan a tomar la forma racional, propia a las conquistas definitivas del espíritu. En todos los dominios comenzamos a vivir habitualmente en presencia y con la preocupación del Todo. Nada me parece más importante, desde el punto de vista de la Energía Humana, que la aspiración espontánea y, eventualmente, el cultivo sistemático de semejante «sentido cósmico». Por él los hombres se elevan, explícitamente, a la percepción

de su naturaleza «molecular». Dejar de ser individuos cerrados para constituirse en parte. En ellos, desde entonces, la energía espiritual elemental se encuentra presta, definitivamente, para integrarse en la Energía Total de la Noosfera.

Pero, antes de abordar el estudio de esta última, no dejemos de mostrar un punto importante. En el curso de las sugerencias que preceden, nos hemos atenido, por fuerza, a la consideración de las líneas de *conjunto*, según las cuales puede ser anticipado un progreso de la naturaleza humana individual, tomada *in genere*. Pero esta aproximación no debe hacernos olvidar el punto de vista esencial, final, de la *calidad individual* de los individuos. Los elementos de la Noosfera, en virtud de la naturaleza espiritual de ésta, no son exactamente comparables a los corpúsculos anónimos e intercambiables de una masa gaseosa. Sino que corresponden, más bien, a las células de un organismo extremadamente especializado, en el que cada una ocupa, y es la única en poder ocuparlo, un lugar determinado. Esto quiere decir que la perfección y la utilidad de cada núcleo de Energía Humana con relación al conjunto dependen, en definitiva, de lo que hay de único y de incomunicable en el perfeccionamiento de cada uno. Lo que debe, pues, a fin de cuentas, preocupar al técnico del Espíritu en el manejo de las unidades humanas es el dejarlas, en el curso de las transformaciones (cualesquiera que sean) que intenta hacerles sufrir, la posibilidad de encontrarse y la libertad de diferenciarse más cada día.

La organización de la Energía Humana elemental, cualquiera que sea la generalidad de sus métodos, debe culminar en la formación, en el seno de cada elemento, de un *máximo de personalidad*.

B) ORGANIZACIÓN DE LA ENERGÍA HUMANA TOTAL

El alma común

En la utilización técnica de la Energía Humana *total* está el verdadero problema de la Energía Humana. Durante mucho tiempo este problema ha pasado forzosamente desapercibido, puesto que debía esperar, para poder formularse, a que apareciera ante nuestro espíritu, a favor de las síntesis científicas y de las uniones sociales, la unidad dinámica de la Noosfera. Pero hoy que se opera ante nuestros ojos y en nuestra conciencia la masa de la capa humana, su realidad entra, decididamente, en el campo de las evidencias comunes. Prueba, si la hubo, de que el Hombre, si se le supone fijado en su naturaleza individual, ve abrirse ante él un campo nuevo e ilimitado de evolución: el dominio de las creaciones, de las asociaciones, de las representaciones y de las emociones colectivas. ¿Cómo fijar límites a los efectos de expansión, de penetración, de fusionamiento espiritual, resultantes de un arreglo coherente de la multitud humana?... Dominar y canalizar las potencias del éter y del mar, está bien. Pero ¿qué es este triunfo comparado al dominio global del pensamiento y del amor humano? En verdad, que nunca oportunidad tan magnífica como ésta se ha presentado a las esperanzas y a los esfuerzos de la Tierra.

Considerada según sus ejes principales, la organización de la Energía Humana total es bastante fácil de definir, al menos en sus principios. En efecto, el movimiento se ha esbozado espontáneamente en la mayor parte de los puntos, bajo la presión arterial de los acontecimientos en curso, de suerte que el trabajo de los técnicos en este terreno consiste menos quizá en imaginar vías nuevas de progresión que en reconocer la significación y en adivinar los prolongamientos lógicos de caminos ya iniciados de ahora en adelante.

a) En materia de energía «incorporada» somos increíblemente lentos en llevar adelante (e incluso, en concebir) la realización de un «cuerpo» de la Humanidad. En este terreno, los

apóstoles del «control de natalidad» (animados, todavía, con demasiada frecuencia, por el deseo estrecho de aliviar penas individuales) nos habrán hecho un servicio: el de abrir nuestros ojos a la anomalía de una sociedad que se ocupa de todo menos de organizar el reclutamiento de sus propios elementos. Pero la eugenesia no se limita a una simple selección de los nacimientos: hay toda una serie de cuestiones relacionadas con ella, apenas resueltas a pesar de su urgencia. ¿Cuál debe ser, por ejemplo, la actitud de fondo a adoptar frente a grupos étnicos detenidos, o decididamente poco progresivos por la parte que progresa de la Humanidad? La Tierra es una superficie cerrada y limitada. ¿En qué medida se deben tolerar en ella, racial o nacionalmente, áreas de menor actividad? De una manera más general aún: ¿cómo hay que juzgar los esfuerzos que multiplicamos para salvar, en toda clase de hospitales, lo que no es, a menudo, más que un desecho de vida? Algo profundamente bueno y verdadero (me refiero a la fe en el valor irremplazable y a los recursos imprevisibles contenidos en cada elemento personal) se oculta, evidentemente, en esta obstinación en sacrificarlo todo por salvar una existencia humana. Pero ¿no debería equilibrarse esta solicitud del Hombre por su prójimo individual, con una pasión mayor, nacida de la fe en esta otra personalidad superior que se espera, como veremos, del éxito terrestre de nuestra evolución? ¿Hasta qué punto el desarrollo del fuerte (si es que, en realidad, se puede definir éste claramente) debería primar sobre la conservación del débil? ¿Cómo conciliar, con un máximo de eficiencia, el cuidado a prodigar a los heridos con las necesidades superiores del ataque? ⁴. ¿En qué consiste la verdadera caridad?... Y así, otros tantos problemas cuya solución no puede ser enfocada más que fijando previamente, sobre una amplia base, una escala y un plan de distribución de los valores humanos. ¿Cómo escoger y distribuir los materiales, sin decidir, primero, lo que hay que edificar?

4 El doble y constante esfuerzo del P. Teilhard por arrastrar a los débiles y sobreanimar a los fuertes, prueba que ha sabido realizar esta conciliación. (*N. del E.*)

b) En el terreno de las energías «controladas» parece que distinguimos mejor los medios para construir. La disposición de los mecanismos con los que se teje, artificialmente, el mayor cuerpo humano, no levanta, en efecto, los mismos delicados problemas que la manipulación directa de los organismos vivos. Un primer cuidado de la nueva técnica, en este dominio, debe ser, evidentemente, el asegurar una provisión creciente de energía natural utilizable. Después del carbón, del agua, del petróleo, ¿qué?... En este punto podemos otorgar confianza a la Física. Pero, al ritmo en que progresa el consumo de nuestras reservas, habría que apresurarse a encontrar alguna otra cosa. Y no tenemos nada todavía. No menos urgente que la cuestión de las fuentes de energía parece la instalación sobre la Tierra de una economía general de la producción y del Trabajo, añadida al establecimiento de una dinámica racional del oro. Las crisis financieras y sociales se encargan de recordarnos qué confusas son todavía nuestras teorías y qué bárbaros nuestros procedimientos en estas materias. Pero ¿cuándo se decidirán a reconocer que no puede efectuarse ningún progreso serio sino con dos condiciones: la primera, que la organización prevista sea internacional y, finalmente, totalitaria ⁵, y la segunda, que esté concebida para adeudar en grande? Lo que mata hoy nuestra economía y nuestra política no es solamente su obstinación en segmentar el Mundo en compartimentos estancos. Más nefasta todavía es su obstinación en conservar una forma y un ideal estáticos: regímenes circulares de intercambios, cuya perfección consistiría, según parece, en dar vueltas, en corto-circuito, sobre ellos mismos. En el polo opuesto de esta doctrina de equilibrio cerrado, una teoría general de la Energía Humana debe hacer aparecer la necesidad de un desequilibrio esencial de nuestras actividades terrestres en función del futuro. Irremediabilmente, la Noosfera va

acumulando en sí una tensión cada vez mayor. O bien estallamos de poder, o bien nos aplastamos unos contra otros. También esto querríamos solucionarlo limitando la Fuerza. Imposible tentativa, inmoral, por otra parte. Nuestra curación está en el descubrimiento de una salida natural y fecunda en la que volcar la superabundancia que nos oprime. Un exceso, cada vez mayor, de energía libre, disponible para conquistas cada vez más amplias, esto es lo que el mundo espera de nosotros y lo que nos salvará.

5 Es evidente que aquí el adjetivo se refiere a la noción general de totalidad y no a un régimen llamado «totalitario». (N. del E.)

No faltan objetivos hacia los que hacer derivar racionalmente este excedente natural de potencia: instalación y saneamiento de los continentes, lucha organizada contra las enfermedades, esfuerzos colectivos de exploración y de investigación. Insistamos en este último punto: me parece que contiene la solución definitiva a los problemas planteados por la utilización de la Energía Humana.

Nos enorgullecemos de vivir en un siglo de luz y de ciencia. Y, sin embargo, la verdad es, por el contrario, que nos arrastramos todavía en formas rudimentarias e inefables de conquista intelectual. Siglo de ciencia, decimos. Pero ¿cuál es la proporción de actividades terrestres empleadas actualmente en visitar y en conquistar las zonas todavía desconocidas del mundo, en dinero, en personal, en organización? Intentemos hacer el cálculo y quedaremos estupefactos ante la insignificancia del porcentaje obtenido. Una millonésima parte de la energía total, quizá... Apenas el precio y el efectivo de un acorazado.. Hay un hecho brutal: en su mayor parte, la Investigación (esta función a la que todo el mundo está de acuerdo en reconocer el valor humano supremo) está abandonada, sin ningún orden, a algunas buenas voluntades o a instituciones privadas. Semejante situación es, simplemente, un escándalo biológico. Esta negligencia y este desorden no solamente tienen por efecto retardar gravemente la velocidad del movimiento, sino que, durante el tiempo que duren, tenemos positivamente que renunciar a algunos y probablemente a los más importantes de los descubrimientos que necesitamos. Nadie que investigue sobre el terreno o en un laboratorio vendrá a contradecirme. Nos encontramos, en este momento, en el límite de los progresos realizables por esfuerzos *individuales*. La ciencia espera ahora, para constituirse verdaderamente, que la llevemos adelante con medios de amplitud industrial. Intentarlo todo, hasta el fin. Esta fórmula no perderá su valor hasta que la experimentación científica se encuentre organizada a una escala, no solamente nacional, sino humana.

¿Qué sucedería si nos decidiéramos, al fin, a concentrar el aguijón de nuestras ambiciones sobre este polo del descubrimiento? Pues quizá, ni más ni menos, que se habría hecho la abertura definitiva para el exceso de nuestros poderes en un campo ilimitado de expansión y de conquista. Actualmente, la mayoría de los hombres no comprenden todavía la Fuerza (esta llave y este símbolo del más-ser) más que bajo su forma más salvaje y primitiva: la guerra. He aquí por qué es necesario, quizá, que hagamos todavía, durante algún tiempo, ingenios de batalla cada vez más grandes y más mortíferos, puesto que tenemos todavía necesidad, desgraciadamente, de esas máquinas para materializar en nuestra experiencia concreta el sentido vital del ataque y de la victoria. Pero viene el tiempo (y llegará) en que la masa se dará cuenta de que los verdaderos éxitos humanos son los que triunfan de los misterios de la Materia y de la Vida. Se aproxima el momento en que el hombre de la calle comprenderá que hay más poesía en un poderoso instrumento destinado a desintegrar los átomos que en un cañón. Sonará, entonces, para el hombre, una hora decisiva: aquella en que el Espíritu del Descubrimiento absorberá toda la fuerza viva contenida en el Espíritu de la Guerra. Fase capital de la Historia en la que, al sumarse el

poder transformado de las armadas y de los ejércitos con este otro poder que la máquina habrá liberado, una marea irresistible de energías libres avanzará hacia los círculos más progresivos de la Noosfera.

Una parte importante de esta masa de energía disponible se encontrará absorbida inmediatamente por las expansiones del Hombre de la Materia. Pero otra porción, la más preciosa, refluirá necesariamente hasta los niveles de los que tenemos que ocuparnos ahora, de la energía espiritualizada.

c) Los crecimientos posibles de la Energía espiritual total revelan, propiamente, lo que Bergson ha denominado la Evolución «creadora». Son, pues, por naturaleza, imprevisibles. ¿Qué serán mañana las formas superiores de la intuición, del arte, del pensamiento?.. No solamente no podríamos decirlo, sino ni siquiera concebirlo. Pero si tenemos que renunciar aquí a toda anticipación figurada del porvenir, al menos podemos afirmar de qué tipo general serán los progresos esperados. Se efectuarán, tal como se anuncian ya, en la dirección y bajo el signo de una *creciente unidad*. Esto es lo que es importante discernir.

En el curso de las páginas que preceden nos hemos ocupado largamente de la red de conexiones mecánicas y sociales por la que se teje, a nuestros ojos, la envuelta tangible de la Humanidad. Pero este velo, cada vez más cerrado, de cohesión material, no es más que el índice exterior de otro trabajo en curso mucho más profundo: el de una organización interna, psíquica, de la Noosfera.

En un primer grado, esta elaboración inmanente de la Energía Humana total se encuentra mecánicamente esbozada por el juego mismo de las necesidades más inmediatas de la vida. Materialismo histórico, diría Marx. Para obtener los resultados de organización y de descubrimiento colectivos necesarios a su subsistencia, las actividades elementales pensantes son automáticamente conducidas a formar un conjunto ligado de operación: un «frente humano». Pero estos primeros lineamientos de una conciencia común contienen en sí una exigencia viva de precisarse y de prolongarse interiormente. *Intelectualmente*, los progresos de la Ciencia tienden a edificar una síntesis de las leyes de la Materia y de la Vida, que no es otra cosa, en el fondo, que un acto colectivo de percepción: el Mundo visto en una misma perspectiva coherente por el conjunto de la Humanidad. *Socialmente*, el cruce y el fusionamiento de las razas conducen, directamente, al establecimiento de una forma, igualmente común, no solamente de lengua, sino de moralidad y de ideal. Afectivamente, la comunidad de interés y de lucha por los mismos objetivos, acompaña *ipso facto* de una camaradería de combate, esbozo natural de un *amor o sentido* humanos.

Así, por toda clase de vías diversas, lo que no era, en principio, más que un agrupamiento casi material de progresión y de ataque, tiende a tomar una consistencia interior y a convertirse en sujeto autónomo de reflexión y de acción. Bajo el efecto combinado de las necesidades materiales y de las afinidades espirituales de la vida, la Humanidad comienza, alrededor nuestro, a emerger de lo impersonal para, de alguna manera, adquirir un rostro y un corazón.

En la constatación de este nacimiento misterioso se acaba y se pierde la vista más general que nos es dado tomar de la corriente biológica que nos arrastra.

La Organización de la Energía Humana, tornada en su totalidad, se dirige y nos empuja hacia la formación última, por encima de cada elemento personal, de un *alma humana común*.

V. MANTENIMIENTO DE LA ENERGIA HUMANA Y «EL PUNTO CÓSMICO OMEGA»

Expansión en el espacio y profundización en el espíritu. Crecimiento continuo del radio, traduciéndose por un enriquecimiento continuo del centro... Cuanto más, en virtud de estos dos elementos conjugados, la Noosfera va extendiéndose exteriormente, más va creciendo, necesariamente, la potencia que consume para su trabajo y también la potencia que absorbe en sus síntesis. ¿Según qué mecanismo y a partir de qué fuentes podemos concebir que se mantiene la Energía Humana?

Considerada en sus zonas materiales organizadas, la Energía Humana obedece a las leyes de la Física y se extrae, naturalmente, en las reservas de calor disponibles en la Naturaleza. Pero estudiada en su forma axial, espiritualizada, se encuentra alimentada por una corriente particular (de la que la Termodinámica podría bien no ser, después de todo, más que un eco estadístico), a la cual, a falta de algo mejor, daremos el nombre de «tensión de conciencia». Nos preocupamos, con razón, de nuestras reservas terrestres en combustibles y en metales. Pero ¿pensamos lo bastante que la Humanidad se extinguirá miserablemente sobre montones de calorías a poco que bajen en ella la pasión por crecer y el gusto por la vida? En fin de cuentas, cuando todo ha sido previsto para una organización racional de nuestro mundo, los técnicos de la Tierra se encuentran enfrentados con esta cuestión esencial: «¿Con qué condición conservará, e incluso aumentará (como es necesario) su fuerza de penetración y su potencia de choque la Vida refleja, cuyos progresos intentamos organizar?»

Sería inútil eludir la dificultad poniendo la «tensión de conciencia» a cuenta de un instinto que nos empujaría, ciegamente, hacia adelante. ¿No consiste el verdadero problema humano justamente en explicar cómo el impulso vital puede prolongarse *convirtiéndose en auto-consciente*? Por otra parte, sería insuficiente explicar nuestra marcha hacia el porvenir por el simple temor al peligro y al dolor. Esta persecución «a tergo» por las necesidades materiales tiene, ciertamente, una parte en el fenómeno del progreso humano. Pero esta parte no puede ser más que secundaria y subordinada. Orientada, principalmente, hacia el mal menor, la Vida se abriga y se enquistas, no tiene necesidad de avanzar. No, no es de un esfuerzo desesperado por *sobrevivir*, es de una voluntad tenaz por vivir más, de donde ha nacido la Humanidad.

Nos es forzoso, pues, llegar a la idea siguiente, por la que, por lo demás, pasa una de las intuiciones más antiguas y más ordinarias de nuestra conciencia: «la conspiración» de actividades de donde procede el alma colectiva humana, supone, en su principio, la *aspiración* común ejercida por una esperanza. Para agitar y nutrir la Energía Humana no puede haber en ella, en su origen primero, más que la atracción interna hacia un objeto deseado.

Definir esta esperanza, descubrir este objeto, sería poner el dedo sobre el resorte último de la Energía Humana. Intentémoslo en tres grados sucesivos.

En una primera aproximación se deduce de lo que hemos dicho más arriba sobre el nacimiento de un sentido cósmico, que el motor primero de la actividad humana no podría ser más que una realidad poseedora de *dimensiones universales*. Ninguna construcción refleja sería posible sin la elección final que nos hace inclinarnos, corazón y razón, por el ser más que por el no-ser. Pero esta opción fundamental por el ser, sin la cual el mundo, al hacerse pensante, se volvería lógicamente al polvo, arrastra necesariamente la fe en alguna consumación final de *todo* lo que nos rodea. Si el ser es de naturaleza sagrada, no hay salvación más que de *todo* lo que existe. Actuamos, pues, en último análisis, para obedecer al Mundo, para acabarnos con el Mundo. Un término total y totalizador, sólo esto puede animar y someter los resortes de nuestra libertad.

Más precisamente, y siempre en virtud de los análisis que preceden, nos está permitido todavía afirmar que el objetivo máximamente deseable cuya atracción nos decide, en definitiva, a colaborar con el Universo, *coincide, en alguna medida, con el pleno desarrollo*

de la propia *Energía Humana*. Pues esta energía, ya lo hemos reconocido, es algo muy distinto a un simple medio de acción. Lleva en sí misma el fruto de su ejercicio. *Un alma común*, así hemos podido definirla tanto, y aun mejor, que como una superficie de transformación y un frente de propagación para la Energía Universal. De hecho, en este punto, los progresos de la conciencia moderna han salido ya de la especulación para entrar en el dominio de las actitudes prácticas. No solamente para una «élite», sino hasta para la masa, se ha convertido en un «artículo de fe» comúnmente admitido que, si hay una salida para el Mundo y una salvación para el individuo, éstas nos esperan en la dirección de alguna forma superior alcanzada por la Humanidad.

Pero ¿cómo imaginamos los rasgos de esta sobre-Humanidad en la que debe resumirse el Mundo? Este es el tercer paso de nuestra investigación.

En materia de futuro, cuando se trata, no de determinismos mecánicos, sino de vida, sería absurdo, repitémoslo, «imaginar». Pero al menos nos es posible determinar a qué condiciones generales debe dar satisfacción el futuro para permanecer coherente con el presente. Forzosamente se nos escapan los rasgos del sujeto total trans-humano, cuya realización se persigue a través de las vicisitudes de la Tierra. Pero ¿cuáles deben ser los atributos *conocidos* de este centro, por qué clase de rayos percibidos debe influenciár nuestras almas para que su atracción tenga la virtud física de aspirar cada vez más alto las capas cada vez más conscientes de la Noosfera? La cuestión se plantea inexorablemente a nuestra libertad y tiene, ciertamente, una respuesta, puesto que de esta respuesta depende el mantenimiento de la Energía Humana. Busquémosla.

La solución a un problema de naturaleza inmanente no puede ser buscada más que en el interior de nosotros mismos. Como todos los que se interesan en el problema, esencialmente moderno, de la Acción, me he analizado frecuentemente para descubrir qué atributos me veía psicológicamente *obligado* a prestar al polo positivo de las cosas para tener el valor de someterme a sus direcciones. A fin de cuentas, he llegado a la conclusión siguiente: hay dos condiciones necesarias, y de hecho suficientes, para que consintamos y concurramos a las llamadas de la Evolución: el Término universal y sobrehumano al que nos encamina esta última debe presentarse simultáneamente a nosotros como *incorruptible* y *personal*. Esto es lo que yo querría demostrar.

Incorruptible, primero. La muerte ha sido incansablemente escrutada por el Hombre en las separaciones y humillaciones que la acompañan. Incansablemente, los moralistas han utilizado el poder que se les atribuye de arrojar un frío saludable sobre la fiebre de nuestras pasiones. ¿Se ha puesto de manifiesto, en contrapartida, el poder que posee de iluminar los más lejanos horizontes de la Energía Humana? Morir es, probablemente, poca cosa para el animal que, absorbido en su acción, no emerge del minuto presente. Pero ¿qué proporciones toma el fenómeno transportado al medio de la Noosfera? ¿Cómo va a reaccionar el ser, una vez puesto en presencia, y por toda la duración de su vida, de un fin en el que parece que debe naufragar enteramente? ¿Resignación? ¿Estoicismo?.. Nada de eso, diría yo, sino rebelión y deserción legítimas, a menos que la muerte no descubra la forma o la condición de un nuevo progreso. Actuar es crear y crear es para siempre. Acción refleja y desaparición total prevista son, pues, *cósmicamente incompatibles*. La asociación, desde luego, en una misma corriente evolutiva, de un Pensamiento y de la Muerte, suscita un conflicto fundamental que debe terminarse por la destrucción de uno de los dos términos en presencia. O bien es el Espíritu el que, reconociéndose engañado, se retirará del juego. O bien es la Muerte la que, levantando su velo de aniquilamiento, tomará la forma de la Vida. Pero la primera alternativa entrañaría el absurdo de un Universo que, victorioso de la inconsciencia hasta llegar al Hombre, no habría llegado a hacer nacer en este la reflexión más que para descubrir que es impotente para satisfacerla. Queda, pues, la segunda alternativa, a saber: que la Muerte deje subsistir, bajo una u otra forma, alguna parte de

nosotros mismos en la que podemos interesarnos y a la que podemos dedicarnos como a una parcela de lo absoluto. El término al que nos destina nuestra incorporación en el Universo debe, *para ser tal*, presentarse a nuestras esperanzas como *imperecedero*; he aquí cómo he anunciado una primera condición *sine qua non* del despliegue de la Energía Humana.

Incorruptibilidad, pues. Pero también, añadía, *personalidad*. Hay hombres (conozco alguno) que al sentir la necesidad de encontrar alguna prolongación a nuestra existencia, intentan consolarse de su desaparición eventual pensando que sus cenizas irán a unirse, para perderse en ella, a la gran corriente de la Materia. La Materia, bajo sus formas más simples y más indescomponibles, sería entonces el medio inalterable al que iríamos, finalmente, a reposar. Basta con reflexionar un instante para darnos cuenta del fallo de esta perspectiva. La materia elemental podría, según supone, representar la forma de equilibrio en la que tiende a fijarse la materia de la Noosfera. Pero esto es doblemente imposible. Primero, por permanentes que parezcan ser, con relación a la duración de nuestras vidas, los elementos físico-químicos, ahora lo sabemos, van desintegrándose: hay una muerte de la Materia. Además, y esto es todavía más grave, la energía sin forma a la que querrían agarrarse como al gran Estable los panteísmos de lo Inanimado, no se parece en nada (aunque fuese ella también indestructible) al objeto ideal legítimamente esperado por nuestra actividad consciente. Nacida de una dispersión o distensión general de las cosas, la Materia pura se sitúa en los antípodas del «centro de convergencia psíquica» requerido y anunciado por todas las exigencias íntimas, tanto como por todos los desarrollos constatados de la Noosfera. Lo que la Muerte, para no ser ya Muerte, debe dejar filtrar a través de sí misma no es un residuo, sino la esencia más preciosa de nuestros seres; no lo más primitivo y lo más inconsciente, sino lo más evolucionado y reflejo de nosotros mismos. En cada Uno de nosotros, por el largo trabajo del Pasado primero y por los cuidados de nuestra libertad individual después, se forma gradualmente un núcleo de perspectiva y de acción, un *yo*, una *persona*. Pues bien: en interés del Mundo a salvar en nosotros, lo que nos importa es la consistencia final de este elemento y de ningún otro. La evolución cósmica percibe en nosotros una obra de naturaleza *personal*. No podría, pues, terminarse, bien en sí misma, bien en la conciencia que tenemos de sus progresos, más que en una magnitud de forma personal, en la que confluyen, de una manera o de otra, nuestras propias personalidades; justamente el alma común que nos hacía ya preveer más arriba la organización totalizadora de la Energía Humana.

Pero he aquí que en este punto parece descubrirse una contradicción. Un Centro de materia personal, totalizando en sí la esencia de nuestras personalidades; así acaba de definirse, a nuestros ojos, paulatinamente, el foco atrayente universal, reconocido como necesario para alimentar el impetu de la Noosfera. Pero ¿no son incompatibles entre ellas estas propiedades? ¿Un universal puede ser al mismo tiempo personal? ¿Y lo personal puede comunicarse a otra persona (a fin de estar totalizado en ella), sin despersonalizarse, es decir, sin destruirse al mismo tiempo?

Doble dificultad cuya solución va a terminar de aclarar las leyes profundas de la Energía Humana.

1) La idea de que lo universal se opone a lo personal, tan extendida en nuestros días, parece tener un origen instintivo en el hecho de que la «persona» no se manifiesta a nuestra experiencia más que ligada a individuos, y un origen científico en el descubrimiento moderno de las vastas unidades difusas de la energía y de la Materia, en las que, decíamos más arriba, hemos creído percibir la forma estable y definitiva del Todo. Pero esta idea (mejor sería decir esta impresión) no resiste al análisis. La totalidad de una esfera se encuentra tan reunida en su corazón puntiforme como extendida en el conjunto de su superficie, o más bien no se encuentra realmente más que en ésta. ¿Y qué tendría de extraordinario que el Universo tuviera un Centro, es decir, que se recogiera en el mismo

grado de una conciencia única, si ya su totalidad se mira parcialmente en cada una de nuestras conciencias particulares? No se trata, en suma, para concebir este foco último de pensamiento, más que de llevar más lejos, en la misma línea, el proceso del que ha nacido el alma humana ⁶. Para que en un mundo dado, la aparición de un personal-universal no solamente pueda, sino que deba, producirse, basta con que el Mundo en cuestión sea «de estructura convergente». Y que semejante estructura sea la de nuestro Universo nos es revelado por la misma existencia de nuestros centros de pensamiento individuales.

6 En tanto que la existencia de ésta, en el curso del desarrollo de la creación, está ligada a la aparición del cuerpo. (*N. del E.*)

2) Queda ahora ante nosotros la segunda faz de la paradoja. Para establecer la posibilidad, e incluso la necesidad, de un Personal-universal en la cima de la Evolución, acabamos de suponer que podía y debía producirse una ultra-concentración de los elementos personas humanos en una conciencia más elevada. Pero ¿es intrínsecamente realizable esta concentración? En principio podría parecer que no. Nos damos cuenta, a primera vista, de que hay dos procedimientos imaginables que pueden conducir a la formación de un Centro universal: o bien absorción de los centros inferiores en una Unidad más poderosa que los absorbe, o bien coalescencia de los mismos centros en una Unidad resultante que nace de su agrupamiento. Pero ninguno de estos dos mecanismos se revela capaz de asegurar, como sería necesario, un progreso de los elementos en *cohesión* y en distensión *simultáneamente*. Por naturaleza, los *yo* elementales, una vez formulados, no pueden avanzar en el ser más que por un crecimiento de la concentración interior de la que han nacido. ¿Cómo, pues, podrán absorberse o fundirse en lo que sea, a menos de retroceder sobre sí mismos en la misma proporción? Para ser más personales, hemos admitido, los núcleos humanos deberían unirse en Otro o entre ellos. Pero he aquí, justamente, que no pueden confluír sin que decrezca, aparentemente en la misma medida, su personalidad. ¿Es posible escapar a esta contradicción? Sí, responderemos, e incluso muy fácilmente. Pues para ver desvanecerse la paradoja basta con invertir la última y falaz proposición enunciada más arriba. «Lo personal, acabamos de decir, parece» que no puede unirse a otro personal más que perdiendo algo de su personalidad.» Pero es exactamente lo inverso lo que hay que afirmar. Observemos cualquiera de las unificaciones de *convergencia* que se operan en el campo de nuestra experiencia: agrupación de células en un cuerpo vivo, agrupación de los individuos y de las funciones en un organismo social, agrupación de las almas bajo la influencia de un gran amor. Y llegamos a una conclusión de hecho que justifica fácilmente la teoría, y que es la siguiente: los fenómenos de fusión o de disolución no son, en la naturaleza, más que el signo de una vuelta a la dispersión en lo homogéneo. La unión, la verdadera unión hacia lo alto, en el espíritu acaba de constituir, en su perfección propia, los elementos que domina. *La unión diferencia*. Es virtud de este principio fundamental las personalidades elementales pueden, y no pueden hacer otra cosa que afirmarse, llegando a una unidad psíquica o Alma más elevada. Pero esto, sin embargo, *con una condición*, que el Centro superior al que acaban de unirse, *sin mezclarse*, tenga él también su realidad autónoma. *Puesto que no hay ni fusión ni disolución* de las personas elementales, el Centro en el que éstas se juntan *debe, necesariamente, ser distinto de ellas; es decir, tener su propia personalidad*.

De ahí la descripción siguiente para el Término supremo hacia el que tiende la Energía Humana: «Una pluralidad organizada cuyos elementos encuentran, en un paroxismo de unión y de transparencia mutuas, la consumación de su propia personalidad, encontrándose

el Cuerpo entero suspendido de la influencia unificadora de un Centro distinto de supra-personalización.»

Esta última condición o restricción tiene una importancia considerable. Significa, en efecto, que la Noosfera requiere *físicamente* para su mantenimiento y su funcionamiento la existencia en el Universo de un Polo real de convergencia psíquica. Centro diferente a todos los centros que él «sobre-centra» asimilándolos. Persona distinta de todas las personas que acaba uniéndoselas. El Mundo funcionaría si no existiera en alguna parte, antes del tiempo y del espacio, «un punto cósmico Omega» de síntesis total.

La consideración de este Omega va a permitirnos definir, de una manera más completa, en un último capítulo, la naturaleza secreta de lo que hemos llamado hasta aquí, de una manera bastante vaga, «la Energía Humana».

VI. EL AMOR, FORMA SUPERIOR DE ENERGÍA HUMANA

Acabamos de reconocerlo: por la hominización, el Universo ha alcanzado un nivel superior, en el que sus potencias físico-morales toman, poco a poco, la forma de una afinidad fundamental que religa los individuos entre ellos y a lo que hemos llamado el «Punto Omega». En nosotros, y a nuestro alrededor, hemos podido concluir, los elementos del Mundo van, sin cesar, personalizándose más por acceso a un término, también él personal, de unificación, tanto que de este término refluye, en definitiva, la Energía esencial del Mundo, la que, después de haber agitado confusamente la masa cósmica, emerge de ella para formar la Noosfera.

¿Qué nombre hay que dar a semejante clase de influencia?

Uno solo: el Amor.

El Amor es, por definición, la palabra de que nos servimos para designar las atracciones de naturaleza personal. Puesto que, en el Universo convertido en pensante, todo, en fin de cuentas, se mueve en y hacia lo personal, es forzosamente el Amor, una clase de amor, el que forma y formará cada vez más, en estado puro la materia de la Energía Humana.

¿Es posible verificar *a posteriori* esta conclusión que nos imponen *a priori* las condiciones de funcionamiento y de mantenimiento de la actividad pensante en la superficie de la Tierra?

Creo que sí, y eso de dos maneras distintas:

Psicológicamente, primero, haciendo notar que el Amor, llevado a un cierto grado universal, por la percepción del Centro Omega, es la única potencia capaz de totalizar, sin contradicciones internas, las posibilidades de la acción humana.

Históricamente, después, observando que un Amor universal semejante se presenta, realmente a nuestra experiencia, como el término superior de una transformación ya comenzada en la masa de la Noosfera. Vamos a intentar mostrarlo.

1.º EL AMOR, PRINCIPIO TOTALIZADOR DE LA ENERGÍA HUMANA

Los mismos que acogen con el mayor escepticismo cualquier sugestión que tienda a promover una coordinación general del Pensamiento en la Tierra, son los primeros en reconocer y en deplorar el estado de división en el que vegetan las fuerzas humanas: polvo de actos en el individuo, polvo de individuos en la sociedad... Evidentemente, dicen, hay una inmensa potencia neutralizada y perdida en esta agitación sin orden. Pero ¿cómo es posible que semejante ceniza adquiera nunca coherencia? Divididas ya, de modo natural, en sí mismas, las parcelas humanas, se rechazan, además, unas a otras, sin remedio. Se puede,

quizá, forzarlas mecánicamente, unas sobre otras. Pero infundirles un alma común es físicamente irrealizable.

El punto fuerte y el débil de todas las objeciones hechas a la posibilidad de alguna unificación ulterior del mundo, me parece que se apoyan en el hecho de que aumentan insidiosamente apariencias demasiado reales, sin querer tener en cuenta ciertos factores nuevos, perceptibles ya en la Humanidad. Los pluralistas razonan siempre como si no existiera ningún principio de ligazón o no tendiera a existir en la Naturaleza, fuera de las relaciones vagas o superficiales, habitualmente consideradas por el «sentido común» y la sociología. En el fondo, son juristas o inmovilistas que no pueden imaginar a su alrededor más que lo que les parece que ha sido siempre.

Pero veamos lo que va a pasar en nuestras almas, por poco que emerja en ellas, en el momento regulado por la marcha de la Evolución, la percepción de un Centro animado de convergencia universal. Representémonos (no es una ficción, como diremos pronto) un hombre que se ha hecho consciente de sus relaciones personales con un Personal supremo, al que es llevado a agregarse por el juego entero de las actividades cósmicas. En un sujeto tal, y a partir de él, es inevitable que se encuentre esbozado un proceso de unificación, marcado, paulatinamente, por las siguientes etapas: totalización de cada operación con relación al individuo; totalización del individuo con relación a sí mismo; totalización, finalmente, de los individuos en lo humano-colectivo. Realizándose todo este imposible, naturalmente, bajo la influencia del Amor.

a) *Totalización, por amor, de los actos individuales.*

En el estado dividido en que nos consideran los pluralistas (es decir, fuera de la influencia consciente del Omega), sólo actuamos, lo más a menudo posible, por una ínfima porción de nosotros mismos. Tanto si come como si trabaja, si estudia matemáticas o hace crucigramas, el Hombre no se compromete en sus obras más que parcialmente, sólo por una u otra de sus facultades. Funcionan sus sentidos o sus miembros, o su razón, pero no el mismo corazón. Acción humana, pero no acción de todo el Hombre, diría el Escolástico. Por esto un sabio o un pensador, después de una vida de esfuerzos sublimes, puede encontrarse empobrecido, extenuado, decepcionado. Su inteligencia, pero no su persona, ha trabajado sobre objetos inanimados. Se ha dado: no ha podido amar.

Observemos ahora las mismas formas de actividad, a la luz de Omega. Omega, aquel en quien todo converge, es, recíprocamente, aquel de quien todo irradia. Imposible situarle como un foco en la cumbre del Universo, sin difundir, al mismo tiempo, su presencia en lo íntimo del menor paso de la Evolución. ¿Qué decir sino que, para *el que la ha visto*, cualquier cosa, por humilde que sea, *con tal que se sitúe en la línea del progreso*, se calienta, se ilumina, se anima y, en consecuencia, se convierte en objeto de adhesión total? Lo que era frío, muerto, impersonal, para el que no ve, se carga, para los que ven, no solamente de vida, sino de una vida más fuerte que la suya, de suerte que se sienten cogidos y asimilados, al actuar, mucho más de lo que toman y asimilan ellos mismos. Allí donde el primero no encuentra más que un objeto de reacción limitada, los segundos pueden extenderse sobre la totalidad de sus potencias, amar apasionadamente, como un contacto o una caricia, la más oscura de sus tareas. Nada ha cambiado en el mecanismo de la operación. Pero ¡qué diferencia en la materia de la acción, en la intensidad de la donación! La distancia entre una manducación y una comunión.

Y esto es el primer paso en la totalización. En el interior de un mundo de estructura personal convergente, en el que la atracción se convierte en amor, el Hombre descubre que puede darse sin límites a todo lo que hace. Con el Universo, en el menor de sus actos puede tomar un contacto íntegro, con toda la superficie y la profundidad de su ser.

Todo se ha convertido, para él, en alimento completo.

b) *Totalización, por el amor, del individuo sobre sí mismo*

Que bajo la influencia animadora de Omega cada uno de nuestros gestos particulares puede hacerse total, es ya una maravillosa utilización de la Energía Humana. Pero he aquí que, apenas esbozada, esta primera transfiguración de nuestras actividades tiende a prolongarse en otra metamorfosis todavía más profunda. Por el hecho mismo de que se hacen totales, cada una por sí misma, nuestras operaciones se encuentran lógicamente abocadas a totalizarse, tomadas todas juntas en un acto único. Veamos cómo.

Inmediatamente, el efecto del amor universal, hecho posible por Omega, es el de subtender a cada una de nuestras acciones una identidad profunda de interés y de donación apasionados. ¿Cuál va a ser la influencia de este fondo común (se podría decir, de este clima nuevo) sobre nuestra vida interior? ¿Va a disolvemos en su dulce calor? ¿A embotar en una atmósfera de espejismo la nitidez de los objetos próximos? ¿A distraernos de lo tangible individual para absorbernos en un sentido confuso de lo Universal?... Para temerlo sería necesario olvidar una vez más que, en la dirección del espíritu, la unión diferencia. Es exacto, sin duda, que, si he descubierto Omega, todas las cosas se me conviertan, de alguna manera, en la misma cosa, de suerte que, haga lo que haga, pueda tener la impresión de hacer una misma cosa. Pero esta unidad fundamental no tiene nada de común con una disolución en lo homogéneo. En primer lugar, acentúa, lejos de debilitar, el relieve de los elementos que une, pues Omega, el único deseado, no se forma a nuestros ojos y no se ofrece a nuestro contacto más que en la perfección de los progresos elementales por los que se teje, experimentalmente, la Evolución. Pero hay más. El amor no impregna solamente el Universo, a la manera de un aceite que reavivaría sus colores. No liga, simplemente, en una transparencia común, el polvo opaco de nuestras experiencias. Es una verdadera síntesis la que opera en el haz agrupado de nuestras facultades. Y he aquí, en definitiva, el punto que interesa comprender bien.

En el curso superficial de nuestras existencia, es una cosa diferente ver o pensar, comprender o amar, dar o recibir, aumentar o disminuir, vivir o morir. Pero ¿qué van a ser todas estas oposiciones desde el momento en que, en Omega, su diversidad se descubre como las modalidades infinitamente variadas de un mismo contacto universal? Sin desvanecerse, en absoluto, en sus raíces, van a tender a combinarse en una resultante común en la que su pluralidad, siempre reconocible, surge en una inefable riqueza. No interferencia, sino resonancia. ¿Por qué asombrarnos? ¿No conocemos, en un menor grado de intensidad, un fenómeno semejante en nuestra experiencia? Cuando un hombre ama noblemente a una mujer, con esta pasión vigorosa que exalta al ser más allá de sí mismo, la vida de este hombre, su poder de crear y de sentir su Universo entero, se vuelven a encontrar claramente contenidos, al mismo tiempo que sublimados, en el amor de esta mujer. Y, sin embargo, la mujer, por necesaria que sea al hombre para reflejarle, revelarle, comunicarle y «personalizarle» el Mundo, no es todavía el centro del Mundo. Así, pues, si el amor de un elemento por el elemento se muestra tan poderoso para fundir (sin confundirla) en una impresión única la multitud de nuestra percepción y de nuestras emociones, ¿cuál no será la vibración sacada de nuestros seres por su encuentro con Omega?

En verdad, cada uno de nosotros está llamado a responder, con un armónico puro e incommunicable, a la Nota universal. Cuando, por el progreso en nuestros corazones del Amor del Todo, sintamos apagarse, más allá de la diversidad de nuestros esfuerzos y de nuestros deseos, la exuberante sencillez de un impulso en el que se mezclan y se exaltan, sin perderse, los innumerables matices de la pasión y de la acción, entonces, en el seno de la

masa formada por la Energía Humana, nos aproximaremos cada uno a la plenitud de nuestra eficiencia y nuestra personalidad.

c) *Totalización, por el amor, de los individuos en la Humanidad*

El paso de lo individual a lo colectivo es el problema actual y crucial de la Energía Humana. Y hay que reconocer que los primeros pasos dados hacia su solución no hacen más que aumentar la conciencia que tenemos de sus dificultades. Por un lado, la red, cada vez más estrecha, de los lazos económicos, junto a un innegable determinismo biológico, nos empuja, ineludiblemente, los unos contra los otros. Por otro, en el curso de esta compresión creemos sentir que se pierde la parte más preciosa de nosotros mismos: nuestra espontaneidad y nuestra libertad. Totalitarismo y Personalismo: ¿variarán estas funciones, contrariamente a las previsiones de la teoría, necesariamente en sentido inverso una de otra? ¿Y tenemos que escoger, para construir el porvenir (puesto que es necesario avanzar), entre el Caribdis de los colectivismos y el Escila de los anarquismos, entre la simbiosis que mecaniza y su dispersión que desvitaliza, entre la termitera y el movimiento browniano?.. Parece que el dilema, evidente desde hace mucho tiempo para los espíritus clarividentes, acaba de entrar, bruscamente, en el campo de la conciencia pública. No hay revista ni congreso en el que, desde hace un año, no se remueva la cuestión. Y sin que desgraciadamente, se hayan dado los elementos de una respuesta aceptable.

En mi opinión, la razón de los fracasos sufridos desde hace un siglo por la Humanidad en su esfuerzo por organizarse, no hay que buscarla en alguna imposibilidad de naturaleza, inherente a la operación intentada, sino en el hecho de que las tentativas de agrupamiento se prosiguen invirtiendo el orden natural de los factores de la unión entrevista. Me explico:

Totalizar, sin despersonalizar. Salvar, a la vez, el conjunto y los elementos. Todo el mundo está de acuerdo sobre este doble objetivo a alcanzar. Pero ¿cómo disponen los valores que, en teoría, están de acuerdo en querer preservar, los agrupamientos sociales actuales (demócratas, comunistas, fascistas)? Considerando siempre la persona como secundaria y transitoria, y poniendo en cabeza de los programas la primacía de la pura totalidad. En todos los sistemas de organización humana que se enfrentan ante nuestros ojos está sobrentendido que el estado final hacia el que tiende la Noosfera es un cuerpo sin alma individualizada, un organismo sin rostro, una Humanidad difusa, un *Impersonal*.

Pero, una vez admitido este punto de partida, vicia, hasta hacerla impracticable, toda la marcha siguiente de la operación. En un proceso de síntesis, el carácter impreso finalmente a los términos unificados es, necesariamente, el mismo que caracteriza el principio activo de la unión. El cristal geometriza, la célula anima la materia que se le aproxima. Si el Universo tiende, finalmente, a convertirse en algo, ¿cómo guardaría en él lugar para alguno? Si la cima de la evolución humana está considerada como de naturaleza impersonal, los elementos que la aceptan verán, inevitablemente, a despecho de todos los esfuerzos contrarios, decrecer su personalidad bajo su influencia. Y esto es, exactamente, lo que sucede. Servidores del progreso material o de las entidades raciales, por mucho que se esfuerzen en la libertad son fatalmente aspirados y asimilados por los determinismos que construyen. Sus propios mecanismos los mecanizan. El verdadero Karma hindú. Y entonces, para dirigir los resortes de la Energía Humana, no queda más que el uso de la fuerza bruta, la fuerza que, muy lógicamente, se quisiera hoy que empezáramos a adorar de nuevo.

Pero esto es una traición al Espíritu, al mismo tiempo que un error grave en técnica humana. En un sistema formado por elementos conscientes, no puede haber cohesión más que a base de inmanencia. No la fuerza por encima de nosotros, sino el Amor, y, por tanto, para comenzar, la existencia reconocida de un Omega que haga posible un Amor universal.

El vicio, ya lo hemos dicho, de las doctrinas sociales modernas es presentar una Humanidad impersonal a las ambiciones del esfuerzo humano. ¿Qué sucederá el día en que, en lugar de esta divinidad ciega, conociéramos la presencia de un centro consciente de convergencia total? Entonces, por un determinismo inverso de este contra el que nos debatimos, las individualidades, tomadas en la corriente irresistible de la totalización humana, se sentirán reforzadas por el movimiento mismo que las reúne. Cuanto más se agruparan bajo un Personal, forzosamente se harían más personales. Y todo esto, naturalmente, sin esfuerzo, en virtud de las propiedades del Amor.

Hemos insistido ya varias veces en esta verdad capital de que «la unión diferencia». El Amor no es más que la expresión concreta de este principio metafísico. Imaginemos una Tierra en la que los hombres estarían ante todo (e incluso, en cierto sentido, únicamente) interesados en realizar su acceso global a un ser universal, apasionadamente deseado, en el que cada uno reconocería una participación viva en lo que hay de más incomunicable en su prójimo. En un mundo semejante, la coerción resultaría inútil para mantener los individuos en el orden más favorable a la acción, para orientarles, en el seno de una libre competencia, hacia combinaciones mejores, para hacerles aceptar las restricciones y los sacrificios impuestos por una cierta selección humana, para decidirles, en fin, a no derrochar su potencia de amar, sino a sublimarla, celosamente, con vistas a la unión final. En estas condiciones, la Vida escaparía, por fin (liberación suprema), a la tiranía de las coacciones materiales; y una personalidad cada vez más libre se construiría, sin contradicción, en el seno de la Totalidad.

«Amaos los unos a los otros.» Hace dos mil años que han sido pronunciadas estas palabras. Pero hoy vienen de nuevo a sonar con un tono muy diferente a nuestros oídos. Durante siglos, caridad y fraternidad no podían sernos planteadas más que como un código de perfección moral o, todo lo más, como un método práctico para disminuir los roces y las penas de la vida terrestre. Pero desde que se han revelado a nuestro espíritu, por una parte, la existencia de la Noosfera y, por otra, la necesidad vital en, que nos encontramos de salvar ésta, la voz que habla se hace más imperiosa. No dice, solamente, «Amaos para ser perfectos», sino que añade, «Amaos o pereceréis». Los espíritus «realistas» pueden reírse de los soñadores que hablan de una Humanidad cimentada y acorazada, no de brutalidad, sino de amor. Pueden negar que un máximo de potencia física pueda coincidir con un máximo de dulzura y de bondad. Este excepticismo y estas críticas no podrán impedir que la teoría y la experiencia de la Energía espiritual se encuentran de acuerdo para advertirnos de que *hemos llegado a un punto decisivo de la evolución humana*, en el que la única salida hacia adelante está en la dirección de una pasión común, de una «conspiración».

Continuar poniendo nuestras esperanzas en un orden social obtenido por violencia externa, equivaldría, simplemente, para nosotros, a abandonar toda esperanza de llevar hasta sus límites el Espíritu de la Tierra.

Y expresión de un movimiento irresistible e infalible como el mismo Universo, ningún obstáculo podría impedir a la Energía Humana alcanzar libremente el término natural de su evolución.

Por tanto, a despecho de todos los fracasos y de todas las inverosimilitudes, nos aproximamos, necesariamente, a una edad nueva en la que el Mundo arrojará sus cadenas para abandonarse, al fin, al poder de sus afinidades internas.

O bien tenemos que poner en duda el valor de todo lo que nos rodea. O bien tenemos que creer, sin límites, en la posibilidad y, añadiría yo ahora, en las consecuencias necesarias de un amor universal.

¿Cuáles son estas consecuencias?

Hasta aquí, en el estudio del amor totalizador-social de la Energía Humana, hemos considerado, sobre todo, la propiedad singular que posee de unir y de articular, sin

mecanizarlas, las moléculas pensantes de la Noosfera. Pero esto no es más que la fachada negativa del fenómeno. El amor tiene la virtud no solamente de unir sin despersonalizar, sino de ultrapersonalizar al unir. ¿Qué horizontes se perfilan ante nosotros, en el cielo de la Humanidad, desde la altura donde hemos llegado?

Aquí, primero, tenemos que mirar atrás, al punto en el que hemos dejado, en el término de su transformación por el amor, el núcleo individual humano. Bajo la influencia de Omega, decíamos, cada alma particular se hace capaz de exhalarse en un acto único, en el que pasan, sin confusión, la pluralidad innumerable de sus percepciones, de sus operaciones, de sus sufrimientos, de sus deseos. Pues bien: es hacia una metamorfosis análoga, pero de orden muy superior, hacia la que parece dirigirse la suma de las energías elementales que constituyen la masa global de la Energía Humana. Hemos seguido en el individuo la toma gradual de las emociones, de las aspiraciones, de los actos, en una operación «sui generis» inexpresable, que es todas esas cosas a la vez y algo más todavía. Es el mismo fenómeno a una escala incomparablemente más amplia el que tiende a continuarse, bajo la misma influencia de Omega en el conjunto del Pensamiento terrestre. Y, en efecto, toda la Humanidad operando y sufriendo al mismo tiempo, por la superficie de sus tanteos, el Centro hacia el que converge; un mismo fluido pasional recorriendo y religando, a cada instante, la libre diversidad de las actitudes, de los puntos de vista, de los esfuerzos representados, cada uno, en el Universo, por un elemento particular de la Miríada humana; la Multitud, llevada a su colmo de las oposiciones individuales, armonizándose en la simplicidad profunda de un solo deseo. ¿Qué es todo esto sino la génesis de un *acto colectivo y único*, en el que, bajo la única forma concebible de un amor, se realizarían, en las aproximaciones de su maduración, es decir, de su confluencia final, las potencias de personalidad incluidas en la Noosfera?

La totalización, en un amor total, de la Energía Humana total.

El ideal, entrevisto en sueños por los técnicos de la Tierra. He aquí, psicológicamente, lo que puede hacer el amor, si se lleva a un grado universal.

Pero este prodigio, ¿tiende, realmente, a realizarse?

Si así fuera, algunos rasgos de esta prodigiosa transformación deben ser perceptibles en la Historia. ¿Podemos reconocerlos? Esto es lo que me queda por investigar y por demostrar.

2.º EL AMOR, PRODUCTO HISTÓRICO DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

El análisis hecho más arriba del poder sintetizador del amor en materia de vida interior, no ha sido—y no podía serlo—sin que tuviéramos un modelo ante los ojos.

¿Dónde, pues, en la Naturaleza actual, existe un primer esbozo, una primera aproximación del acto total, en el que hayamos podido soñar?

En ningún lugar más claramente, me parece, que en el acto de caridad cristiana, tal como puede realizarlo un creyente moderno para quien la creación se ha hecho expresable en términos de Evolución. A los ojos de un creyente semejante, la Historia del Mundo se presenta como una vasta cosmogénesis, en la cual todas las fibras de lo real convergen, sin confundirse, en un Cristo, a la vez personal y universal. Rigurosamente, y sin metáfora, el cristiano que comprende, a la vez, la esencia de su Credo y las relaciones espaciotemporales de la Naturaleza, se encuentra en la feliz situación de poder pasar, en un gesto único de comunión, por toda la variedad de sus operaciones y en unión con la multitud de los demás hombres. Tanto si vive como si muere, *por* su vida y *por* su muerte, consume, de alguna manera, a su Dios ⁷, al mismo tiempo que es dominado por él. En suma, perfectamente comparable al punto Omega que nuestra teoría hacía prever, Cristo (con tal

que se descubra en el pleno realismo de su Encarnación) *tiende a producir exactamente la totalización* espiritual que esperábamos.

7 El Cuerpo místico de Cristo: «Que sean uno, Padre, como tú y yo somos uno»
(Juan, XVII). (*N. del E.*)

En sí, la existencia, aun separada de un estado de conciencia dotado de una riqueza semejante, aportaría, si estuviera bien constatada, una sólida verificación a los puntos de vista que hemos expuesto sobre la naturaleza última de la Energía Humana. Pero es posible llevar mucho más lejos la demostración observando que la aparición en el Hombre del Amor de Dios, comprendido con la plenitud que le damos aquí, no es un simple accidente esporádico, sino que se presenta como el producto regular de una larga evolución.

Intentemos, antes de desprender el significado profundo del hecho, esbozar, en sus líneas generales, la historia humana del amor universal.

a) *El fenómeno cristiano*

En el centro del proceso que conduce al establecimiento moderno de una relación efectiva de orden personal entre el Hombre y el Universo, hay que situar, inevitablemente (se crea o no en su valor trascendente), la influencia cristiana.

El fenómeno cristiano me parece que ha sido oscurecido por la manera con la que se intenta, a menudo, definirlo, partiendo de ciertas propiedades que no son en él más que accidentales o secundarias. Presentar, simplemente, el Evangelio como un despertar del Hombre a su dignidad personal, o bien como un código de pureza, de dulzura y de resignación, incluso como el punto de partida de nuestra civilización occidental, es enmascarar su importancia y hacer incomprensibles sus éxitos, despreciando lo que aporta de característicamente nuevo. No hay que buscar, diría yo, el mensaje esencial de Cristo en el Sermón de la Montaña ni siquiera en el gesto de la Cruz: está enteramente en el anuncio de una «Paternidad divina»; traduzcamos: en la afirmación de que Dios, ser personal, se presenta al Hombre como el término de una *unión personal*. Muchas veces (y sobre todo en los albores de la era cristiana), el tanteo religioso humano se había aproximado a esta idea de que Dios, Espíritu, no podía ser alcanzado más que por el Espíritu. Pero es solamente en el Cristianismo donde el movimiento alcanza su expresión y su consistencia definitivas. El don del corazón, en lugar del prosternarse de los cuerpos; la comunión más allá del sacrificio; Dios amor y no alcanzándose, finalmente, más que en el amor: he aquí la revolución psicológica y el secreto del florecimiento cristiano.

Y después de esta iluminación inicial, la llama no ha cesado nunca de crecer. Estimar en su valor real la importancia de los éxitos evangélicos es cosa difícil hasta tanto no haya sido fijada claramente la naturaleza esencial del fenómeno cristiano. ¿En qué proporción ha sido «convertido» el Mundo y en qué medida va convirtiéndose todavía? Es muy difícil de decir. En medio de las vicisitudes y de las proliferaciones sin número que marcan el desarrollo de la Iglesia, el historiador se pierde y duda, igual que le sucede al naturalista que se extravía entre la multiplicidad confusa de las formas animales, hasta el punto de preguntarse si, verdaderamente, hay a su alrededor un movimiento positivo de la vida. Pero igual que los ojos del naturalista (si se decide a buscar en el progreso de la conciencia el verdadero parámetro de la evolución) descubren la longitud de un tallo que sube continuamente bajo la frondosidad accidental de las especies vivas, así el historiador de las religiones, desde que se le ocurre medir la marcha del Cristianismo, no solamente por una expansión numérica de

los fieles, sino por la *evolución cualitativa de un acto de amor*, se ve conducido a trazar la curva de un progreso cierto.

Comprendarnos esto bien. Así como el crecimiento en curso de la conciencia humana colectiva no impide que haya habido en el mundo, antes que nosotros (en un pasado *no demasiado lejano*), hombres mejor dotados individualmente que muchos de nuestros contemporáneos, así tampoco, afirmo, el amor divino no ha tenido en un Pablo, en un Agustín, una Teresa de Jesús, una riqueza potencial que nos sería difícil encontrar en algún cristiano actualmente vivo. Pero lo que quiero decir es que, precisamente bajo la influencia de pasiones geniales como las de un Pablo, un Agustín o una Teresa, la teoría y la práctica del Amor total no han dejado nunca, desde Cristo, de precisarse, de transmitirse y de propagarse, de suerte que, por efecto de los dos mil años de experiencia mística que nos traen el contacto que podemos tomar con el foco personal del Universo, ha ganado tanto en riqueza explícita como el que nos es posible tomar con las esferas naturales del Mundo, después de dos mil años de Ciencia.

El Cristianismo, me atrevería a decir, no es otra cosa que un «phylum» de amor en la Naturaleza. Y, mirado desde este punto de vista, no solamente no es estacionario, sino que está tan vivo que en este mismo momento podemos observar que sufre, ante nuestros ojos, una extraordinaria mutación, elevándose a una conciencia más firme de su valor universal.

b) *Hacia un Monismo cristiano* ⁸

8 Cuando el P. Teilhard habla de *Monismo* cristiano o de *Panteísmo* cristiano, entiende denunciar las desviaciones heréticas que permanecen unidas a estas palabras y devolver a éstas un sentido ortodoxo y verdadero. (*N. del E.*)

Hemos tenido ya ocasión de señalar, entre los indicios que revelan un movimiento actual de la Noosfera, el despertar sobre la Tierra de un cierto «sentido cósmico», por el que cada uno de nosotros tiende a tomar una conciencia habitual y práctica de sus relaciones con el Universo en evolución.

En esta participación activa de nuestros seres en una obra de conjunto (obra cuya realidad se descubre al término de todas las avenidas de la Ciencia), se condena y toma tierra en el corazón del mundo moderno la nebulosa de los panteísmos antiguos. A una aceptación instintiva, sentimental y racional pasiva de las potencias cósmicas suceden, en los seres vivos, el don racional y la colaboración reflexiva del elemento en una tarea y un ideal comunes.

Semejante aparición del Todo por encima del horizonte de nuestras preocupaciones individuales ha podido ser interpretado como un signo de que el Cristianismo se aproximaba, naturalmente, a su fin. La forma antropomórfica de adoración, basada en la fe en un Dios personal, ¿no iba a ser cambiada por el culto de realidades totalitarias, tales como el Mundo y la Humanidad?

Me parece que son completamente distintas la situación presente y las probabilidades de mañana.

Ningún objeto, hemos reconocido más arriba, podría pretender totalizar en él la Energía Humana, a menos que no posea un alma y no sea «alguien». Dejadas en el estado de colectividad impersonales, Tierra y Humanidad, pues, son positivamente impotentes para sostener y mantener el impulso espiritual del Mundo. La marea que su atracción levanta está destinada a caer de nuevo sin forma, es cierto, hasta tanto no lleguen, una y otra, a resolver sus nebulosidades en alguna figura clara. Pero ¿por qué no llegarán a animarse, a personalizarse, una y otra, acercándose a Dios, al que parecían tener que eliminar? ¿Por qué

la cúspide que falta a sus masas desmesuradas no se encontraría, precisamente, en el foco que han determinado ya las aspiraciones cristianas?

De hecho, por el juego inevitable de las fuerzas psicológicas en presencia, la síntesis de los dos elementos está produciéndose ante nuestra vista. Por una parte, el Cristo resucitado del Evangelio no puede llegar a mantenerse en la conciencia de los fieles por encima de la creación que debe, por definición, consumir más que incorporarse la creación que se quisiera oponerle. Por otra parte, esta misma evolución, para satisfacer las exigencias de la acción refleja nacida de sus transformaciones, se busca ansiosamente, en el fondo de cada uno de nosotros, un foco universal de pensamiento y de afecto. Aquí, una esfera que llama a un centro. Allá, un centro que espera a una esfera. Lejos de contrariarse, como se podría temer, los dos astros de la Totalidad y de la Personalidad, se atraen uno al otro en el alma humana, y esto por la fuerza de cohesión, que tiende a cerrar el Universo sobre sí mismo. Una conjunción es, pues, inevitable. Pero de esta conjunción, cuando se produzca, va a resultar, mañana, el mayor de los fenómenos: la irrupción, en un solo corazón, de la savia total de las cosas; el Mundo querido por el Hombre, al igual y más allá de una Persona; el nacimiento, por primera vez en la Tierra, de un amor tan amplio y tan fuerte como el Universo.

He aquí, decíamos anteriormente, el sentimiento que empiezan ya a experimentar, en sí mismos, los más advertidos de los creyentes. Pero he aquí también, como anunciábamos, el fruto de una elaboración cuya sede es el conjunto del Pensamiento humano. Cuando un cristiano puede decir hoy a su Dios que le ama, no solamente con todo el cuerpo y toda su alma, sino con todo el Universo, no hace un descubrimiento repentino e individual, sino que su acción es la *manifestación de un estado* general y nuevo de la Noosfera. En la riqueza creciente de su formulación, el amor no solamente totaliza las disposiciones psicológicas del Mundo en un momento dado, sino que aclara y resume en él todos los esfuerzos del Pasado: las dos condiciones esperadas por las que podríamos reconocer que representa realmente la forma superior buscada por la Energía Humana.

...De donde, finalmente, la sugestión siguiente: por dos puntos críticos, la Energía Humana ha tomado ya la forma que le conocíamos en este momento: aparición, primero, de la Vida, de donde ha salido la Biosfera; aparición, después, del Pensamiento, que llega a la Noosfera.

¿No estaría en curso, desde el nacimiento cristiano del amor, una metamorfosis ulterior, la última: la toma de conciencia de un Omega en el corazón de la Noosfera, el paso de los círculos a su centro común: la aparición de la «*Teosfera*»?...

Sueño, se dirá, y fantasmagoría. Pero que encuadra, singularmente, con la marcha de las cosas.

Y, además, ¿no es curioso que, tomado en el frío rigor de sus exigencias católicas, el Cristianismo (y esto explica sus luchas por emerger, celosamente, de las sectas, de las razas, de las naciones, de los imperios) no ha pretendido nunca, en el fondo, ser ni más ni menos que esto? *

* *Inédito*. 6 de agosto-8 de septiembre de 1937. Marsella-Sanghai.

APENDICE

EL PRINCIPIO DE LA CONSERVACION DE LO PERSONAL

Presupuesto, resumen y corolario, todo junto, de los puntos de vista más arriba propuestos sobre la Energía Humana, un principio de valor universal parece desprenderse de nuestra experiencia externa e interna del Mundo, al cual podría darse el nombre de «Principio de conservación de lo Personal».

1.º En un *primer grado*, la ley de conservación de lo Personal explica que la subida del Espíritu en el Universo es un fenómeno irreversible. De cada nueva cima de conciencia a la que llega, afirma, el Mundo no vuelve a descender. Una vez que ha aparecido la vida en la Materia, el Cosmos no puede ya «des-vitalizarse», así como tampoco el Pensamiento, una vez nacido a la Vida, no podría «des-hominizarse» ya nunca más. Tomada en su conjunto, la Conciencia puede avanzar, pero no retroceder.

«Conservación (sin regresión) del grado de despersonalización más alto adquirido, en cada instante, por la Vida en el Mundo»: bajo esta *forma cualitativa*, el principio enunciado parece verificado por todo lo que sabemos actualmente sobre el desarrollo histórico de la Naturaleza.

2.º En un *segundo grado*, el principio de conservación de lo Personal sugiere que, en la Evolución Universal, un *cierto «quantum»* de energía se encuentra en estado «impersonal», destinada a volverse a encontrar, por entero, al término de la transformación, en estado «personal» (siendo la calidad de este «personal-final» función de la cantidad de «impersonal» comprometido al principio de la operación).

Conservación (sin pérdida) en el curso de la espiritualización universal de una masa indefinida de potencia o «materia» cósmica. Bajo esta *forma cuantitativa absoluta*, la ley de conservación de lo Personal no es directamente demostrable, bien porque es contradictoria a la forma de nuestro conocimiento de poder «cubicar» el Mundo, bien porque no vemos todavía cómo expresar el coeficiente de transformación de lo Impersonal en Personal. Pero el principio tiene, sin embargo, un sentido útil: expresa que la espiritualización en progreso en el Cosmos debe comprenderse como un *cambio de estado físico*, en el curso del cual hay un cierto invariable preservado a lo largo de la metamorfosis.

Así comprendida, observémoslo, la conservación de lo Personal no implica de ninguna manera (sino todo lo contrario) una identidad «ontológica» entre lo inconsciente y lo «autoconsciente». Aunque sujeta a una ley «cuántica», la personalización continúa siendo, esencialmente, una transformación evolutiva, es decir, continuamente generadora de algo totalmente nuevo. «Se requiere tanto de Materia para tanto de Espíritu; tanto de Múltiple para tanto de Unidad; nada se pierde mientras que todo se crea. » He aquí, únicamente, lo que se afirma.

3) Finalmente, en un *tercer grado*, el principio de conservación de lo Personal significa que cada núcleo individual de personalidad, una vez formado, se encuentra constituido «él mismo» para siempre, mientras que, en lo Personal supremo que corona el Universo, todas las personas elementales, aparecidas en el curso de la Evolución, deben volverse a encontrar en el estado diferenciado (aunque suprapersonalizadas).

«Permanencia (inmortalidad) de las personalidades individuales bajo esta tercera forma numérica, la «conservación de lo Personal» se deduce inmediatamente de sus formas 1 y 2

(cualitativa y cuantitativa), si se tiene en cuenta el hecho de que cada persona elemental contiene, en su esencia, *algo de único y de intransmisible*. Si este incomunicable llega a ser aniquilado por la destrucción de una sola persona, el Universo cesa, *ipso facto*, de integrar en su término la totalidad de sus potencias espirituales, bien en cualidad, bien en cantidad.

En un Universo en el que el Espíritu es considerado *al mismo tiempo* que la Materia, el Principio de Conservación de lo Personal se presenta como la expresión más general y más satisfactoria de la invariante cósmica primero presentida y buscada por la Física, del lado de la conservación de la Energía.

(20 de octubre de 1937. Pekín.)

LA MISTICA DE LA CIENCIA

Si no nos fuese tan difícil dominar los acontecimientos en los que nos encontramos mezclados, uno de los caracteres que deberían maravillarnos más en el mundo actual es la importancia preponderante tomada en la actividad humana por el departamento, podríamos decir, por la función de la investigación. Hace sólo algunas generaciones habrían bastado ampliamente tres cifras para cubrir el número de «originales» que poseían el «demonio» del descubrimiento. Pero hoy una fracción importante de la humanidad civilizada consagra su existencia a atacar los misterios y las posibilidades del Universo, mientras que la otra fracción, apelotonados alrededor de la arena, sigue con un interés acuciante las peripecias de la lucha. Lejanías del pasado, profundidades del espacio, secretos de la materia, resortes de la Vida, todos estos dominios, apenas considerados ayer, son, en este momento, escrutados con una tenacidad, una sagacidad, un lujo de artificios destinados, según parece, a volver y a absorber en sí, antes de mucho tiempo, los torrentes de oro y de energía que se pierden todavía en el pozo de los armamentos y de la guerra. Al lado de los cañones monstruosos y de los enormes acorazados hay, desde ahora, telescopios gigantes, electroimanes ultrapoderosos, máquinas para desintegrar los átomos... La investigación ha salido de los escauceos de la infancia. Se ha convertido en la ocupación grave, central, vital, del hombre adulto. Esto es lo que debería impresionarnos más que todos los desórdenes políticos y todos los materiales sociales, sólo con que supiéramos mirar el mundo de nuestro alrededor.

A este fenómeno extraordinario de una humanidad que se afina irremediamente en un gesto común de descubrimiento, se le pueden dar varias explicaciones «deterministas»: necesidad de bienestar que nos lleva, sin descanso, hacia un mayor confort en un trabajo más fácil. Competencia vital que obliga al individuo y a la nación, si quieren sobrevivir, a producir cada vez más económicamente, a encontrar mercados siempre nuevos, a ser el más fuerte, a distinguirse... Para conservar el equilibrio, es decir, para guardar las distancias, todos, en cada terreno, tienen que ir siempre más deprisa en lo extraordinario y en lo nuevo. Misterio de la Materia que persigue al Espíritu. Reconozco, de buena gana, la importancia de estos factores egoístas e inmovilistas en la marcha del progreso. Pero observo que no dan cuenta, a fondo, de lo que ocurre.

Lo que, en efecto, es admirable y sorprendente en la actitud humana actual frente a la investigación es lo que manifiesta de pasión desinteresada. El sabio moderno, desde luego, estima y utiliza la superioridad que le confieren, eventualmente, sus descubrimientos. Pero en esta misma superioridad no aprecia, a fin de cuentas, más que lo que puede conducirle, a él o a otro, a ir todavía más lejos. Hoy se arriesga, corrientemente, la vida en los laboratorios cuando se trata de dar con un microbio o con un nuevo rayo. ¿Y qué decir de los que pasan su vida (mientras que dura) probando aviones? ¿Y también de los que se dejan deslizar, solitariamente, en las profundidades del Océano o enviar a la estratosfera? El dinero y la fama pueden llevar a locas audacias cuando centellean ante los ojos del jugador. No justifican el sacrificio oscuro de una existencia individual y, todavía menos, el don espontáneo de una generación. No basta el *aun sacra fames*¹. Saber más para poder más, para ser más. La fuerza que arroja al hombre a alta mar no es el simple ardor de guardar lo que tiene ya. No encuentra, psicológicamente, su razón suficiente más que en la conciencia, al menos oscura, de crear algo por adelantado. Con razón o sin ella, el hombre moderno ha puesto su interés y su esperanza en un destino ilimitado, más allá de sí mismo. Y en la exploración y la conquista de este futuro, nos encontramos todos embarcados. Esperanza en un futuro sin límites: los dos caracteres esenciales de una religión.

1 «Execrable hambre de oro» (Virgilio, *Eneida*).

Nadie lo duda. Es una fe que hierve en el origen de los grandes movimientos nacionalistas totalitarios. De manera semejante, aunque en una escala mucho más amplia, es también a una energía de naturaleza religiosa a la que hay que recurrir para explicar el estado presente de la tierra pensante. Bajo su forma actual, es decir, en el movimiento unánime que la lleva hacia nuevos horizontes de conocimiento, la humanidad no resiste, y no puede continuar resistiendo, más que por una mística.

Es esta mística de la ciencia la que quisiera analizar aquí: en su origen, en sus desarrollos, en su porvenir.

I. LOS ESBOZOS

En un sentido, todo lo que existe hoy de profundamente humano en el hombre ha existido siempre en él. Pero también, en un sentido, este fondo esencial y común del espíritu se encuentra en nosotros, después de las crisis históricamente atravesadas, retocado, refundido, «re-nacido». Nos reconocemos en nuestra infancia; pero nuestra infancia no había ni previsto ni comprendido nuestra madurez. Es la ley de todo crecimiento.

Así sucede con el sentido social, con el arte, con el amor. Así también con el gusto sagrado por la ciencia.

Desde que el hombre es hombre, el árbol de la ciencia ha comenzado a verdear en el jardín de la tierra. Pero es lentamente, mucho más tarde, cuando ha dado su flor. Y fue ayer cuando empezamos a percibir el sabor divino de su fruto.

No soy un historiador de las ciencias. No me siento, pues, calificado especialmente para dar aquí una estimación competente y honda de la transformación que ha hecho pasar al hombre del juego al respeto y, posteriormente, al culto de la investigación. Sin embargo, no creo equivocarme mucho al reducir a tres las fases preliminares de este desarrollo: esoterismo, esteticismo, curiosidad, etapas que ha debido franquear la humanidad antes de que se despertara a la mística moderna del descubrimiento.

A) *Esoterismo*

Yo pondría como tipo de esoterismo científico el antiguo Egipto. Entramos, probablemente, en plena leyenda. Pero ésta está tan acreditada que bien puedo servirme de ella para hacerme comprender. De creer a algunos historiadores, habría nacido antaño, a orillas del Nilo, una escuela científica. Muchos siglos antes de nuestra era los sacerdotes de Isis habrían sondeado ya profundamente, por observación y por cálculo, los secretos de la materia. Dejemos de lado las fantasías a las que se ha dado libre curso sobre el sentido oculto de la Esfinge y las maravillas astronómicas de las Pirámides, y retengamos solamente la tradición general, a título de símbolo. Esta nos transmite el recuerdo de una edad en la que el conocimiento del mundo, apenas mal separado del más allá, se mezclaba aún, en su objeto, con la religión. Ciencia religiosa, verdaderamente, pero en un sentido muy diferente al que emplearíamos hoy al hablar de una religión de la ciencia. En aquel tiempo, una misma y vaga noción de lo oculto parece haber cubierto la Naturaleza y los dioses. Racionalismo precoz, quizá, en algunos. Pero, mal probablemente, también, alta magia. Para figurarnos el sacerdote-sabio de Egipto, el «mago» (si verdaderamente ha existido este tipo), podríamos imaginarlo como un Fausto primitivo, fascinado y aterrado por las fuerzas que él libera. Poner la mano, temblando, sobre potencias ocultas, a fin de captarlas y de revestirse con ellas, pero sin idea de entregarse para adorarlas. Misterios. Pero no mística.

B) *Esteticismo*

El esoterismo, tan arraigado en el hombre por sus descubrimientos secretos o, al menos, por la acción de lo oculto se enterraba ya bajo la ruina de los templos cuando apareció, para relevarlo, la perspectiva helénica de la ciencia. Por su genio nacional y también (como se manifiesta en un Aristóteles o en un Arquímedes) por su sentido de la observación y de la experiencia, los griegos abrieron el camino al mundo moderno. Sin embargo, si bien sus métodos de investigación anunciaban y preparaban los nuestros, el espíritu que les impulsaba a este esfuerzo estaba todavía muy lejos del que nos anima. Saber, para el sabio griego, ¿no era, acaso, trazar con compás la línea precisa alrededor del Universo, fijar la ley definible; el «canon» que regularía armoniosamente, de una vez para siempre, la estructura del Kosmos? El Kosmos: lo que es bello, regular, sin penumbra; lo que es capaz, quizá, de ser perfeccionado en el detalle, pero, sobre todo, lo que se admira, como un gigantesco Praxiteles. Esta sola palabra, como se ha hecho notar a menudo, contiene y revela toda una filosofía de la acción y todo un ideal del conocimiento: nitidez geométrica de un paisaje sin lejanías, inmóvil en la luz. Si la mística es a base de expectativas imprecisas e ilimitadas, los griegos, en conjunto, parecen haber sido los menos místicos de los hombres. Preocupados por el goce más que por la conquista, no parece que hayan esperado nada por delante o más allá de ellos mismos. Sus innumerables mitos eran todos una eternidad inmóvil o un pasado.

Tal vez sea por esto por lo que la flor griega se secó tan rápidamente.

C) *Curiosidad*

Para dar un paso más, y esta vez definitivo, hacia la aparición de lo que podríamos llamar el gran mito de la ciencia, tenemos que ir hasta el Renacimiento. Desplazando y suplantando el alquimismo, en el que se prolongaba todavía el viejo esoterismo, el pensamiento científico del siglo XVI creyó, aparentemente, que se volvía a situar en la línea estética de la razón griega. A poco, hubiese deseado, en física como en arte, una vuelta a atrás. Pero las perspectivas estrechas y tranquilamente terrestres de la Hélade no podían

renacer ni volver a ser las mismas en el fondo de una conciencia a la que había renovado, en el intervalo, la revolución cristiana. En quince siglos el alma humana había cambiado profundamente. Se había abierto, para siempre, a una inquietud religiosa que le hacía insípido todo alimento en el que faltara la sal de una realidad superior a toda realidad conquistada y poseída². Simultáneamente, gracias, sobre todo, a los progresos de la óptica, aparecieron nuevos mundos. Tanto abajo como arriba, en lo ínfimo como en lo inmenso, todas las dimensiones crecieron prodigiosamente. Bajo estas dos influencias conjugadas, el Kosmos griego estallaba, espacial, al mismo tiempo que moralmente. Lo circunscrito cedía el lugar a lo ilimitado. Al cuidado exclusivo por organizar artísticamente un mundo cerrado sucedía, pues, *ipso facto*, para los pioneros del Renacimiento, la preocupación por explorar las nuevas regiones que, de repente, se abrían a la experiencia. Desde este momento, la ciencia había dejado de ser especulación para llamarse descubrimiento. Y, por este solo cambio de orientación, el hombre se comprometía, de hecho, en la vía que debía pronto descentrarle de sí mismo para centrarle en el Universo. Pero no tenía todavía la clara conciencia de esta metamorfosis. Sorprendido, y un poco ansioso, frente a los nuevos horizontes que surgían ante sus ojos, avanzaba creyendo, simplemente, abandonarse al placer de satisfacer su curiosidad.

2 Basada, es verdad, en una perspectiva mística más que en hechos experimentales, se encuentra en los Padres griegos (Ireneo, por ejemplo) una sorprendente anticipación de nuestros puntos de vista modernos sobre el progreso.

Y es entonces cuando, por toques insensibles, se produjo uno de los acontecimientos intelectuales más considerables que la Historia haya registrado hasta hoy: la revelación del tiempo a la conciencia humana.

II. EL DESCUBRIMIENTO DEL TIEMPO

Nos sentiríamos muy incómodos, por no decir «asfixiados», si se nos obligara a volver hoy a las esferas planetarias y a los cielos cúbicos en los que algunos pensaban, todavía en pleno siglo XVIII, poder encerrar el mundo. Pero nos ahogaríamos mucho más si tuviéramos que reconstruir los estrechos límites en los que, hasta el siglo XIX, nuestros padres encerraban, sin sentirse molestos por ello, las edades del Universo. Las perspectivas de duración sin límite en las que respiramos hoy a pleno pulmón se nos han hecho tan naturales, que olvidamos lo reciente y caramente pagada que ha sido su conquista. Y, sin embargo, nada hay más cierto. No hace todavía doscientos años, los mayores espíritus de la Tierra no imaginaban un pasado y no se habían atrevido a prometerse un porvenir que superara los seis u ocho milenios. Duración increíblemente corta y, lo que es más, desconcertante para nuestros espíritus, duración de simple repetición, a lo largo de la cual las cosas se conservaban o se reiteraban, en un mismo plano, siempre parecidas a sí mismas.

¿Cómo ha llegado a evadirse nuestro pensamiento de ese cuadro inorgánico y estrecho? ¿Por qué proceso y bajo qué nuevas influencias se ha acostumbrado nuestra mirada, como la de un recién nacido, a separar, y después a esparcir, en una perspectiva definida, los planes temporales del Mundo? Sería una tarea fascinante analizar esta historia puesto que, gracias a la proximidad de los acontecimientos, nos entregaría el mecanismo de esta cosa elusiva que las lejanías nos escamotean casi siempre: un comienzo. El encuentro, en apariencia fortuito, de factores que diríamos independientes pero que, sin embargo, convergen misteriosamente hacia la producción de un efecto coordinado: esto es lo que, por

mi parte, creo percibir en el movimiento que, en el corto intervalo de tres o cuatro generaciones, ha transformado, a los ojos del hombre, la significación y el valor de la ciencia.

Primer factor: el desarrollo de la Historia. La Edad Media había marcado una curiosa indiferencia hacia la investigación y la reconstrucción del pasado. Este se conservaba materialmente en el fárrago de las crónicas. Pero no se había hecho ningún esfuerzo para resucitarlo y verlo. De donde la ausencia, tan desconcertante para nosotros, en el arte de esta época de cualquier color local. Pero, desde el Renacimiento, y de una manera muy marcada en el siglo XVII, el sentido de la profundidad y del cambio se manifiesta en el sentido de la literatura, de las civilizaciones y, pronto, de la Naturaleza. «Subimos a hombros de los antiguos, vemos más lejos que ellos», decía Fontenelle. Y, de una manera más profunda, «la serie de los hombres puede ser considerada como un solo hombre que subsistiera siempre y que aprendiera continuamente», observaba Pascal. En *las Épocas de la Naturaleza*, Buffon entreveía, aunque «enchufadas» todavía en una capa demasiado delgada del tiempo, las transformaciones sucesivas de la Tierra: sus perturbaciones geológicas, la variación de los climas, la sucesión de las faunas. Poco a poco, en la conciencia humana, el tiempo se diferenciaba y se ahondaba hacia atrás, abriendo, por simetría, lugar a un futuro.

Pero, justamente en la misma época—segundo factor—se constituían la física y la química. Desde la lejana prehistoria, el hombre no se había explicado nunca las propiedades ni la estructura de la materia y, como energía, no conocía o no utilizaba más que la fuerza de los músculos y el trabajo de los animales. Pero he aquí que, de repente, con Lavoisier y después de Papin, descubría el misterio y la potencia mecánica del fuego. Uno a uno, los secretos contenidos en los cuerpos inanimados o en los seres vivos se abrían a su inteligencia y a su acción. Se encontraba, así, abierta la brecha por donde podía escapar a las condiciones de las edades neolíticas. Y ya entreveía, confusamente, las posibilidades, no de captar mágicamente, sino de acoplar racionalmente, para explotar el futuro que le descubría, en este momento, la historia, las potencias inagotables de la Naturaleza.

Y es en este confuso instante cuando, desde otro punto del horizonte—tercer factor—se levantaba y corría el gran viento de un despertar social de la conciencia humana. Hasta entonces el hombre había vivido, sobre todo, en grupos separados, indiferentes y hostiles. Había admitido que nada podría cambiar esencialmente en las condiciones políticas y económicas que encuadraban, desde siempre y según creía, su existencia. Pero ahora comenzaba a sentir temblar vagamente en él, las afinidades de una fraternidad universal y las esperanzas de una nueva organización del mundo. Por el estudio del pasado se había levantado la niebla dejando ver la alta mar. Gracias a la ciencia, el navío se encontraba dispuesto para tentar la aventura. He aquí que, ahora, se presentaba la dotación.

Así, gracias a la conjunción afortunada de los tres descubrimientos: descubrimiento de la sucesión gradual de las formas vivas, destinada a culminar pronto en las teorías de la evolución; descubrimiento de las energías que preludian las conquistas modernas del espacio y del «éter», descubrimiento del sentido humano, torpemente expresado en el despertar democrático de las masas, así se formó en el hombre, en los albores del siglo XIX, la noción de un tiempo orgánico, abierto a todas las ambiciones del sociólogo, del ingeniero y del sabio.

Proporcionado y correlativo a los dos abismos de lo ínfimo y de lo inmenso, se abrieron otros dos abismos hacia atrás y hacia delante—abismos desapercibidos por Pascal—y a través de ellos subía, propagándose, una antropogénesis.

La conciencia del progreso acababa de nacer, y con ella la Religión de la Ciencia.

III. LA RELIGIÓN DE LA CIENCIA

Iluminado por el descubrimiento del tiempo, es decir, de una evolución global y persistente del Universo, el hombre había encontrado, por fin, el secreto de la fuerza que, desde los orígenes, le impulsaba a investigar. Hasta entonces había seguido, instintivamente, sin comprenderlo bien, el gusto innato que le inclinaba a explorar la Naturaleza. A esta necesidad insuperable de conocer, que le obsesionaba y le daba el sentido oscuro de crecer, le había encontrado explicaciones diversas, provisionales. Por fin ahora podía definirla y justificarla ante su razón. No solamente saber por curiosidad, saber por saber, sino saber por fidelidad a un desarrollo universal que tomaba conciencia de sí mismo en el espíritu humano, saber para crear, saber para ser. La ciencia se atribuía en adelante, como función, prolongar y acabar en el hombre un mundo todavía incompletamente formado. Tomaba la forma y la grandeza de un deber sagrado. Se cargaba de porvenir. En el gran cuerpo, ya naciente, de una humanidad agrupada en el gesto del descubrimiento, se había separado, finalmente, un alma: una mística de la investigación.

En este relámpago que brilla en el corazón del hombre para revelarle la amplitud y las posibilidades de sus operaciones terrestres había, tenemos que repetirlo, un elemento definitivo de verdad. Pero en el curso del desarrollo histórico de todas las cosas hay que dejar siempre lugar a sucesivas aproximaciones. Una verdad, cuanto más fundamental es, no ha encontrado nunca su clara expresión más que a través de una serie de tanteos y de esbozos, como si nuestro espíritu (igual que la Naturaleza) no pudiera llegar a un centro más que después de haberlo circunscrito. No nos asombremos, pues, si durante una primera fase de su explicación, la mística del progreso ha tomado la forma más simplista, y hoy superada, de una especie de adoración por la ciencia.

En la religión de la ciencia, tal como se encuentra expresada en sus orígenes, bien en las disertaciones filosóficas de la *Grande Encyclopédie*, bien en las conclusiones positivistas de Augusto Comte o de Marx, bien en las aspiraciones cristianas o semicristianas de Lamennais y de Renan, es justo reconocer un impulso lleno de nobleza y una inmensa sinceridad. Al entregarse a los sueños de una humanidad, consciente por primera vez de la grandeza de su tarea terrestre, las gentes del siglo pasado obedecían a una ley profunda de la vida; y es de su entusiasmo de donde ha salido nuestro mundo actual. Esencialmente, su visión de un mundo en progreso era justa y de ella vivimos todavía. Solamente, y esto era grave, se encontraba viciada por un error que era, nada menos, que un cambio de perspectiva. En lugar de suspender la marcha de las cosas de un polo superior del espíritu, la ciencia del siglo XIX la ha imaginado soportada y limitada por potencias elementales de lo múltiple. Ha proyectado hacia abajo el centro del mundo. Su mística se ha perdido en el culto de la materia.

La fascinación de la Materia. Para ser justo hay que decir que la tentación de abandonarse a ella debió ser fuerte para nuestros antepasados; es natural que sucumbieran. Pongamos, con el pensamiento, en su lugar, es decir, en el primer instante en que los cuerpos animados y vivos cedían, definitivamente, ante el empuje científico del *análisis*. En aquel momento, en todos los terrenos a la vez, lo real, por simple o espiritual que pareciera ser, se mostraba espacial y temporalmente descomponible o referible a elementos más simples. Era la época en que el transformismo recién nacido pensaba poder trazar una cadena continua de formas que uniera, a través de los siglos, el hombre a los seres monocelulares. Era también el tiempo en el que, empujando un grado más hacia abajo las series paleontológicas, la química tendía un puente entre lo orgánico y lo mineral. Era, finalmente, la edad en que, abrazando en sus construcciones la totalidad de los edificios moleculares, celulares y siderales, la física esperaba reducir a movimientos calculables de masas invariables las formas y la energía contenidas en el Universo.

De estos éxitos iniciales debía salir la ilusión—como nació—de que el hombre, para poner la mano en el resorte último de la Naturaleza, no tenía más que ir cada vez más lejos en la investigación racional de los antecedentes mensurables. El secreto del Universo se disimulaba en las sombras del pasado y en las profundidades del átomo. El análisis lo haría salir de ahí. Y cuando se conocieran las leyes de la materia, el hombre se perfeccionaría, por sus propias fuerzas, artificialmente.

Esta concepción de un mundo enteramente explicable y perfectible por la pura razón tenía, evidentemente, algo de sencillo y de embriagador. Resucitaba el viejo orgullo de los Titanes de la Fábula. Pero, en contrapartida, rebajaba, sin darse cuenta, el cielo que trataba de escalar. Por el hecho mismo de la preponderancia, de la primacía otorgada a la materia, el espíritu perdía su valor e, incluso, su realidad: de tal modo que el progreso se encontraba, implícitamente, privado de todo sentido e incluso de toda carrera definible. Por su mecanismo, su determinismo y también, hay que decirlo, por su adoración ilógica del hombre, auto-suficiente o incluso todopoderoso, la «Religión de la Ciencia» salida del siglo XVIII se cerraba el mismo futuro al que pensaba lanzarse. Limitaba las potencias secretas de lo que había descubierto y llamado «evolución». Llevaba, pues, en sí, los gérmenes de donde había de salir pronto para el hombre una temible crisis de la acción.

IV. LA CRISIS INTELECTUAL Y MORAL DEL PROGRESO

Si había parecido tan excitante a los hombres del siglo pasado contemplar los nuevos horizontes del Universo y tan sencillo es avanzar por ellos, impresiones decididamente contrarias se dibujan en el mundo de hoy. Se ha puesto de moda, entre muchos contemporáneos, criticar y minimizar el valor y las posibilidades de la ciencia. Se sonríen de buena gana del entusiasmo religioso que nuestros padres, ingenuamente, mostraban por el progreso. O, si se le comparte todavía, se considera de buen tono disimularlo para no ser relegado entre los «primarios».

¿En qué se basa este viraje? ¿Y cómo hay que juzgarlo? El descrédito en que tan rápidamente ha caído (¡en medio siglo!) la fe en el progreso, se explica, en parte, por la ilusión habitual que hace creer a todos los movimientos nacientes que el objeto ideal cuya aparición les atrae, se encuentra al alcance de la mano, capaz de ser conseguido en el espacio de una generación. Cuando la verdadera distancia del objetivo se pone de manifiesto en la tentativa, surge el asombro y se habla de espejismo. Pero, en el caso de la religión de la ciencia, este error de lejanía se complicaba con la falta de perspectiva, mucho más peligrosa, ya lo decíamos más arriba, que hacía a sus primeros fieles volver la espalda al sol naciente. El siglo XIX había puesto su fe en la materia. Ahora bien: en tres direcciones principales, en física, en biología y en sociología, constatábamos que, al avanzar, la materia nos escapaba.

En el terreno fundamental de la física, primero, estaba la impotencia creciente del análisis para encontrar un término último, definible, de la sustancia cósmica. Bajo la influencia de las fuerzas radioactivas, los mismos átomos se desintegraban. Un nuevo nivel se descubría, así, por debajo de lo ínfimo, abriéndose, a su vez, a regiones donde el determinismo parece perder toda significación matemática.

La masa y el tiempo, esos dos pilares de la ciencia positivista, se veían privados, al mismo tiempo, de su valor absoluto. La materia del Universo, seguida hasta lo más íntimo de su textura, se resolvía en una niebla en la que la razón no captaba ya, en cierto modo, en el residuo de los fenómenos, más que las formas que ella les había impuesto. En fin de

cuentas, la inteligencia se encontraba de nuevo, cara a cara, con su propio reflejo. El «gran estable» inferior se desvanecía entre los dedos del materialismo.

En el dominio, más crítico todavía, de la biología, era el fracaso del mecanismo para dar cuenta de los desarrollos de la vida. Que las series animales se revelasen, en la moderna paleontología, más complicadas y profundas de lo que se había pensado en un principio, esto no tenía en sí, a pesar de lo que haya podido decirse, ninguna importancia. La única cosa seria era que, ni en la distribución de su conjunto, ni en el dibujo de sus fibras, ni en la estructura de sus elementos, estas series no se mostrasen explicables por una simple competición de forma ni por un simple juego de equilibrios psicoquímicos. Había que rendirse a la evidencia. En todo el frente de las disciplinas biológicas, después de un siglo de ataque, la materia viva, descompuesta metódicamente en sus elementos históricos, químicos, energéticos, se negaba a dejarse reducir a estos *únicos* componentes. En ella, como en la física, la ciencia se encontraba en un callejón sin salida: o más exactamente, encontraba el vacío en la dirección de la materia.

Y la decepción era más aguda todavía en el campo de la organización social. La ciencia, según se había esperado y proclamado, moralizaría al hombre haciéndole feliz. ¿No bastaba con conocer el secreto de los cuerpos para curar y hacer dichoso? Cuando se consiguiera producir económicamente y distribuir equitativamente los bienes de la tierra, ¿no sería el advenimiento de lo que la religión había llamado, antiguamente, el reino de Dios?.. Y sabemos lo que sucedió. En los tiempos que siguieron a 1848, Renan, confundido por un primer aborto de las teorías humanitarias, confesó públicamente que «el destino humano se había hecho más oscuro que nunca». ¿Qué diríamos hoy? En física y en biología una derrota es ahogada por los muros de los laboratorios. Cuando el fracaso se traduce por sangre en el cieno, la inquietud y la duda invaden la masa humana. ¿Nos habíamos equivocado, pues, al imaginar los elementos laboriosos de un Universo perfectible?

Hay en este momento, es indiscutible, alrededor nuestro y quizá en el fondo de nosotros mismos, una crisis intelectual y moral del progreso. En la construcción de un porvenir humano no sabemos ya muy bien si es posible, ni bueno, ir más lejos. Unos se atreverían a alegrarse con esta crisis. Otros se inclinarán a replegarse en la actitud derrotista de Renan decepcionado: «Continuemos gozando del don supremo, el de ser y es contemplar la realidad. La ciencia continuará siendo siempre la satisfacción del más alto deseo de nuestro ser, la curiosidad». Sin embargo, y me he apoyado en esta constatación al comenzar, el vasto esfuerzo de investigación y de conquista lanzado hace un siglo sobre la Tierra, lejos de debilitarse, no cesa de propagarse y de acelerarse ante nuestros ojos. Conmovidos por el fracaso de nuestras primeras tentativas por aclarar y mejorar el mundo, algunos hablarían ya de parar o de limitar el ataque. Pero, en contra de esta timidez, se erige toda la conciencia humana en la seguridad (casi infalibilidad) instintiva de una actitud que la consagra, cada vez más, a la prosecución de la ciencia. En su corazón, a pesar de todas las dudas que le sugiere la razón, la fe del hombre en el porvenir es más viva que el primer día. ¿Retroceder?—nos dice con su gesto universal de investigación—, ¿retroceder? ¡Jamás!

¿Qué significa todo esto?

En mi opinión, el conflicto que en la hora actual parece oponer en nuestras almas las necesidades de la crítica a las tendencias más seguras de la acción, no se basa en un error de fondo. No, no podemos poner en duda la intuición esencial que, en el último siglo, nos ha hecho ver en el hombre el miembro y el servidor de alguna gran obra en curso. Por un cierto éxito de conjunto y por la vida que nos ha dado, el valor, gracias a Dios, de esta perspectiva no ha hecho más que confirmarse desde su nacimiento. En contrapartida, y ahí yace la fuente de nuestras dificultades presentes, tenemos que reconocer por fuerza que no hemos tenido éxito, hasta aquí, en interpretar ni en expresar de una manera satisfactoria la fe que nos anima. Lo decíamos al principio de estas páginas: es absolutamente necesaria una

religión para explicar, justificar y prolongar el estado psicológico del mundo en que vivimos. Pero a consecuencia del hundimiento de un primer ídolo, esta religión acaba de perder al Dios que había creído encontrar. Sobre las ruinas del materialismo nos encontramos, en este momento, en una situación de desequilibrio, a causa de todo el ímpetu acrecentado de nuestras necesidades y nuestras esperanzas.

¿Va a ser necesario, por esto, ahogar el espíritu sagrado que nos agita?

De ninguna manera. Este espíritu está ahí, indudablemente, puesto que, sin él, el Universo, detenido en el ímpetu que le hace vivir, se volvería absurdo, incomprensible. Lo que hay que hacer solamente es descubrir su verdadero nombre.

La religión de la ciencia ha muerto. *Debe* existir, para relevarla, *una nueva mística*.

¿Dónde buscarla?

V. LA RELIGIÓN EN LA CIENCIA

Para entender lo que me queda por decir debemos volver atrás un momento. He hablado más arriba del descubrimiento del tiempo y la metamorfosis moral implicada por éste en el dominio de los valores científicos: la investigación deja de ser una ocupación profana para convertirse en una función vital y casi sagrada. Tenemos ahora, antes de ir más lejos, que observar los ecos de este mismo acontecimiento intelectual en las profundidades del alma cristiana.

Nadie puede servir a dos señores.

Frente a una especie de revolución espiritual que tenía como primer resultado hacer que el hombre se arrodillara ante sí mismo, se concibe fácilmente que el cristianismo haya pensado primero en la Tentación de la Montaña y se haya replegado, en el primer momento, en un gesto de inquietud y de defensa. Accidentalmente, por la interpretación materialista que daba del movimiento evolutivo descubierto de nuevo en el Universo, la religión de la ciencia se afirmaba como adversaria del Dios del Evangelio. Naturalmente, los fieles del Evangelio debían responder a esta provocación, condenándola. Así ha nacido y se ha prolongado, a lo largo del siglo XIX, la desgraciada guerra, de sobra conocida, entre ciencia y religión, guerra en la que se ha querido ver un conflicto entre la razón y la fe que era, más bien, la lucha entre dos místicas contrarias por dominar el corazón humano.

Pero, si se reflexiona sobre ello, este estado de guerra exigía ser resuelto en una síntesis superior. Entrañaba, psicológicamente, una situación forzada y, en consecuencia, no podía durar. Veamos por qué.

Desde las primeras luchas paganas, la tendencia de los adversarios del cristianismo ha sido siempre considerado como un enemigo o, al menos, como a una doctrina que deprecia a la humanidad. Esto es una contra-verdad. Por su fe, el discípulo de Cristo es conducido, sin duda, a situar más alto y más lejos que otros el término de sus esperanzas. Pero la visión de este término superior no está hecha para destruir, sino que está destinada, por el contrario, a refundir a sublimar en él las aspiraciones y los desarrollos de lo que Tertuliano llamó «el alma naturalmente cristiana». El cristiano, esto es, una de las partes más seguras y más queridas de su credo, no se forma por simple negación, sino por superación del mundo al que pertenece. Por definición, su religión, si es verdadera, no podría tener otro efecto que consumir en él la humanidad.

Expuesto esto, si existía, como hemos admitido, una intuición profundamente humanizante en la percepción, aparecida en el siglo XVIII, de que cada uno de nosotros representa un elemento consciente y responsable del Universo en progreso, era inevitable que esta intuición tuviera, tarde o temprano, su eco amplificado en lo más íntimo de la conciencia cristiana. En un primer tiempo, pudo parecer que el cristianismo se cerraba a las

aspiraciones humanitarias del mundo moderno. En un segundo tiempo, debía rectificarlas, asimilarlas y salvarlas.

¿No es esto lo que está sucediendo?

Nunca se pondrá suficientemente de relieve hasta qué punto el cristianismo es una doctrina y una perspectiva de transformación universal. Por la Encarnación, Dios ha descendido a la naturaleza para sobreenimarla y llevarla a El: éste es el dogma cristiano, en sustancia. En sí, este dogma puede acomodarse a diversas representaciones del mundo experimental. Mientras que, por ejemplo, el espíritu humano no había visto en el Universo más que un orden inmóvil de elementos hechos de antemano, el cristiano no experimentó ninguna dificultad seria para insertar en este conjunto estético el misterioso proceso de su santificación. Pero ¿no era esto, en cierta medida, algo que no le iba? ¿Es verdaderamente una fundamental inmovilidad cósmica el cuadro más adecuado que se puede soñar para la gran metamorfosis espiritual representada por el advenimiento del reino de Dios? Hoy, que se disipa el polvo de las primeras batallas, comenzamos, según parece, a darnos cuenta de ello: un Universo, estructura evolutiva—con tal de que esté bien establecido sentido de su movimiento—podría ser, después de todo, el medio más favorable a los desarrollos de una doble y homogénea representación de la Encarnación. ¿No encuentra su clima más apropiado en las amplias perspectivas ascendentes de un Universo atraído por el Espíritu? ¿Qué mejor que una ascendiente antropogénesis para servir de último término y de base a las iluminaciones descendientes de una Cristo-génesis?

No querría aventurarme más en este terreno de la teología. Pero de lo que puedo dar testimonio es de que, a ojos del investigador creyente, la actividad científica toma una significación maravillosa tan pronto como, dejando a un lado el punto de vista mecanicista, sitúa en un polo superior de atracción creadora el principio del movimiento que el siglo XIX se había imaginado descubrir en los antípodas de Dios. La investigación física podía ser mirada, incluso, por un Pascal, como una ocupación de orden inferior de la que el fiel tenía, casi, que excusarse; una especie de hurto hecho; a la plegaria y a la adoración. Para el evolucionista hecho cristiano, puede ser superada la barrera que parecía separar lo profano de lo sagrado. En un Universo en el seno del cual todo concurre a la formación gradual del espíritu que Dios eleva hacia la unión final, toda obra adquiere, en su realidad tangible, un valor de santidad y de comunión. En un sentido verdadero, el trabajo consistente en desarrollar mediante el saber la conciencia que adquirimos del mundo, se une, preparándoles un objeto, a las operaciones del sacerdocio: hacer avanzar, más allá, bajo la acción creadora, un Universo en el seno del cual viene Dios a establecerse.

Estos puntos de vista me parece en verdad que son, para la ciencia contemporánea, una solución completa del problema intelectual y moral en el que nos debatimos. En efecto, un «evolucionismo» espiritualista no solamente escapa a las dificultades teóricas encontradas por los mecanicistas en la explicación última de la materia y de la vida, sino que, al esfuerzo mismo de la investigación humana, tal como se desarrolla y exige vivir ante nuestros ojos, aporta con toda plenitud, cristianizándose, el alma esperada, la mística buscada. Por una parte, se encuentra conservada y justificada, sin atenuación, para los que se adhieren a ella, la orgullosa seguridad, nacida en la conciencia humana, de que el mundo, aun tangible, tiene todavía un porvenir y este porvenir está, en parte, en nuestras manos. Por otra parte, al coincidir el acabamiento del Universo con el acceso de las almas individuales a un centro superior y distinto de personalidad, se evitan los nefastos resultados que han llevado a la crisis moral del progreso: alentado ilimitadamente en su esfuerzo por encontrar, el hombre, si quiere ser fiel hasta el final a su gesto de descubrimiento, se encuentra sujeto, al mismo tiempo, a un reajuste completo de su vida interior. Con ello desaparece el temor a la mecanización, el reinado de la fuerza bruta, el amoralismo. En el fondo, ninguna mística

puede vivir sin amor. La religión de la ciencia había creído encontrar una fe, una esperanza. Ha muerto por haberse cerrado a la caridad.

Voy a resumir, y concluyo.

Para sostener y prolongar el inmenso, incontenible y legítimo ímpetu de investigación en el que se encuentran comprometidos en nuestra época la mayor parte y la más viva de la actividad humana, es necesaria una fe, una mística. Tanto si se trata de guardar al hombre el gusto sagrado de su esfuerzo, como si se trata de darle el desinterés requerido para una siempre indispensable colaboración con sus semejantes, una religión es el alma biológicamente necesaria al porvenir de la ciencia. Ya no hay humanidad concebible sin ciencia. Pero no hay ciencia posible sin una religión que la anime. De esta religión en la ciencia el cristianismo es una forma ejemplar. ¿Habría que añadir que es la forma necesaria, como si la Tierra no pudiera ir hasta el final en los desarrollos auténticos de sus actividades más que convirtiéndose? Nos inclinaríamos a creerlo así, a juzgar por la náusea y la desesperación ante el esfuerzo, tan francamente confesados en nuestros días por no creyentes particularmente lúcidos. No me atrevería a decidir. Queda (es lo menos que se puede decir) que el sabio cristiano se presenta ante todos como el mejor situado y el mejor armado para desarrollar en sí mismo, y para propagar alrededor de sí, el tipo humano nuevo que hoy parece esperarse para hacer avanzar más lejos la Tierra: el investigador que se consagra, finalmente, por amor, a las labores de la investigación. No el adorador del mundo, sino el adorador de algo más grande que el mundo, a través, y más allá, del mundo en progreso. No el Titán orgulloso y frío, sino Jacob luchando apasionadamente con Dios *.

* *Études*, 20 de marzo de 1939.

LA ENERGIA HUMANA

SE PUBLICA
BAJO EL ALTO PATRONATO
DE Su MAJESTAD LA REINA MARIE-JOSÉ
y BAJO EL PATRONATO
I. DE UN COMITÉ CIENTÍFICO,
II DE UN COMITÉ GENERAL

I. COMITÉ CIENTÍFICO

ARAMBOURG, (Camille), Professeur honoraire de Paléontologie au Museuill, National d'Histoire Naturelle.

BARBOUR (Dr. George B.), Professeur de Géologie, Doyen honoraire de la Faculté des Arts et Sciences de l'Université de Cincinnati.

CHOUARD (Pierre), Professeur à la Sorbone (Physiologie végétale).

CORROY (Georges), Doyen de la Faculté des Sciences de Marseille.

CRUSAFONT PAIRÓ (Dr. M.), Dr. en Ciencias, Comendador de la Orden de Alfonso X el Sabio, Jefe de Sección del C. S. I. C., Profesor de Paleontología en la Facultad de Ciencias de Oviedo.

FAGE (Louis), Ancien Président de l'Académie des Sciences.

GUROD (Miss Dorothy A. E), Doctor of Science, Oxford University, Fellow of the British Academy.

GEORGE (André), Directeur de la Collection «Sciences d'aujourd'hui».

GRASSÉ (Pierre P.), Professeur a la Sorbonne.

HEIM (Roger), Directeur du Museum d'Histoire Naturelle, Membre de l'Institut.

HÜRZELER (Dr. Johannes), Conservateur de la Section ostéologique au Musée d'Histoire Naturelle, Bâle.

HUXLEY (Sir Julian), D. Sc. F. R. S., Correspondant de l'Académie des Sciences.

JACOB (Charles), Membre de l'Académie des Sciences.

KOENIGSWALD (G. H. R. von), Professor of Palaeontology and Historical Geology at the State University of Utrecht, Holland.

LAMARE (Pierre), Professeur de Géologie a la Faculté des Sciences de l'Université de Bordeaux.

LEPRINCE-RINGUET (Louis), Membre de l'Académie des Sciences, Professeur au Collège de France, Président de l'Union des Scientifiques catholiques.

LEROI-GOURHAN (André), Professeur a la Sorbonne.

MALAN (Mr. B. D.), Director, Archreological Survey of the Union of South Africa.

MONOD (Théodore), Correspondant de l'Institut, Professeur au Museum National d'Histoire Naturelle, Directeur de l'Institut Français d'Afrique Noire.

MOVIUS, Jr. (Dr. Hallam L.), Peabody Museum, Harvard University (U. S. A.).

OPPENHEIMER (Robert), Director of the Institute for Advanced Studies, Princeton.

PIVETEAU (Jean), Membre de l'Académie des Sciences, Professeur a la Sorbonne.

ROBINSON (J. T.), Professional Officer in Charge, Department of Vertebrate Palaeontology and Physical Anthropology, Transvaal Museum, Pretoria.

ROMER (Alfred Sherwood), Ph. D. Sc. D., Director of the Museum of Comparative Zoology and Alexander Agassiz, Professor of Zoology (Harvard University) (U. S. A.).

SAHNI (Dr. M. R.), Founder-President of the Palaeontological Society of India.

TERMIER (Henri), Professeur a la Sorbonne.

TERRA (Dr. Helidut de), Research Associate, Columbia University (U. S. A.).

TOYNBEE (sir Arnold J.), Director of Studies, Royal Institute of International Affairs, Research Professor of International History, London University.

VALLOIS, (Dr. Henri Victor), Professeur au Museum National d'Histoire Naturelle, Directeur honoraire du Musée de l'Homme, Membre de l'Académie de Médecine.

VANDEL (Albert), Membre non résident de l'Académie des Sciences.

VAUFREY (R.), Professeur a l'Institut de Paléontologie Humaine.

VIRET (Jean), Professeur a la Faculté des Sciences de Lyon.

WESTOLL (Stanley), Professor of Geology at King's College in the University of Durham.

II. COMITÉ GENERAL

TEILHARD DE CHARDIN (M. et Mme. Joseph)
TEILHARD DE CHARDIN (M. Francois-Régis)
TEILHARD DE CHARDIN (Mme. Victor)
TEILLARD-CHAMBON (Mlle. A.)
BEGOUËN (Comte Max-Henri)
MORTIER (Mlle. J.)

ARON (Robert), Agrégé de l'Université, Homme de Lettres.
BACHERLARD (Gaston), Professeur honoraire à la Sorbonne, Membre de l'Institut.
BORNE (Etienne), Agrégé de l'Université, Professeur de Rhétorique Supérieure au Lycée
Louis-le-Grand.
CHEVALIER (Jacques), Correspondant de l'Institut.
CUÉNOT (Claude), Ancien élève de l'École Normale Supérieure, Agrégé de l'Université,
Dr. ès Lettres.
DUHAMEL (Georges), Membre de l'Académie Française.
GOUHIER (Henri), Membre de l'Institut.
GUSDORF (Georges), Professeur de Philosophie à la Faculté des Lettres de Strasbourg.
HOPPENOT (Henri), Ambassadeur de France.
HYPPOLITE (Jean), Directeur de l'École Normale Supérieure.
KHIÉM (Pham Duy), Ancien Ambassadeur du Viet-Nam en France, Délégué permanent du
Viet-Nam à l'U. N. E. S. C. O.
LACROIX (Jean), Agrégé de Philosophie, Professeur de Rhétorique Supérieure au Lycée
du Parc, à Lyon.
MALRAUX (André), Homme de Lettres, Ministre.
MARGERIE (Roland de), Ministre Plénipotentiaire, Ambassadeur de France à Madrid.
MARROU (Henri-Irénée), Professeur à la Sorbonne.
MEYER (François), Professeur à la Faculté des Lettres et Sciences humaines, Aix-en-
Provence.
ROINET (Louis), Agrégé des Lettres, Professeur au Lycée Condorcet.
RUEFF (Jo), Membre de l'Institut.
SENGHOR (Léopold Sédar), Président de la République du Sénégal.
WAHL (Jean), Professeur à la Sorbonne.

Versión del original francés

L'énergie humaine

© 1992 by EDITIONS DU SEUIL,
PARIS

Traducción de
ENRIQUE BOADA

© 1963 by TAURUS EDICIONES, S. A.

Núm. De Registro: 6183-62
Deposito legal. M. 13736. – 1963.



ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 18 DE OCTUBRE DE 1963,
SAN LUCAS EVANGELISTA,
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
E. SANCHEZ LEAL, S. A.,
CALLE DE DOLORES, 9,
MADRID. 20